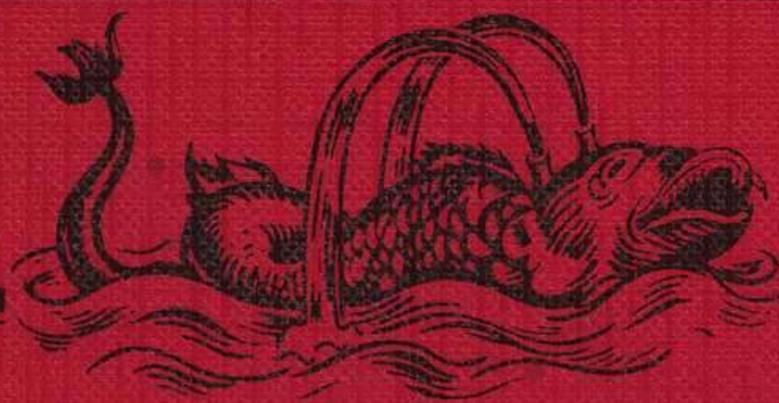


Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



FEBRERO 1984

II EPOCA

N.º EXTRAORDINARIO

EUSKADI 1977 - 1984

POR LA PAZ
Y LA NO VIOLENCIA

Juan Uribe

SIETE AÑOS
DE SINDICALISMO

Alberto Pérez

POR UNA ALTERNATIVA
CULTURAL Y POLITICA

Juan José Solozábal

BILINGÜISMO
Y LENGUA VASCA

Antonio Tovar

REPRESENTACIONES COLECTIVAS
Y CONVIVENCIA

Julio Caro Baroja

SISTEMA NACIONAL
Y LUCHA CONTRA LA VIOLENCIA

José Ramón Recalde

EL PLURALISMO VASCO

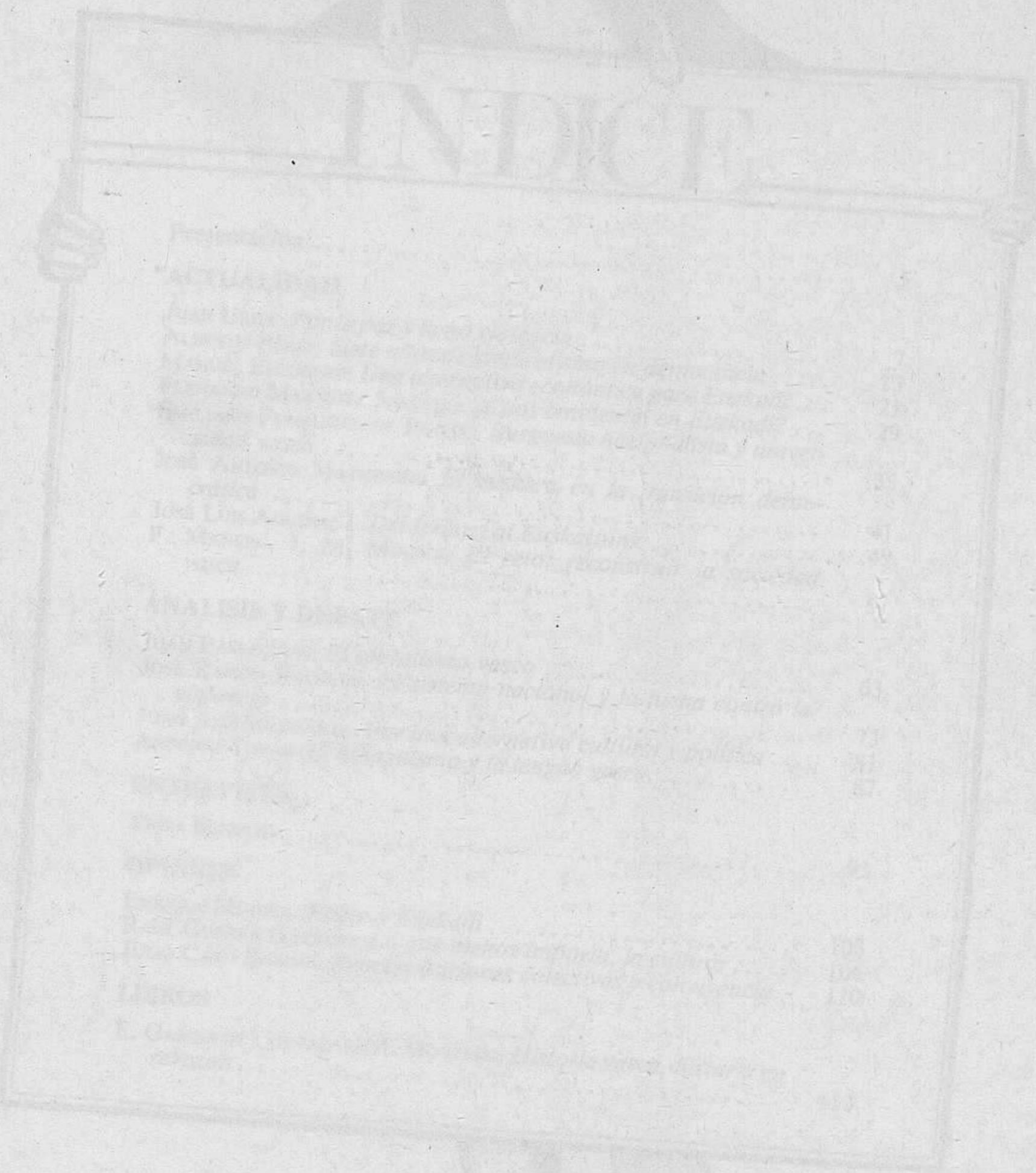
Juan Pablo Fusi

TXIKI BENEGAS

Entrevista

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS





INDICE

Presentación	5
ACTUALIDAD	
JUAN URIBE: <i>Por la paz y la no violencia</i>	7
ALBERTO PÉREZ: <i>Siete años de sindicalismo en democracia</i>	13
MANUEL ESCUDERO: <i>Una alternativa económica para Euskadi</i>	21
FERNANDO MARTÍNEZ SALCEDO: <i>¿Caos ambiental en Euskadi?</i>	29
EMILIANO FERNÁNDEZ DE PINEDO: <i>Burguesía nacionalista y univ-</i> <i>ersidad vasca</i>	35
JOSÉ ANTONIO MATURANA: <i>El euskera en la transición demo-</i> <i>crática</i>	41
JOSÉ LUIS AGUINAGA: <i>Del Irrintzi al Euskalfunk</i>	49
F. MAÑERO, J. M. MÚGICA: <i>El reto: reconstruir la sociedad</i> <i>vasca</i>	57
ANÁLISIS Y DEBATE	
JUAN PABLO FUSI: <i>El pluralismo vasco</i>	63
JOSÉ RAMÓN RECALDE: <i>El sistema nacional y la lucha contra la</i> <i>violencia</i>	73
JUAN JOSÉ SOLOZÁBAL: <i>Por una alternativa cultural y política</i>	81
ANTONIO TOVAR: <i>El bilingüismo y la lengua vasca</i>	87
ENTREVISTA	
TXIKI BENEGAS	93
OPINION	
ENRIQUE MÚGICA: <i>Prieto y Euskadi</i>	103
RAÚL GUERRA GARRIDO: <i>Lo que menos importa, la cultura</i>	106
JULIO CARO BAROJA: <i>Representaciones colectivas y convivencia</i> ..	110
LIBROS	
F. GARCÍA DE CORTÁZAR, M. MONTERO: <i>Historia vasca, historia en</i> <i>revisión</i>	113



Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas.

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases
Ludolfo Paramio
M. Reyes Mate
Julio R. Aramberri
Santiago Roldán
Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares	F. Fernández Santos
Joaquín Arango	Salvador Giner
Carlos Barral	Enrique Gomáriz
Carlota Bustelo	J. A. González Casanovas
J. María Castellet	E. Haro Tecglen
Fernando Claudín	Francisco Laporta
Elias Díaz	Marta Mata
M. A. Fernández Ordóñez	J. M. Reverte
X. Rubert de Ventós	

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha.
Madrid-4. Telfs. 410 28 39 - 410 24 55.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A.

D. Legal: SE-466-1978.

Imprime: MARIARSA, Impresores - Tomás Bretón, 51 - Madrid-7.

PRESENTACION



hacia su normalización. Cualesquiera que sean sus resultados, existe una conciencia creciente de que se está cerrando una época, que no es posible seguir viviendo en la ambigüedad, en el mundo de la doble conciencia y del doble lenguaje. Por ello se trata de un momento fundamental para volver los ojos hacia un País Vasco conocido a través de informaciones dramáticas —muertes, inundaciones, crisis económica— pero poco familiar en su realidad profunda para la mayor parte de los españoles, incluso de aquellos que por poseer una voluntad política deberían haberse propuesto superar el nivel de información más superficial.

¿Por qué un número extraordinario de *Leviatán* dedicado a Euskadi? Son muchas las razones. En primer lugar el País Vasco, su normalización, no son problemas que incumban únicamente a los vascos. Por el contrario, han llegado a ser precisamente problemas fundamentales para todos los españoles, pues cada nueva muerte violenta en Euskadi es como una losa de plomo sobre la conciencia de todos quienes soñamos con romper definitivamente con el pasado heredado de la guerra civil y con entrar en un futuro pacífico y civilizado, en el que las armas no puedan reaparecer nunca más como una alternativa a la razón.

En este sentido, la segunda legislatura autónoma puede representar un punto de inflexión para la evolución de Euskadi

Este número de *Leviatán* no pretende hacer electoralismo. Una revista de las características de la nuestra no puede hacer electoralismo aunque se lo proponga, por descontado, pero tampoco ha sido esa nuestra intención. Lo que se pretende es ofrecer elementos para el conocimiento de la realidad vasca, para que la discusión supere los niveles del tópico y la agresividad y entre en los de la reflexión y el análisis. El número ha sido elaborado por un Comité de Dirección ampliado para la ocasión con una representación del Colectivo Miguel de Unamuno, un grupo de intelectuales vascos que ha dedicado ya un prolongado esfuerzo al estudio de la realidad de Euskadi y a rastrear los orígenes del problema vasco. Sin la contribución de los compañeros de este colectivo nunca habría podido realizarse este número de *Leviatán*, aunque las posibles y seguramente inevitables lagunas e insuficiencias del resultado sean plena responsabilidad del Comité de Dirección de la Revista.

Por los demás, el carácter monográfico de este número hace superflua cualquier presentación individualizada de los textos que lo componen. Sólo se debe subrayar que no se ha pretendido soslayar las contribuciones críticas hacia la política socialista, y que, como se podrá ver en alguno

de los artículos aquí incluidos, se ha considerado siempre que tal filo crítico debía ser bienvenido cuando se inscribía en el marco de una decidida apuesta por la paz, por la renuncia a la violencia como argumento político y por la voluntad de crear una sociedad no militarizada.

POR LA PAZ Y LA NO-VIOLENCIA

Juan Uribe



La situación del País Vasco pasa en estos momentos por una auténtica encrucijada en lo que al fenómeno de la violencia se refiere. No significa que la paz esté cerca pero sí se vislumbra una nueva perspectiva que hace aún muy poco tiempo no se perfilaba, aunque, a veces, los árboles del atentado, que no cesa, impidan ver el bosque del horizonte hacia la paz.

La clave de la cuestión está en la propia población vasca que se manifiesta de una forma cada vez más clara en contra de la violencia en general y de la de ETA muy en particular. Unos recientes sondeos, publicados en los principales diarios de Euskadi el pasado 24 de diciembre han causado un considerable impacto en la opinión

pública vasca. En dos años el rechazo frontal a ETA ha pasado de un 24 por ciento a un 52 por ciento; el apoyo incondicional ha descendido de un 8 por ciento a un 4 por ciento, y el miedo a pronunciarse en torno al tema también ha disminuido de un 45 por ciento a un 25 por ciento.

Tales encuestas de opinión han encontrado su reflejo en la calle con hechos tan recientes como la manifestación masiva de protesta por el asesinato del capitán

En dos años el rechazo frontal a ETA ha pasado de un 24 por ciento a un 52 por ciento, según sondeos recientes.

Martín Barrios por parte de un comando de ETA-pm como muestra activa del rechazo al terrorismo mientras que las medidas recientemente adoptadas por el Gobierno francés que han supuesto la deportación y el confinamiento de varios miembros de ETA no han encontrado ningún tipo de protesta activa entre la población.

La pregunta a hacerse ahora es si esta nueva tendencia de la opinión pública vasca va a consolidarse y crecer o, por el contrario, puede verse contrarrestada. En la historia reciente del País Vasco hay un ejemplo que viene a la memoria de los observadores con cierta desesperanza. El asesinato del ingeniero de la central nuclear de Lemóniz, Ryan, por parte de ETA-m en febrero de 1981 generó la primera movilización masiva vasca en contra de ETA. Era el primer movimiento masivo de opinión en contra del terrorismo que ha funcionado de forma sistemática y, a veces, virulenta, a lo largo del proceso democrático. Precisamente cuando se estaba en los albores del movimiento de masas en contra de la violencia de ETA en el País Vasco, una semana después del asesinato de Ryan, muere el militante de ETA-m, Joseba Arregui, a consecuencia de las torturas sufridas en las dependencias de la Dirección General de Seguridad. Era la primera vez que se producía un hecho semejante desde que se había instaurado la democracia en España.

El «caso Arregui», que también conmovió profundamente a la población, paralizó el movimiento incipiente de opinión en contra de ETA y dio vuelos a esta organización que, deplorada una semana antes, se permitió el lujo de enviar una pancarta con sus siglas portada por unos encapuchados en las manifestaciones de protesta por el asesinato de Arregui.

Desde entonces, el fantasma «Ryan-Arregui» pulula como un mal hado entre los vascos que desean auténticamente la paz y ven en ETA el enemigo sistemático y

cotidiano de la misma.

Hoy en día, de todos modos, la situación está más consolidada en el País Vasco como para que un acontecimiento desgraciado pueda alterar sustancialmente las cosas. Buena prueba de ello es la pérdida, tan lenta como progresiva, del respaldo político de ETA, Herri Batasuna, que de contar con 210.000 votos en 1980 entre la Comunidad Autónoma Vasca y Navarra, ha pasado a los 160.000 entre el 28-O y las últimas elecciones municipales. Precisamente uno de los aspectos más interesantes de esta contienda electoral del próximo 26 de febrero es la observación de si esa tendencia a la baja continúa, tal y como apuntan las encuestas.

Pero volviendo al fondo de la cuestión, lo que hay que apuntar son los posibles factores tanto positivos como negativos que pueden incidir en el aislamiento de ETA.

Actitud francesa

Un factor de indudable importancia es la actitud del Gobierno francés ante la cuestión, aunque no es, ni mucho menos, decisiva. Las recientes medidas adoptadas por el país vecino que han supuesto la deportación y confinamiento de varios dirigentes y miembros de ETA-m, ETA-pm Octava Asamblea y Comandos Autónomos, ha tenido una indudable importancia. De todos modos, merece la pena matizarla.

Los expertos en el tema estiman que entre los confinados y deportados figura el núcleo dirigente de ETA-pm Octava Asamblea lo que implica, casi de facto, la paralización de esta organización, ya de

por sí muy depauperada por sus crisis internas y algunas operaciones policiales de éxito. No se puede decir lo mismo de ETA-m, cuyo núcleo no ha sido prácticamente tocado. Sin embargo, lo fundamental de las medidas operativas francesas está en la inseguridad que se ha creado entre los miembros de ETA que ahora ya no gozan de la libertad de movimientos con que contaban en el País Vasco-Francés; este hecho, además de restarles capacidad operativa, incide en sus miembros y agudiza sus contradicciones.

Medidas de gracia

Estas contradicciones se ven aún más incrementadas si, de forma paralela y continuada, se siguen otorgando medidas de gracia a los miembros de ETA que han abandonado definitivamente las armas y ofrecen garantías de ello. La ya famosa «operación Rosón-Bandrés-Barrionuevo», a punto de culminar íntegramente, ha causado un impacto muy positivo entre la población vasca al reforzar, por un lado, la imagen del Estado democrático capaz de ofrecer salidas abiertas a quienes desean sinceramente la paz y, al desarrollar, por otro, el mito de la amnistía, utilizado demagógicamente por quienes apoyan políticamente a ETA, esto es, Herri Batasuna.

El centenar de antiguos militantes de ETA beneficiados por la llamada «operación Rosón-Bandrés-Barrionuevo» ha puesto en situación difícil a Herri Batasuna y a las ramas activas de ETA. Cuando la operación se encontraba en sus inicios HB, a través del periódico «Egin», se dedicó a lanzar infundios contra los acogidos a estas medidas e insinuó constantemente que los acogidos a las medidas realizaban funciones delatoras de sus anteriores compañeros, lo que no hubiera sido aceptado por una mayoría de la opinión pública vasca.

Ahora, con la operación casi culminada con éxito, se ven obligados a sacar otros argumentos que les desenmascaran como que «mientras haya guerra no se pueden abandonar las armas», lo que deja al desnudo ante la opinión pública vasca el contenido demagógico de la palabra «amnistía» en la boca de ETA y HB.

Son precisamente este tipo de situaciones nuevas que se van creando las que inciden en el sector de opinión que apoya a ETA por el voto a HB y las que pueden debilitar a esa sigla y a la propia ETA.

En este sentido, no se puede olvidar el efecto multiplicador de la operación de medidas de gracia. Cuando se escriben estas líneas ascienden ya a más de veinte los presos de ETA-pm Octava que también se quieren acoger a nuevas medidas de gracia, lo que puede suponer, a plazo medio, el total desmantelamiento de la organización o su actuación meramente residual

Las medidas de gracia refuerzan la imagen del Estado democrático capaz de ofrecer salidas a quienes desean sinceramente la paz.

sin ningún tipo de apoyo social. Su extensión a ETA-m, en estos momentos la organización con más capacidad operativa y con mayor respaldo político y social por

la vida de HB, no parece plantearse a corto plazo, pero es algo más que un rumor —recogido a través de la prensa vasca— que a las cabezas de ETA-m preocupa seriamente la situación sin salida en que se encuentran sus más de dos centenares de presos y sus 400 exiliados cuando se arbitran medidas de gracia dignas y su apoyo político va en declive. De prolongarse esta situación podía darse por cantada, a plazo medio, un cambio de rumbo en ETA-m o alternativamente una seria crisis que podría abocar en una escisión que es como siempre culminan las crisis en ETA.

Actividad policial

Sin embargo, también hay otros factores que pueden incidir negativamente en esta tendencia. Líneas más arriba me he referido al fantasma «Ryan-Arregui» co-

mo un hecho extremo que se produjo una vez. Pero hay actuaciones del aparato del Estado de mucha menos entidad que inciden negativamente. Esta es también otra cuestión a matizar.

Es evidente que las medidas policiales son necesarias para erradicar el terrorismo, pero no es menos evidente que, en el País Vasco, dada la sensibilidad existente en torno a su utilización, su aplicación debe respetar, de forma rigurosísima su carácter selectivo.

Cualquier abuso o error cometido por la actividad policial que, además trabaja en el País Vasco en condiciones muy difíciles —riesgo de atentado, apoyo escaso entre la población, cuando no rechazo, etc.— es aprovechado por Herri Batasuna para denigrar la imagen del Estado democrático y tildarle automáticamente de fascista. Y no se puede olvidar que Herri Batasuna tiene un importante acceso a los medios de comunicación por su propia presencia política —tercera fuerza electoral del País Vasco con sus 150.000 votos— y por contar, además, con un medio propio, «Egin», cuya tirada oscila entre los 30.000 y 40.000 ejemplares diarios.

Por otra parte, tampoco le resulta difícil a HB incidir en su entorno en el que existe una inercia forjada en torno a una memoria histórica de lenta erradicación, y que tiene mucho que ver con el inesperado nacimiento y auge, al alimón, de la coalición abertzale en 1979.

En este sentido, conviene recordar para explicar este fenómeno, que cuando el 15 de junio de 1977 España era una fiesta porque se celebraban las primeras elecciones generales después de cuarenta años de dictadura, el País Vasco veía ensombrecida, al menos parcialmente, aquella fiesta porque pocos días antes, en las movilizaciones pro-amnistía, había habido casi una decena de muertos a consecuencia,

...la otra corriente nacida de ETA, Euskadiko Ezkerra, sin rechazar su origen etarra, evoluciona hacia las posiciones auténticamente democráticas que hoy defiende.

fundamentalmente, de una drástica actuación policial en la represión de manifestaciones. Aquella policía, todavía sin adiestrar en los nuevos hábitos democráticos, se había encontrado con un desbordamiento popular en pro de la amnistía y no había estado a la altura de las circunstancias.

También conviene recordar que, paralelamente, las decenas de presos de ETA que iban saliendo de las cárceles eran recibidos como auténticos héroes de la lucha contra la dictadura que en Euskadi había sido especialmente represiva en cosas tan elementales como el propio idioma.

En los primeros años de la transición, se produjo en Euskadi una corriente paralela de rechazo policial y de adhesión de ETA, incubada, por otra parte, en años de represión muy dura. Explicar con detalle este fenómeno podría requerir casi una tesis, pero es ahí donde se incubaba HB mientras la otra corriente nacida de ETA, Euskadiko Ezkerra, sin rechazar su origen etarra, evoluciona hacia las posiciones auténticamente democráticas que hoy defiende.

Es a partir de 1981 —con el asesinato del ingeniero Ryan por parte de ETA-m— cuando la situación comienza a girar en sentido opuesto y ETA comienza a perder apoyos porque sectores de votantes de HB perciben que sus «héroes» son capaces de cometer auténticas barbaridades. El atentado con tres víctimas mortales contra el Banco de Vizcaya y el asesinato del capitán Martín Barrios el pasado otoño —esta vez por parte de ETA-pm Octava— es el segundo gran jalón. Sin embargo, y aunque esto sea muy duro decirlo, los asesinatos de miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado o de presuntos confi-

dentes policiales son aún contemplados con indiferencia bastante generalizada, cuya única explicación puede estar en lo expresado líneas arriba. También en estos

momentos la situación ha variado y la sensación entre la opinión pública es de mayor rechazo y hastío, pero la conclusión más válida es la de visión ausente de «una guerra particular entre ETA y las Fuerzas de Seguridad del Estado».

Lo que se echa de menos por parte del PNV es un rearme ideológico de su militancia y simpatizantes contra el terrorismo de ETA.

El PNV y el Gobierno Vasco

En esta contemplación de la situación tiene mucho que decir el Partido Nacionalista Vasco, minoría mayoritaria que ha gobernado de manera monocolor la autonomía vasca y que controla las principales instituciones políticas —Parlamento Vasco, diputaciones forales, mayoría de ayuntamientos, etc.

La actitud actual del PNV no es un factor positivo y, en momentos, incluso ha adoptado posiciones negativas en la tarea de pacificación de Euskadi. Esta afirmación requiere indudables matizaciones.

El PNV cuenta con un estimable conocimiento de la situación del País Vasco y no se sobrepuso ante la difícil herencia dejada por el franquismo y por los primeros duros años de la transición. El PNV no aceptó de forma expresa la nueva legalidad democrática española —la Constitución— aunque asumió posteriormente el Estatuto de Autonomía, al que a veces ha enfrentado con la Constitución. ¿Qué empujó al PNV a no votar la Constitución? Según sus portavoces, el no reconocimiento de los derechos históricos vascos.

El hecho es que hoy en día una amplia base nacionalista no considera suya la legalidad democrática española, a la que contraponen otra legalidad vasca, recogida por el Estatuto de Guernica, pero indeterminada ya que el presidente del Gobierno Vasco califica tal Estatuto de «mínimos».

Esta absoluta ambigüedad política en que se ha movido, y se mueve, el PNV y el Gobierno Vasco en el terreno del establecimiento de un modelo de Estado la ha

trasladado también al fenómeno de la erradicación de la violencia.

La actitud del PNV y del Gobierno Vasco ante la violencia de ETA es la del

mero observador y no la del actor comprometido. Es cierto que su condena ante el fenómeno terrorista de ETA es inequívoca, pero el problema se plantea cuando se trata de afrontar a fondo la cuestión.

El Gobierno Vasco se ha escudado en que las medidas políticas son las que pueden resolver el problema —cosa que es cierta— pero también ha hecho de ello un fetiche que utiliza a su conveniencia para no comprometerse en un problema difícil y que le puede crear tensiones en algunos sectores de sus bases.

De esta manera sucede que el PNV, a través de variados portavoces se opone, por ejemplo, a medidas tan eficaces como las deportaciones y confinamientos de miembros y dirigentes de ETA sobre la base de que «las medidas políticas y no las policiales son las que pueden aislar a ETA». Un parlamentario nacionalista, Jon Gangoiti, se opuso recientemente a una petición de extradición de tres presuntos miembros de ETA en Bruselas, alegando que en España existe la tortura, etc.

El listado de ejemplos podía ser interminable, pero el problema de fondo es que el PNV no está haciendo nada por lavar la «leyenda negra» que sobre España existe entre las bases nacionalistas.

En el diario oficial del PNV, «Deia», todos los abusos por parte del aparato del Estado, todavía no suficientemente adaptado a una situación democrática —por ejemplo, existen casos reales de tortura y las detenciones indiscriminadas siguen siendo relativamente frecuentes, etc.— son muy tenidos en cuenta, y esta línea de denuncia no se ve equilibrada por otras actuaciones positivas propias de un Estado democrático.

Lo que, en definitiva, se echa más de menos por parte del PNV es un rearme ideológico de su militancia y simpatizantes contra el terrorismo de ETA. La propia actitud política que mantiene de continua reivindicación hacia el Gobierno del Estado, sus frecuentes ataques sin concesiones ni matizaciones a esta política generan un clima de insatisfacción entre las bases nacionalistas que, en momentos determinados, dan pie a las justificaciones de ETA, y anulan sobradamente cualquier tipo de condena que se haga del terrorismo.

Esta política ha sido instrumentalizada con frecuencia por parte de Herri Batasuna. Han sido varias veces las que los portavoces de la coalición abertzale se han apoyado en afirmaciones frustrantes del PNV —«de seguir así habrá que plantearse una reforma del Estatuto» (Etxenike, portavoz del Gobierno Vasco); «esto es un Estatuto de mínimos» (Garaikoetxea), etcétera— para manifestar que la vía estatutaria ha fracasado o, incluso, han llegado a decir que Garaikoetxea está intentando llevar adelante la alternativa KAS —los cinco puntos de negociación de ETA— pero sin éxito.

Política autonómica

Tampoco se puede olvidar una considerable falta de tacto por parte de la política autonómica del Estado hacia el País Vasco. El departamento de Administración Territorial funciona predominantemente con criterios técnicos sobre los políticos y esa no parece la manera más correcta de gobernar, sobre todo en un lugar como el País Vasco, donde la sensibilidad funciona a flor de piel.

Impugnar una ley de euskera —aprobada unánimemente en el Parlamento Vasco— así como otras leyes, puede tener un amplio listado de razones técnicas. Pero lo que en Madrid es razón técnica, en Eus-

kadi se interpreta como «una nueva agresión del centralismo» y contrarrestar esa sensación ni siquiera la dirección del PNV sería capaz de lograrlo, en algunos casos, lo que, por otra parte, nunca intenta.

Es un hecho que el desajuste entre el Gobierno Vasco y el del Estado está impidiendo que el terrorismo de ETA pueda ser afrontado a fondo, sobre todo en el terreno político e ideológico. La necesidad de un acuerdo entre ambas instancias políticas sobre la base de una interpretación abierta del Estatuto de Guernica por parte del Gobierno del Estado y del compromiso por parte del Gobierno Vasco de comprometerse en el aislamiento de ETA es imprescindible.

Acuerdo político

El acuerdo político, por tanto, es otra de las piezas necesarias para la eficaz erradicación de ETA. La fórmula del acuerdo debe ser amplia —el PNV necesita garantías de desarrollo de autonomía para poner a sus bases a favor en la erradicación de ETA— pero dentro de la legalidad constitucional y democrática, de manera que una «Mesa por la Paz» —entendida como lo hizo Garaikoetxea hace un año sobre la base de la fórmula tripartita PNV-PSOE-HB— habría que desestimarla ya que no se puede llamar en un país democrático a una mesa política a las fuerzas en función del poder armado que tienen detrás sino por el número de los votos que representan.

En amplios sectores del País Vasco todavía se sigue recordando el «discurso de Anoeta» que realizó el entonces candidato a presidente del Gobierno, Felipe González. Allí propuso Felipe González que los partidos vascos tenían que buscar un denominador común en los temas claves como el desarrollo del Estatuto y la erradicación de la violencia, y que tal acuerdo sería respetado por el Gobierno socialista. Esa podría ser la fórmula política, que en un año no ha sido posible establecer.

SIETE AÑOS DE SINDICALISMO EN DEMOCRACIA

Alberto Pérez



Las elecciones del 15-J de 1977 restablecían la legalidad democrática y cerraban una oscura etapa dictatorial. Fue una explosión de alegría y de libertad de toda España. También en el País Vasco.

*De la dictadura al autogobierno
del pueblo vasco*

La representación parlamentaria salida de estas elecciones elaboró una Constitución de concordia que fue después refrendada mayoritariamente por los ciudadanos en 1978, cuando estaba a punto de expirar. Esta Carta Magna recogía, a diferencia de las anteriores, el hecho autonó-

mico, la transformación de un Estado centralista en la España de las Autonomías. Aún así, las fuerzas nacionalistas vascas llamaron a la abstención y al *no* en el referéndum constitucional, y una Constitución que obtuvo un respaldo absolutamente mayoritario en el resto del Estado, no llegó a obtenerlo en el País Vasco.

En 1979 se ultima el Estatuto de Auto-

nomía de Gernika, hijo de la Constitución española que, elaborado y aprobado por las fuerzas políticas del País Vasco con representación parlamentaria, fue ampliamente refrendado por los ciudadanos vascos, dando paso a la disolución del Consejo General Vasco y a la convocatoria a las primeras elecciones al Parlamento vasco. Estas tuvieron lugar el 9 de marzo de 1980. Pocos días después, el 31 de marzo, se constituía la Mesa del Parlamento, iniciándose así una nueva etapa para el autogobierno de la Comunidad Autónoma compuesta por los territorios históricos de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya.

Cuando el Parlamento vasco elige al Presidente del Gobierno Vasco y éste forma su primer gabinete, han transcurrido casi tres años desde aquel 15 de junio. En medio, una actividad política frenética: dos elecciones generales, dos referendums, unas elecciones municipales y unas elecciones autonómicas. En resumen, seis convocatorias a las urnas en el País Vasco en poco más de treinta meses. Durante este período también se produjeron otros hechos políticos importantes, algunos de singular interés para el País Vasco, como la amnistía total, que llegó a vaciar de presos políticos vascos las cárceles del Estado. El pueblo vasco exigía amnistía para sus presos y la amnistía se conquistó. Se dio un gran paso hacia la concordia, aunque poco tiempo estarían las cárceles vacías. Sólo algunas horas. Para algunos todo seguía inmutable pese al cambio de la dictadura por una democracia formal. Hoy, en 1984, todavía un sector, por suerte cada vez más minoritario, se reclama del pasado, aduciendo que para ellos no existen diferencias entre el régimen franquista y el estado democrático actual.

El hecho sindical en el País Vasco. Evolución de las relaciones laborales

Mientras todos estos hechos ocurrían, silenciosamente, las «cenicientas de la de-

Los grandes problemas que tenía planteados en 1980 la Comunidad Autónoma siguen hoy sin resolverse.

mocracia», los sindicatos, comenzaron a legalizarse. Tuvo lugar un «boom» de afiliación a las centrales sindicales. Los primeros meses hasta los comienzos de 1978

—fecha en que tuvieron lugar las primeras elecciones sindicales democráticas—, fueron de confusión total en el mundo sindical. Todas las fuerzas sindicales se arrogaban la representación exclusiva de la clase trabajadora. Estas primeras elecciones sindicales aportaron claridad a la representación sindical en el seno del movimiento obrero. Las segundas elecciones sindicales en 1980 fueron la reválida que sólo tres fuerzas consiguieron superar en la Comunidad Autónoma, siendo UGT, ELA-STV y CC.OO. las que alcanzaron el grado de representatividad preciso.

En el intermedio, desde la legalización de los sindicatos en 1977 hasta su consolidación como sindicatos representativos en 1980, tuvo lugar una profunda transformación en el mundo de las relaciones laborales. Uno de sus principales protagonistas fue la Unión General de Trabajadores.

Los Pactos de la Moncloa, firmados por las fuerzas políticas con representación parlamentaria, vinieron a marcar, en 1978, un hito en las relaciones entre gobierno, empresarios y trabajadores. Estos Pactos, que no se cumplieron en la mayor parte de su contenido, dejaron paso a una política gubernamental de topes salariales en 1979. Ya este año, la UGT a través del Grupo Socialista en el Congreso de los Diputados, trataba de mejorar el proyecto de Ley del Estatuto de los Trabajadores. Un Estatuto del que la UGT siempre dijo que no era «su Estatuto» pero sí la ley que rompía con toda la legislación laboral franquista, que primaba al individuo sobre la colectividad, fomentando individualismo e insolidaridad, y abría la puerta a otros cambios más profundos en el campo de las relaciones laborales, recogiendo la figura de los sindicatos, hasta

entonces proscritos, como representantes genuinos de los trabajadores.

En el País Vasco, en vísperas de las primeras elecciones autonómicas, todas las fuerzas políticas y sindicales del momento, desde el PNV y PCE-EPK hasta HB y EE, y desde la ELA-STV y CC.OO. hasta LAB y LSB-USO, con la «excusa de ir en contra del Estatuto de los Trabajadores», lanzaron un ataque en profundidad con el paro general y la manifestación del 7 de diciembre de 1979, contra la familia socialista, especialmente contra la UGT. Y es que la política emprendida por la UGT, de apoyo crítico al Estatuto de los Trabajadores, proyecto de ley que mejoró sensiblemente gracias a las enmiendas presentadas por la UGT a través del grupo parlamentario socialista, y la iniciativa adoptada a raíz de las conversaciones UGT-CEOE del verano de 1979, molestaban a algunos sectores por multitud de motivos; los que preferían la confusión a una clarificación en el mundo del trabajo, los que preferían el continuo desorden al asentamiento progresivo de la democracia y los que, finalmente, no podían aceptar la no exclusividad en la representación de los trabajadores vascos.

Así, coincidiendo con la formación del primer gobierno autónomo, se comenzaba a desarrollar una forma de entender las relaciones laborales no compartida en absoluto por las fuerzas tanto políticas como sindicales del nacionalismo vasco y con el rechazo también por parte del partido y central sindical comunistas. Los unos porque aún hoy persisten en su postura de tener la competencia exclusiva en materia de legislación laboral, aunque tanto la Constitución como el Estatuto de Autonomía niegan tal posibilidad cerrando el paso a su objetivo de crear en el País Vasco un «Marco Autónomo de Relaciones Laborales» consecuente con su sentido, en unas ocasiones velado y en otras no tanto, de independencia del Estado espa-

ñol. Los otros por oportunidad política y estrategia sindical donde el protagonista no debe ser el sindicato, el trabajador organizado, sino la confusión, el asambleísmo donde se diluyen al final las responsabilidades de cada uno, fieles a su denominación de movimiento socio-económico, obstinados en el no reconocimiento de la realidad del pluralismo sindical, aun pensando en aquel que no pudo ser Congreso Sindical Constituyente.

Prolongación de aquellas conversaciones UGT-CEOE del verano de 1979, fue la consecución en 1980 del Acuerdo Marco Interconfederal que, firmado en solitario por la UGT y la CEOE, iniciaba la lista de grandes acuerdos marco laborales cuyo contenido esencial tenía por objetivo, desde una perspectiva de solidaridad, el ordenamiento de la negociación colectiva, dando el tratamiento adecuado a una serie de temas tabú hasta esos momentos, tales como absentismo y productividad; iniciando una disminución paulatina de la jornada de trabajo que ha tenido su colofón en la Ley de Jornada Máxima de 40 horas semanales recientemente aprobada por el Parlamento y recogiendo una banda salarial con cláusula de revisión que permitía que colectivos de trabajadores con poca capacidad de presión pudieran acceder a la negociación y mejorar sus condiciones laborales, garantizando a la vez para todos ellos la defensa del poder adquisitivo de los salarios. También al negociarse sobre inflación prevista se contribuía al control de la misma con la repercusión favorable que esto tiene en las rentas salariales de las clases más débiles, de los jubilados y los pensionistas.

En este primer gran Acuerdo no participó ELA-STV y CC.OO. se negó en redondo a suscribirlo. Después vinieron el Acuerdo Marco Interconfederal II —AMI II—, el Acuerdo Nacional sobre Empleo —ANE— y el Acuerdo Interconfederal para 1983 —AI 83— cuya vigencia ha concluido el pasado 31 de diciembre.

Los nacionalistas persisten en tener la competencia exclusiva en materia de legislación laboral, aunque tanto la Constitución como el Estatuto de Autonomía niegan tal posibilidad.

La actitud de ELA-STV no ha sido cambiante respecto a ninguno de esos Acuerdos. Negarse a participar en la negociación, aún teniendo derecho, y atacar los acuerdos logrados tratando de superar lo suscrito en materia salarial a cualquier precio. Críticas constantes de que esa clase de acuerdos iban en contra de un posible «Marco Autónomo de Relaciones Laborales» y valoración positiva de la no consecución del AI 84. En definitiva, desarrollando en época de crisis, un sindicalismo corporativista exclusivamente por y para los que tienen trabajo.

La actitud de CC.OO. ha oscilado entre la no firma de los AMI I y II y su alianza consiguiente en el País Vasco con ELA-STV y las firmas del ANE y del AI 83, cambiando 180 grados toda su filosofía negociadora que vuelve a quedar en entredicho en 1984, con un nuevo giro en su filosofía (supeditada como siempre a intereses políticos) al afrontar demagógicamente la negociación, en estos momentos frustrada, del AI para este año.

Resumiendo, se puede asegurar que durante estos años la UGT ha representado un sindicalismo solidario, responsable y coherente con una línea de actuación a nivel de todo el Estado. El sindicato nacionalista ELA-STV ha difundido una estrategia encaminada a justificar su propia existencia como tal fuerza nacionalista practicando una estrategia que siempre ha de ser diferenciadora y exclusivista. Y, por fin, CC.OO. ha oscilado en un planteamiento que le llevó en un momento determinado a defender los Pactos de la Moncloa, en otro a rechazar los AMI I y II, en otro a firmar el ANE y el AI 83 y, actualmente, a rechazar cualquier posible acuerdo en torno al AI 84 en función de intereses no estrictamente sindicales. Así, pues, y con demasiada frecuencia, la UGT se ha visto sola en la defensa de una política de solidaridad y responsabilidad, ofreciendo cultura sindical y coadyuvando al asentamiento de la democracia a tra-

vés del logro de unas más distendidas relaciones laborales.

También en Euskadi ha habido problemas entre la clase empresarial, problemas que se agudizaron más, si cabe, con mutuas acusaciones a la hora de elegir la patronal su representación al Consejo de Relaciones Laborales. La pugna entre la Confederación General de Empresarios de Vizcaya —CGEV, afín a la CEOE— y las patronales ADEGUI de Guipúzcoa, SEA de Alava y CEV de Vizcaya —estas últimas más ligadas a sectores nacionalistas—, se saldó a mediados del año pasado con la formación de una nueva patronal, Confebask, compuesta por la coordinación de estas tres últimas y cuyo ámbito de actuación es la Comunidad Autónoma Vasca.

*Cuatro años del Gobierno Vasco.
Algunas observaciones a su actuación*

**El problema del paro
se ha agudizado, creciendo
en Euskadi
más aceleradamente que la tasa
media de paro en España.**

Los cuatro años de mandato autonómico han venido condicionados por una configuración del Parlamento Vasco donde la ausencia de los electos de HB han dado al PNV, que cuenta con la minoría mayoritaria, la mayoría absoluta de la Cámara. Así, el Gobierno Vasco ha sido de composición monocolor y pese a no contar con la mayoría absoluta teórica, ha gobernado como si la tuviese, rechazando olímpicamente toda iniciativa que surgiese desde la oposición y negándose repetidamente a consensuar o, al menos, tratar de acercar posiciones en temas tan sensibles o fundamentales como podrían ser el Himno Oficial de la Comunidad Autónoma o la Ley de Territorios Históricos de reciente aprobación. Aquellos que se presentaron a las elecciones bajo el *slogan* «todo un gobierno para todo un pueblo», han venido gobernando a golpe de voto desde el día siguiente a quedar constituido el gabinete, allá por 1980, despreciando a la oposición parlamentaria y actuando exclusivamente para su electorado.

Los temas socio-laborales e industriales no han sido, precisamente, los que han suscitado la atención prioritaria del gobierno nacionalista. Tan es así, que en los presupuestos del gobierno vasco para estos años de mandato, estos departamentos se encuentran entre los menos dotados presupuestariamente.

El problema del paro junto con el fenómeno terrorista son dos de los problemas fundamentales que tiene la Comunidad Autónoma. Aunque a la hora de hacer valoraciones, la mayoría de las fuerzas políticas y sociales coinciden con ese análisis, a la hora de adoptar medidas puntuales, hasta donde se pueda, por el Gobierno Vasco, esos no son temas considerados como prioritarios o, al menos, eso dicen objetivamente las limitadas acciones hasta ahora emprendidas por el ejecutivo autónomo para coadyuvar en la solución de uno y otro fenómeno.

En 1980, al inicio de la gestión del Gobierno Vasco había en la Comunidad Autónoma 91.500 parados —11 por ciento—, mientras la media del Estado era del 10 por ciento, es decir, la Comunidad estaba 1,1 puntos por encima de la media de paro estatal. A finales de 1983, próximo a extinguirse el mandato gubernamental, el paro en la Comunidad Autónoma se había incrementado hasta llegar a 166.200 parados —20,3 por ciento—, mientras la media del Estado se situaba en un 17,8 por ciento, es decir, la Comunidad estaba 2,5 puntos por encima de la media estatal. Por lo tanto el paro se ha incrementado más rápidamente que en el resto del Estado aumentando la diferencia negativa en 1,4 puntos más por encima de la media de paro estatal, de 1,1 puntos en 1980 a 2,5 puntos en 1983. Y todo esto con un leve crecimiento de la población activa, unas dos mil personas más que en 1980, y con un saldo migratorio negativo en los cinco últimos años cifrado en cerca de 40.000 personas de las cuales más del 20 por ciento eran población activa.

**La política industrial
que ha desarrollado el Gobierno
Vasco ha sido de acciones puntuales,
sin un Plan Industrial Global
de Actuación.**

Muchos y variados ingredientes hacen que la situación del País Vasco haya sido como hemos apuntado, en estos cuatro últimos años. Las industrias básicas asen-

tadas en él, siderurgia integral y no integral, grandes y pequeños astilleros, fábricas de grandes bienes de equipo mecánico y eléctrico, pasan por una grave recesión a nivel mundial y en nuestro país están incluidos en el Libro Blanco de cara a su urgente reconversión. Otra serie de industrias muy importantes desde el punto de vista social, económico y de mercado, como fabricantes de línea blanca, de máquina-herramienta, de herramienta manual, armería deportiva, máquinas de coser y tornillería, están pasando por una crisis total con el grave riesgo de colapso para el conjunto de la economía de Euskadi. Si a ello añadimos la serie de PYMES y empresas auxiliares que son afectadas por la mala marcha de las empresas de los sectores de cabecera, el panorama no se puede pintar más negro, debiendo de convenir que el sector industrial está tocado del ala, con lo que eso afecta al sector de la construcción y sector servicios.

Así como el gobierno del Estado ha orientado la reconversión de los grandes sectores cuya incidencia en la economía vasca, como hemos señalado, es de capital importancia, todos aquellos pequeños sectores en dificultades, de vinculación exclusiva o casi exclusiva a la Comunidad Autónoma, y que por su dimensión es más que probable que no entren en los Planes Estatales de Reconversión, están olvidados por el Ejecutivo vasco que no ha sido capaz, en estos cuatro años, de fijar y acometer en la medida de sus posibilidades un Plan Industrial Global para Euskadi. Esto se ha visto de manera más clara con motivo de las pasadas inundaciones por lluvias torrenciales cuando, mientras todo el espectro político y social coincidía en afirmar que ese momento podía ser el de la modernización del aparato productivo y la racionalización de los sec-

tores industriales afectados gravemente por la catástrofe, se constató que ello no era posible al no existir un Proyecto Industrial Global que permitiese discernir qué sector no estaba convenientemente dimensionado o qué empresas tenían futuro y cuáles eran ya irrentables antes de la catástrofe y podían seguirlo siendo después de su reconstrucción, de llevarse ésta a efecto.

Lamentablemente se han perdido cuatro años para avanzar en el logro de esa Política Industrial Global. Ante las continuas peticiones de los socialistas durante estos años, se nos ha respondido con las más diversas evasivas: desde que no había competencias, hasta que faltaba el dinero necesario. Lo cierto es que aquí también ha faltado el necesario entendimiento entre el gobierno vasco y el gobierno del Estado para coadyuvar, por parte de aquél, a paliar en lo posible los efectos que va a producir el necesario saneamiento del sector industrial.

La política industrial que ha desarrollado durante su mandato el gobierno vasco ha sido una política de acciones puntuales. Programas parciales de actuación que han obtenido diversos resultados. Ayudas a una serie de empresas aisladas de distintos sectores que, en algunos casos, no han resuelto la delicada situación en que se encontraban y a veces lo conseguido ha sido poner en peligro el precario equilibrio del conjunto del sector. No se ha acometido ningún Plan Sectorial globalmente a pesar de la existencia de sectores con graves dificultades cuyo tamaño y clara limitación al ámbito de la Comunidad Autónoma, además de su no inclusión en los grandes planes de reconversión industrial estatales, los hubiera hecho idóneos para una investigación a fondo del Ejecutivo autónomo. Pero esa intervención está por llegar.

En el Pleno Extraordinario del Parlamento vasco, que se celebró a finales de

Ante la espiral terrorista, el Gobierno Vasco ha respondido con ambigüedad cuando no con agudas críticas a la actuación en esta parcela por parte del Gobierno del Estado.

septiembre de 1983 para tratar sobre la problemática causada por las inundaciones en el País Vasco, la Cámara aprobó, no sin ciertas reservas por parte del grupo mayoritario, una iniciativa del PSE-PSOE en la que se planteaba la necesidad inmediata de acometer la elaboración de un esquema de planificación económica para lo que inmediatamente el Ejecutivo debía convocar a las fuerzas políticas con representación parlamentaria y a las fuerzas sociales representadas por patronales y sindicatos. Poco días antes de la disolución del Parlamento se convocó a dichas fuerzas para anunciar que, posiblemente para finales de 1984, podría comenzarse con el esquema de planificación y hasta entonces se pretendía crear un Consejo de Economía como lugar donde los agentes sociales discutieran las grandes líneas de política económica del País Vasco y elevaran sus informes al Parlamento y/o al Ejecutivo. Todo un detalle al cabo de cuatro años y con el Parlamento prácticamente disuelto en vísperas de unas elecciones autonómicas.

Las relaciones gobierno vasco-centrales sindicales no han sido fluidas ni lo idóneas que sería de desear. Durante estos años ha dado la impresión de que el Ejecutivo autónomo ha rehuido el trato con los sindicatos. Paradójicamente, ha habido ocasiones en que las intervenciones del gobierno han interferido negativamente en el libre juego de las relaciones laborales.

Mención especial merece la gestación y aprobación de la Ley del Consejo de Relaciones Laborales. Este es un claro ejemplo de cómo no se deben hacer las cosas. Fue concebido desde el primer momento con el objetivo de que este Consejo por la vía de los hechos hiciese posible el establecimiento de un «Marco Autónomo de Relaciones Laborales». El Consejo tenía que ser necesariamente decisorio y debía remediar la falta de competencia de la Comunidad para poder legislar en ma-

teria laboral. Además de darle el carácter de resolutorio se fijaba una composición numérica de sus miembros mediante la cual nada podría acordarse sin contar con los representantes nacionalistas, tanto patronales como sindicales, en dicho Consejo. De nada sirvieron las advertencias y críticas de la UGT y el PSE-PSOE a dicho proyecto. Meses después, y como quiera que el gobierno de UCD impugnara esta ley ante el Tribunal Constitucional, este máximo órgano invalidó todo aquello que hacía del Consejo un órgano decisorio, dando así la razón a las tesis que venían manteniendo los socialistas y rompiendo con la filosofía que había dado origen a este órgano. Meses y meses perdidos, a veces con agrias polémicas y al final un órgano que desde su constitución definitiva ha sobrellevado una vida lánguida no cumpliendo con las expectativas que había levantado.

El terrorismo que no cesa

Un fenómeno que ha marcado tristemente estos años de democracia en Euskadi ha sido el terrorismo. Los asesinatos, la extorsión y la amenaza han estado a la orden del día.

Un terrorismo que se ha cobrado vidas de trabajadores, de sindicalistas, empresarios, políticos, militares, miembros de las fuerzas del orden público. De ciudadanos vascos que vivían y trabajaban en Euskadi. Según sus ejecutores, todos ellos eran «enemigos del pueblo vasco», aunque llegan a reconocer el haber cometido algún que otro «error» al haberse equivocado de víctima.

Estos verdugos de la libertad, los que ponen bombas en empresas y centros públicos, los que asaltan las Casas del Pueblo levantadas con mucho esfuerzo

por los trabajadores, devastando cuanto encuentran a su paso y quemando libros y mobiliario, ¿no os recuerdan épocas pasadas estas actitudes? Los que apedrean, golpean e insultan a alcaldes elegidos democráticamente por el pueblo.

Un terrorismo con apoyatura política en los partidos abertzales más radicales, cuyo objetivo es socavar los aún frescos cimientos del actual Estado democrático, el hacer de Euskadi una tierra desolada para edificar sobre las ruinas «su utopía revolucionaria». Son los nuevos salvadores de la patria.

Lo cierto es que mientras no se acabe con este estado de cosas, mientras la violencia, el asesinato y la extorsión sean la tónica cotidiana, es difícil ver la salida del túnel. Hay desconfianza, no se puede opinar libremente so pena de recibir la amenaza de turno. Y, ¿quién invierte en este país con unos empresa-

rrios sometidos al mal llamado «impuesto revolucionario»? ¿cuánto dinero que hubiera podido ser invertido en esta otrora próspera tierra ha ido destinado a engrosar

las millonarias cuentas bancarias de las bandas armadas para poder seguir mantando?

Ante este sombrío panorama nos hemos acostumbrado a oír, por parte del Ejecutivo vasco y del partido que lo sustenta, descalificaciones a toda actuación policial, hablar de que se deben utilizar medidas políticas y cómo se deben resolver estos asuntos con la necesaria «prudencia política».

Habría que preguntar sobre las medidas políticas. ¿Cuántos señalaban el 15 de junio de 1977 que escasamente siete años después se alcanzara el nivel de autogobierno actual con un Estado de Autonomía en continuo desarrollo de sus transferencias? Pues se sigue insistiendo con la misma cantinela.

Habría que preguntar si la pretendida «prudencia política» no será el «dejar hacer, dejar pasar» que algunos aplican magistralmente. Porque lo cierto es que ni esa insinuante «prudencia política», ni esas medidas políticas van a devolver la vida a los múltiples asesinados, ni han impedido ni van a impedir que se siga asesinando mientras existan esos asalariados de la violencia y el terror. Y la mayor agresión y la negación de la libertad es la muerte.

A modo de resumen.

Entre el desencanto y la esperanza

En resumen, los grandes problemas que tenía planteados en 1980 la Comunidad Autónoma del País Vasco siguen hoy sin resolverse.

Ante la espiral terrorista, el gobierno vasco ha respondido con ambigüedad

cuando no con agudas críticas a la actuación en esta parcela por parte del gobierno del Estado.

El problema del paro se ha agudizado, creciendo en el País Vasco más aceleradamente durante estos cuatro años que la tasa media de paro en España, multiplicándose casi por dos el número de parados.

El sector industrial se encuentra gravísimamente deteriorado sin que exista un Proyecto de actuación global en materia de política industrial.

Al fondo, una economía quebrantada que necesita de un clima de paz y de una planificación concertada para que el futuro de Euskadi sea más esperanzador. Lástima el haber perdido cuatro años, pero aún nos queda la esperanza y la confianza en nuestras propias fuerzas y en las de un pueblo que siempre ha sabido superar las situaciones más difíciles.

Leviatán, Extraordinario, FEBRERO 1984

UNA ALTERNATIVA ECONOMICA PARA EUSKADI

Manuel Escudero



3

La necesidad de ofrecer una alternativa económica en Euskadi constituye hoy una tarea política prioritaria.

Las cifras que avalan esta afirmación son elocuentes por sí mismas:

El PIB, después de alcanzar un máximo negativo en 1979, se mantiene en una situación de estancamiento o crecimiento nulo.

La tasa de beneficios es negativa desde 1977, y consecuentemente el porcentaje de participación del País Vasco en el total de la inversión industrial en España ha descendido del 13,17 por ciento en 1978, al 4,22 por ciento en 1982.

La tasa de paro ha aumentado de un 11,2 por ciento en 1979, hasta un 20,15 por ciento en 1983.

Así pues, la evaluación de la economía vasca no puede ser optimista, a pesar de que el País Vasco en su decaimiento económico no ha llegado aún a un punto de «no retorno».

Desde el punto de vista de su estructura

industrial, junto a la abierta crisis de la construcción y de los sectores que producen bienes de equipo e inversión, los sectores en los que está más especializado el

**La participación del País Vasco
en el total de la inversión industrial
de España descendió
del 13,17 por ciento en 1978
al 4,22 por ciento en 1982.**

País Vasco se mantienen frente a la crisis: la metalurgia, la siderurgia, los productos metálicos, la industria papelera, el caucho y las materias plásticas y la industria del mueble. Sin embargo, el estancamiento de los sectores que se mantienen no es estable y puede deteriorarse en un futuro inmediato. De hecho algunos de los sectores que se han mantenido hasta la fecha comienzan a dar señales inequívocas de crisis.

A este panorama hay que añadir el contexto más general de la crisis internacional, que se caracteriza por una nueva división internacional de la producción y el trabajo, así como por una revolución tecnológica que comienza.

La evolución espontánea de la economía conduce al País Vasco hacia la condición de una vieja región industrializada que se ha quedado obsoleta. Existen precedentes de regiones que con una estructura productiva similar y en un clima internacional mucho más favorable han llegado a tal situación. Son regiones en las que el capital fijo instalado se va depreciando, la inversión privada es nula, el paro se convierte en un fenómeno estable y enquistado y los servicios colectivos se deterioran a un ritmo creciente.

Este futuro posible se puede evitar. Para ello es necesario poner en marcha un *Plan Económico* que encauce las energías de todas las fuerzas sociales en un programa de transformaciones durante un período lo suficientemente prolongado para que se puedan resolver los problemas estructurales más agudos de la economía vasca. Este Plan Económico debería permitir:

— Detener el proceso de decaimiento económico y paro creciente para convertirlo en un nuevo proceso de recuperación y disminución constante del desempleo.

— Sentar las bases de una nueva economía vasca dentro del contexto español, del Mercado Común y la naciente redivisión internacional de la producción.

— Comenzar un proceso de descentralización territorial de las actividades económicas en el País Vasco, de modo que éstas sean más eficientes y no impliquen los costes sociales que han supuesto en el pasado.

Para cubrir estos objetivos es necesario abordar la problemática situación de la economía vasca en nueve frentes específicos:

1. Reestructuración de sectores industriales dentro del ámbito de la Comunidad Autónoma.
2. Restablecimiento de la base exportadora vasca.
3. Coordinación dentro del País Vasco de los Fondos de Promoción del Empleo.
4. Política de Promoción de empleo y nuevas empresas.
5. Creación de un Centro de Desarrollo Tecnológico Industrial.
6. Creación de una nueva empresa pública en el País Vasco.
7. Programa de Formación en nuevas tecnologías.
8. Estímulos para el crecimiento de los sectores de servicios.
9. Comarcalización del Plan Económico.

Las cuatro primeras alternativas van destinadas a detener el proceso de decaimiento económico y el paro creciente e invertirlo. Las iniciativas 5, 6 y 7 se dirigen a sentar las bases de una nueva economía vasca. Finalmente, los puntos 8 y 9 están concebidos para iniciar el proceso de descentralización de las actividades económicas en el País Vasco.

A continuación se explica el contenido de cada alternativa, los instrumentos que se precisan para llevarlas a la práctica y las acciones prioritarias que supone.

1. *Reestructuración de sectores industriales dentro del ámbito de la Comunidad Autónoma Vasca*

Se trata de iniciar una política de reestructuraciones sectoriales que reimpulse el proceso de maduración de la estructura productiva vasca, interrumpido por la aparición de la crisis económica.

La política que se propone, aunque complementaria, es diferente de la política de reconversión de sectores que se está llevando adelante a nivel estatal, tanto por el tipo de sectores a los que se dirige como por el tipo de instrumentos a utilizar.

La política estatal de reconversión se centra fundamentalmente en sectores maduros y formados por grandes empresas. La política que se propone para el País Vasco se ha de dirigir a sectores cuya estructura es inmadura y excesivamente atomizada. Se trata de apoyar a la industria «periférica», parte fundamental del tejido industrial vasco para convertirla en una formación económica eficiente.

En cuanto a los instrumentos a utilizar, la política estatal de reconversión se basa en reducciones de la capacidad productiva, inversiones en productividad y, en consecuencia, ajustes de plantilla. La es-

trategia de reestructuración que proponemos para el País Vasco, *en un primer momento* ha de basarse en la conservación de la capacidad productiva existente, la mejora de la organización interna del sector y la expansión de la producción a través de la exportación.

La instrumentación de esta estrategia debería realizarse a través de:

a) Acuerdos de producción entre empresas de modo que se propicie la integración vertical de producción donde diferentes empresas se especialicen en diferentes fases productivas. Con ello será posible ampliar la escala de operaciones sin cambiar la dimensión de empresa y se podrá iniciar una reconversión gradual de procesos productivos a partir de lo que existe. También se favorecerá la creación de bolsas de subcontratación comarcales, de modo que se pueda utilizar al máximo la capacidad productiva existente.

b) Fusiones de empresas, incluyendo como una modalidad el establecimiento de nuevas plantas productivas en las nuevas zonas de localización de industrias.

Se debe iniciar una reestructuración de sectores industriales que reimpulse el proceso de maduración de la estructura productiva vasca...

Como objetivo prioritario a abordar de un modo urgente por sus características específicas, se debería iniciar el proceso de reestructuración de sectores dentro de las ramas de producción de maquinaria y equipo mecánico y de fabricación de productos metálicos.

2. *El restablecimiento de la base exportadora vasca*

La exportación, fundamentalmente a los mercados españoles, ha sido, durante mucho tiempo, la variable determinante del crecimiento económico del País Vasco.

Con la crisis económica y la caída de la demanda en los mercados españoles, las exportaciones vascas se han debido des-

plazar en muy pocos años a los mercados internacionales. Este movimiento se ha dado en general en condiciones muy desventajosas, manifestadas en un descenso de los precios unitarios así como en una simplificación de la gama de productos exportados. Con ello las exportaciones han dejado de ser un factor de crecimiento y se han convertido en una vía de salida a una producción estancada.

La atonía de los mercados nacionales se puede mantener durante un período prolongado. Además, la economía vasca, como la economía del conjunto de España, tienen que afrontar el gran reto de alcanzar competitividad en los mercados internacionales.

Por ello, el segundo objetivo para la economía vasca es el de *restablecer su base exportadora*, esta vez en los mercados internacionales, y hacer de ella el factor clave de una nueva expansión económica.

El País Vasco, con los productos que ya exporta y con la estructura productiva que hoy tiene puede ir ganando cuotas crecientes en los mercados internacionales.

Se ha estimado ¹ que alrededor de un 60 por ciento de los productos vascos exportados en 1979 no están amenazados ni por una competencia creciente de los países más desarrollados ni por una competencia creciente por parte de los países de reciente industrialización.

En muchos sectores de aquellos que han formado parte de la base exportadora vasca se puede alcanzar cuotas crecientes en los mercados internacionales si se hace frente con éxito a la competencia de países con una naturaleza similar a la de nuestra economía (con costes intermedios de mano de obra y sectores productivos que no requieren una alta intensidad de capital).

En otras palabras, el País Vasco puede alcanzar una especialización exportadora competitiva en los mercados internacionales a partir de una serie de sectores que ya existen y que se hallan muy integrados dentro de la estructura productiva vasca.

De entre aquellos sectores que ya exportan se pueden citar, por su potencialidad futura a los siguientes:

- Fabricación de productos metálicos (estructuras metálicas, calderería, recipientes para gases, cables, cadenas, artículos de limpieza e higiene, cubertería, cerrajería, guarniciones y sector armero).
- Maquinaria y equipo mecánico.
- Material de transporte.
- Química inorgánica.
- Papel.
- Industrias alimenticias.
- Fabricación de productos minerales no metálicos.

Este listado sirve para ilustrar el hecho de que el País Vasco, en muchas de sus líneas de producción puede, ganar cuotas crecientes en los mercados internacionales y restablecer su base exportadora a partir de lo que ya existe.

En función de un análisis detallado de los sectores arriba mencionados parece prioritario en cuanto a realización de *Planes de Exportación* iniciarlos dentro de los sectores de fabricación metálicos, maquinaria y equipo mecánico, aparatos y material eléctrico, industrias de la alimentación e industria papelera.

Para facilitar el desarrollo de estos Pla-

**El segundo objetivo
para la economía vasca
es el de restablecer su base
exportadora, orientada a los mercados
internacionales.**

nes de Exportación, sería fundamental la creación de una *Agencia de Desarrollo* con la función de promoverlos y apoyarlos técnicamente.

3. *Coordinación dentro del ámbito de la Comunidad Autónoma de los Fondos de Promoción de Empleo que se creen a partir de los Planes de Reconversión*

La política de reconversión impulsada por el Ministerio de Industria y Energía afecta en la actualidad a siete sectores de producción en el País Vasco, así como a dos grandes empresas aisladas. En total son, aproximadamente, 30 establecimientos industriales los que están acogidos a los diferentes Planes de Reconversión.

Estos Planes de Reconversión implican la pérdida de puestos de trabajo. Por ello se prevee la creación de Fondos de Promoción de Empleo dirigidos a la creación de puestos alternativos de trabajo. Para que esta política complementaria sea efectiva es necesario que los ajustes de plantilla y la creación de puestos alternativos se den de un modo simultáneo o muy cercano en el tiempo.

Sin embargo, en la situación crítica en la que se encuentra el País Vasco es muy difícil que los Fondos de Promoción de Empleo se materialicen en nuevos puestos de trabajo con posibilidad de futuro tanto para los trabajadores afectados como para la economía vasca en su conjunto.

Por ello parece necesario *coordinar los Fondos de Promoción con los objetivos y mecanismos de promoción industrial que el Plan Económico ha de poner en marcha.*

Ello implicaría que, si los trabajadores afectados así lo deciden, los Fondos de Promoción de Empleo puedan coordinarse dentro de la política de promoción de empleo y beneficiarse de las medidas que el Plan Económico puede ofrecer.

4. *Promoción del Empleo y de nuevas empresas*

La alta tasa de paro registrada en algunas comarcas vascas (Margen Izquierda,

Bilbao Metropolitano, Basauri, San Sebastián y Vitoria), así como el ritmo más rápido de crecimiento del paro en el País Vasco con respecto al conjunto de España, aconsejan emprender de un modo urgente un programa de promoción del empleo.

Existen tres razones de peso que hacen pensar en la viabilidad de una política basada en *la creación de nuevas empresas:*

— El paro es un fenómeno tan reciente como desconocido en el País Vasco donde, durante décadas, se había experimentado una situación de pleno derecho. Debido a ello, la sociedad no ha generado aún mecanismos informales de acomodo y enquistamiento de la nueva situación. En este sentido, el fenómeno del paro en el País Vasco es muy diferente del experimentado en muchas sociedades urbanas, donde el desempleo es estable, tiene una difícil solución y constituye el núcleo de lo que se llama «el problema del interior de las ciudades» (*the inner city problem*).

— Un alto componente del paro en el País Vasco está formado por profesionales y trabajadores cualificados.

— Finalmente, existe un precedente de organización productiva que no se ha dado ni en el resto de España, ni en ningún otro país con el éxito y a la escala con que se ha producido en el País Vasco: el movimiento cooperativo industrial.

Este conjunto de circunstancias permite potenciar la creación, a cargo de trabajadores y profesionales en paro, de empresas cooperativas o sociedades laborales de producción. Esta iniciativa debería obtener cobertura técnica y jurídica a través de una *Agencia de Promoción de Empleo y Nuevas Industrias.*

5. *Creación de un Centro de Desarrollo Tecnológico Industrial*

Los objetivos propuestos hasta aquí están dirigidos a la consecución del primer

fin general del Plan: invertir el signo de la evolución económica. Junto a ello es necesario sentar las bases de una nueva economía vasca, dentro del proyecto de reindustrialización de la economía española que el Gobierno socialista está impulsando.

Un campo en que se está desplegando esfuerzo por parte del Gobierno español se centra en el área de la innovación tecnológica dentro de la política de promoción industrial.

De acuerdo con estos criterios se propone la creación de un Centro de Desarrollo Tecnológico Industrial financiado a partes iguales por la Comunidad Autónoma y el Centro de Desarrollo Tecnológico Industrial que se ha establecido a nivel del Estado español.

El CDTI Vasco tendría algunas funciones similares a las de su equivalente central y cubriría al mismo tiempo algunas funciones específicas en el País Vasco, la más importante de las cuales sería definir para el final del período de vigencia de este primer Plan Económico el «modelo tecnológico» apropiado para el País Vasco.

6. *Creación de una empresa pública en el País Vasco*

En el contexto de la crisis, en los países que siendo industrializados se encuentran «atrapados» entre los países más desarrollados y los de nueva industrialización el *Estado* debe actuar, de un modo creciente, como *nuevo inversor*. Debe de marcar pautas de crecimiento e impulsar *directamente* el progreso tecnológico, mediante la creación de nuevas empresas que puedan hacer frente al reto de constante renovación tecnológica de las grandes corporaciones multinacionales.

En esta línea se propone el objetivo de *crear una empresa pública que pueda ini-*

El Plan Económico debe tener un fuerte componente comarcal, atendiendo a las características específicas de cada comarca, que requieren un tratamiento diferenciado.

ciar una nueva especialización productiva con garantías de crecimiento y de expansión de mercados. Con ella se trata de conseguir un «efecto-demonstración» que

anime en una determinada dirección a la iniciativa privada. Esta empresa ha de ser la pieza clave para que en el plazo de dos décadas el País Vasco haya transformado su «mezcla industrial» y su perfil.

7. *Creación de Centros-piloto comarcales para la Formación en Nuevas Tecnologías*

La revolución tecnológica que ha comenzado hace escasos años es una combinación de los avances en los campos de sistemas de comunicación, sistemas generales de programación y microelectrónica. Aunque los efectos de esta revolución no sean aún conocidos plenamente, ya se están haciendo patentes: la robotización de procesos productivos, la informatización de servicios burocráticos, la «deslocalización» de funciones de gestión, la aparición de nuevos bienes de consumo.

Por otra parte, como se ha visto anteriormente, la estructura actual productiva del País Vasco se muestra incapaz de proporcionar una actividad productiva a un creciente sector de jóvenes en todas y cada una de las comarcas vascas.

Teniendo en cuenta la necesidad de más técnicos familiarizados con las nuevas tecnologías así como el aumento de jóvenes desempleados en las comarcas vascas, sería muy rentable a medio plazo la creación de seis centros-pilotos comarcales destinados a impartir los conocimientos básicos en nuevas tecnologías (ver epígrafe 9).

8. *Estímulos a la promoción del sector de servicios*

Una de las causas más importantes del subdesarrollo que tiene el sector de servi-

cios en el País Vasco es la *excesiva centralización* de servicios en unos pocos «lugares centrales» (Bilbao Metropolitano, San Sebastián y Vitoria).

Es por ello por lo que se propone la confección de *Estudios de Reconocimiento comarcales del sector de servicios*, que den cuenta exacta de los déficits tanto en el área de servicios públicos como en el área de servicios privados. Esto nos permitiría elaborar una serie de directrices específicas que han de servir como marco de referencia estratégico para que los Ayuntamientos, a través de sus instrumentos de ordenación formulen una política específica de promoción municipal de servicios privados.

9. *Comarcalización del Plan Económico*

El Plan debe tener un fuerte componente comarcal. Las comarcas vascas tienen una clara especialización productiva. Por ello el decaimiento económico y el paro adquieren características específicas para cada comarca y requieren un tratamiento diferenciado.

Una primera aproximación nos lleva a proponer la división del País Vasco en *seis Comarcas de Planificación Económica*. Esta división se ha hecho atendiendo a criterios de uniformidad, de modo que se han reunido aquellas comarcas que poseen grandes rasgos comunes o una relación económica muy estrecha:

1. *Comarca de San Sebastián-Tolosa-Urola Costa.*
2. *Comarca de Goierri-Alto Deba-Bajo Deba.*
3. *Comarca del Gran Bilbao.*
4. *Comarca de Durango-Guernica.*

5. *Comarca de Vitoria-Llodio.*
6. *Comarca de los Valles, Montaña y Rioja Alavesas.*

Para cada Comarca se propone la creación de un *Consejo de Planificación Económica Comarcal*, que ha de jugar un papel esencial en la formulación y el seguimiento del Plan Económico.

Los Consejos han de estar compuestos por representantes de los Ayuntamientos, organizaciones sindicales y patronales de la Comarca. Sus funciones, algunas de las cuales han sido mencionadas en los objetivos anteriores, deberían ser:

- a) Formulación de *Recomendaciones acerca del impacto comarcal* de los Planes de Reestructuración y los Planes de Exportación.
- b) Designación de las *nuevas zonas de localización industrial* dentro de cada Comarca.
- c) Redacción de Informes de evaluación de los Planes de viabilidad y de negocios de aquellas nuevas empresas que surjan en la comarca acogidas a la política de Promoción de Empleo y Nuevas Empresas.
- d) Designación de la localización adecuada para el Centro-piloto comarcal de Formación en Nuevas Tecnologías, así como formulación de una recomendación sobre su programa de estudios.

¹ Al hacer esta evaluación se ha tenido en cuenta como punto de referencia el excelente estudio *El desempleo en el País Vasco*, de la Caja Laboral Popular.

Fundación Pablo Iglesias

PUBLICACIONES

La Izquierda ante la crisis económica mundial.

Textos de las jornadas organizadas por la Fundación Pablo Iglesias los días 19 y 24 de mayo de 1980. Giovanni Arrighi, Jacques Attali, Enrique Barón, Fernando Claudín, André Granou, Stuart Holland, Serge-Cristophe Kolm, Ernest Mandel, José María Maravall, Juan Muñoz, Ludolfo Paramio, Santiago Roldán, Julio Segura, Bruno Trentin, Rainer Zoll.
186 pp. 400 Ptas.

El tema de las Nacionalidades.

La teoría de la nación en Otto Bauer, Manuel García Pelayo.
68 pp. 200 Ptas.

Vida y obra de Marx y Engels.

José Luis Aranguren, Fernando Claudín, Elías Díaz, Helmut Elsner, Carlos Paris, Ignacio Sotelo, Enrique Tierno Galván.
101 pp. 200 Ptas.

Homenaje a Pablo Iglesias.

(En el año del centenario de la fundación del PSOE, con 60 contribuciones de escritores, poetas y profesionales.)
203 pp. 400 Ptas.

100 años de socialismo en España.

Bibliografía del socialismo español, 1979.
216 pp. 250 Ptas.

100 años por el socialismo.

Historia ilustrada del PSOE, 1979.
225 Ptas.

Catálogo de Publicaciones Periódicas

pertenecientes a la Hemeroteca de la Fundación Pablo Iglesias. 82 pp. 50 Ptas.

DISTRIBUCION A LIBRERIAS

EN MADRID:
Visor Libros
Roble, 22
Madrid-20
Teléf. 279 34 43

CATALUNYA Y RESTO PAIS:
Les Puntxes, S.L.
Escornalbou, 12
Barcelona-26
Teléfs. 235 22 08-235 61 08

¿CAOS AMBIENTAL EN EUSKADI?

Fernando Martínez Salcedo



4

En las sociedades modernas el medio ambiente se configura aceleradamente como un objeto diferenciado de la estrategia política y administrativa. La creciente demanda social genera actitudes e inquietudes que las fuerzas políticas deben traducir a nivel programático y en acciones concretas tendentes a la integración de los factores ambientales en la planificación económica global.

Durante mucho tiempo el medio ambiente ha tenido un carácter subsidiario con respecto a otro tipo de estrategias que integran las tareas administrativas, e incluso las actitudes ideológicas que provocan comportamientos depredadores del medio han tenido una consideración mayor que aquellas otras tendentes a la

utilización racional de los recursos naturales.

El medio ambiente ha pasado a ser la cuenta de resultados de un pasivo ambiental constituido por diversos elementos: una política territorial destinada a la acumulación de recursos materiales y hu-

manos y a su rentabilización, un tratamiento disperso y, por lo tanto, incoherente de la política de obtención de recursos naturales, tecnologías despropor-

**En los últimos años,
el medio ambiente aparece
como un sector más
de la actuación
político-administrativa.**

cionadas encaminadas al control político más que a la satisfacción de necesidades básicas y, en general, un desconocimiento de la dinámica de los sectores ambientales que provoca problemas añadidos tales como saturación del medio, daños por descompensación y necesidad de ajustes posteriores para recuperar los déficits ambientales.

En los últimos años el medio ambiente aparece como un sector más de la actuación político-administrativa, y paralelamente ha ido surgiendo un movimiento social importante que ha configurado alternativas parciales a los elementos más degradantes del sistema a la vez que desarrollado opciones globales de producción y consumo y, en general, entendiendo de manera distinta la relación de la sociedad humana con el medio.

De esta forma, bajo el epígrafe medio ambiente encontramos hoy dos concepciones distintas. Por un lado, los movimientos ecologistas tienden a integrar en el concepto toda suerte de problemáticas en principio ajenas a las disfunciones ambientales. La progresión utilizada en este caso es producto de la dinámica social generada en sociedades industrializadas en donde la transformación física del entorno se ha producido con cambios importantes que afectan de algún modo a las condiciones de vida no sólo materiales. Hay además un elemento político que se presenta relacionado con la dinámica de integración de factores no estrictamente ambientales en los movimientos ecologistas. De alguna manera el funcionamiento de los sistemas democráticos plantea el establecimiento de pautas de comportamiento estacionadas con respecto al momento en el que se ejerce el derecho al voto diferenciándolo

del resto del devenir político. Evidentemente, buena parte de los problemas ambientales aparecen con unas connotaciones de urgencia para una parte sustan-

cial del conjunto social y es éste el carácter correctivo y casi instantáneo que delimita «la batalla ambiental».

En este sentido, el movimiento ecologista plantea un conjunto de reflexiones que es preciso tener en cuenta ya que se sitúan en la óptica de que el funcionamiento democrático debe contar con la dinámica propia de las instituciones pero igualmente con los elementos sociales que crean expectativas válidas y posibilitan resortes ágiles y de constatación permanentes de una parte de la realidad.

En segundo lugar, el medio ambiente comienza a ser un objeto diferenciado en la política de los Estados. Diferentes hitos internacionales han jalonado las preocupaciones de los Gobiernos y los ciudadanos por los problemas ambientales. Y en este sentido se han buscado soluciones administrativas operativas a la vez que en los programas de los partidos iba apareciendo el necesario epígrafe medioambiental.

La acción administrativa ha ido configurando un ámbito definido de medio ambiente. La calidad del medio, la protección de la naturaleza y el desarrollo de vías de educación e investigación ambientales han ido integrándose en unidades administrativas que más o menos conflictivamente han ido superponiendo sus propias decisiones a las que se producían en otros ámbitos administrativos.

En definitiva, y a estas alturas, tenemos todos los elementos que caracterizan el hecho ambiental en toda su extensión:

— En primer lugar, el medio ambiente como objeto de política, relacionado con los problemas y las disfunciones ambientales.

— A continuación, una progresiva mentalización social con expresiones culturales y científicas definidas.

— Por último, un creciente esfuerzo de organización y consolidación de los movimientos ecologistas. Igualmente una integración de factores no ambientales que sitúan el movimiento organizado en una perspectiva netamente política.

El País Vasco es, a nivel medioambiental, un acabado producto de la historia que sintéticamente hemos descrito.

En el entorno físico vasco han ido golpeando un sinfín de elementos económicos y sociales.

La ubicación industrial y la progresiva urbanización, los factores de utilización del suelo, la orografía de la zona, la acción de las fuerzas económicas y el propio desarrollo político son algunos de los elementos que han conformado el problema ambiental en el País Vasco.

Los problemas

Son muchos los problemas ambientales del País Vasco. La mayor parte de ellos producidos por el modo de acumulación capitalista y por una especial rentabilización de las disponibilidades en recursos naturales y bienes ambientales.

Algunas áreas del País Vasco se encuentran entre las zonas más deterioradas y, en general, la totalidad del territorio responde a un marco desequilibrado en el que la centralidad corresponde a las áreas industrializadas estableciéndose desde ellas un gradiente de uso del territorio en función de los intereses económicos y sociales que se desarrollan en los núcleos urbanos.

En este sentido, las disfunciones ambientales más relevantes proceden de la intensidad del fenómeno industrial y de la irradicación que la población urbana proyecta sobre la totalidad del territorio.

En el cómputo general del Estado, los déficits ambientales heredados generan una cifra superior a los cuatrocientos mil millones de pesetas, de los que, aproximadamente, corresponden al País Vasco el 18 por ciento.

En la Comunidad Autónoma Vasca se localizan todo tipo de problemas ambientales.

La Zona de Atmósfera Contaminada del Gran Bilbao —una de las ocho existentes en todo el Estado— tiene índices fuertes de contaminación debidos a la fuerte densidad de industrialización, a las especiales condiciones topográficas y a unas condiciones meteorológicas adversas.

La alta concentración tecnológica del Gran Bilbao cuenta con instalaciones que abarcan la casi totalidad de los sectores industriales cuyas actividades comprometen de alguna manera la protección del medio ambiente.

Los déficits ambientales estatales heredados generan una cifra superior a 400.000 millones de pesetas, de los que, el 18 por ciento corresponden al País Vasco.

La generación de residuos especiales de carácter industrial se evalúa en más de doscientas cincuenta mil toneladas al año.

Los vertederos incontrolados se localizan en un buen número de poblaciones de las tres provincias de la Comunidad Autónoma.

En Alava, los ríos Zadorra y Nervión están contaminados por vertidos industriales y urbanos. En Guipúzcoa, y con la misma procedencia, tienen contaminación los ríos Oria, Urumea, Urola, Deva, Bidasoa y Oyarzun. Las localizaciones industriales más frecuentes son las instalaciones textiles, las papeleras y siderúrgicas y las fábricas de curtidos. En esta provincia el número de depuradoras es de 28; de ellas, sólo nueve tienen un resultado satisfactorio.

En Vizcaya, la ría del Nervión es el cauce más contaminado. La alteración por metales pesados comienza a ser corriente

en ríos como el Cadagua, Oca, Ibaizabal y Butrón.

Las aguas litorales presentan calidades sanitarias no plenamente satisfactorias y las corrientes marinas arrastran desechos de todo tipo hacia las costas francesas.

En general, el desolador panorama se justifica por la ausencia de una planificación que integrara elementos sociales diversos y que, en definitiva, no tuviese en cuenta una utilización racional de recursos a la vez que prestara una atención mayor a la capacidad del medio.

Los problemas ambientales dentro de la planificación económica

En el País Vasco destacan las siguientes tendencias:

— Los efectos positivos que sobre la protección del medio ambiente está teniendo la crisis económica y energética al disminuir, en general, el ritmo de expansión de las actividades que ocasionaban el deterioro y al impulsar actitudes y medidas en favor de la conservación de la energía.

— El efecto de la crisis económica sobre el sector de la construcción que se está traduciendo por un menor nivel de agresión de los asentamientos turísticos y de las residencias secundarias sobre el entorno, incluso en ausencia de planificación eficaz.

El enfoque económico que se ha venido utilizando hasta el momento no ha permitido dar un tratamiento integral al tema de los recursos naturales.

Por una parte, ese enfoque económico que podemos denominar convencional toma como base de razonamiento la evolución de ciertas macromagnitudes

Los problemas ambientales existentes en la Comunidad Autónoma Vasca plantean la necesidad de integrar consideraciones ambientales en la planificación económica general.

—renta nacional, consumo, inversión...— que, aunque estén corregidas de las variaciones estimadas de los precios, sólo pueden expresarse en términos monetarios. Es a partir de ciertos objetivos o previsiones en las tasas de crecimiento de estos agregados pecuniarios, como se llega a estimar, de forma parcial e inconexa, la cuantía que se requiere de ciertas dotaciones de recursos. Sin negar el interés que tienen este tipo de ejercicios, hay que advertir que no permiten ninguna orientación global sobre el uso de los recursos naturales ya que en ellos las parcelas contempladas de lo físico son tributarias de la evolución prevista de lo pecuniario sobre la base de ciertas tendencias del pasado que se toman como punto de partida. En el mejor de los casos este enfoque acostumbra a completarse con estudios del impacto ambiental que tratan de minimizar su importancia justificando así la oportunidad de unas decisiones tomadas con anterioridad.

La ausencia de un enfoque mínimamente global y sistemático en la planificación del uso que se hace de los recursos naturales, unido a las lagunas de información existentes, han propiciado una acumulación exponencial de impactos sobre el medio ambiente.

Una observación general que se debe hacer desde el ángulo de los recursos naturales en relación con las tendencias, es la de que resulta lógicamente inadmisiblemente presentar como un objetivo posible y deseable el mantenimiento a largo plazo del crecimiento de la población y de sus consumos medidos en términos físicos.

Estos crecimientos han sido posibles y parecido deseables hasta el momento en

las áreas industriales porque se han basado en la apropiación de los recursos naturales procedentes del mundo no industrial a precios hasta hace poco de-

crecientes. Pero la imposibilidad de generalizar y perpetuar esta situación resulta claramente evidente.

Una planificación responsable debería

propiciar un cambio de mentalidad que apunte conscientemente hacia deseos y actuaciones compatibles con los límites que impone el entorno físico.

El uso de los recursos se ha tomado como inicio de planificaciones «en vertical» sin recurrir a un planteamiento generalizado de interrelación entre los mismos. De esta forma, ha habido multitud de casos en los que las técnicas empleadas o el destino final del recurso ha paralizado la obtención o utilización racional de otros recursos. Por añadidura, el correcto uso de los recursos naturales se ha visto imposibilitado no sólo por las aplicaciones funcionales de cada uno de ellos, sino también por la ausencia de una filosofía global de tratamiento, de un plan generalizado de recursos. Esta concepción amplia hubiera posibilitado —tendría que posibilitar en el futuro—, la accesibilidad del poder político a enfoques alternativos en el aprovechamiento de recursos a tres niveles: la elección del tipo de recursos necesarios (relacionando unos con otros horizontalmente), la comparación de las técnicas utilizadas en orden a la optimización del aprovechamiento y a la mínima producción de factores negativos subsiguientes y, por último, la evaluación de los recursos tanto en el sentido clásico de reserva como en las necesidades sociales a satisfacer con cada uno de ellos.

La actividad de la Administración autonómica

La Constitución pone en manos de las Comunidades Autónomas las competencias relativas a la gestión en la protección del medio ambiente. Los gobiernos autónomos deberán, en este sentido, pro-

El gobierno de la Comunidad Autónoma deberá desarrollar los instrumentos normativos contenidos en la futura legislación; considerando que el medio ambiente es un bien social.

ceder al desarrollo de la legislación básica del Estado dictando normas adicionales de protección y garantizando así una adecuación a la realidad de sus territorios respectivos.

Los problemas ambientales existentes en la Comunidad Autónoma vasca plantean la necesidad de integrar consideraciones ambientales en la planificación económica general en el sentido antes expuesto. De esta manera, será preciso abordar un conjunto de medidas correctoras que deberán ser insertadas en los planes de recuperación ambiental que el Estado desarrolle.

La cuantificación de los déficits ambientales existentes en el País Vasco deberá atender al análisis de los siguientes parámetros:

— En lo que respecta al sector de contaminación atmosférica es preciso considerar los niveles de partículas, anhídrido sulfuroso y óxidos de nitrógeno.

— Respecto a la contaminación de aguas habrá que precisar la DBO, sólidos en suspensión y los metales pesados.

— En lo concerniente a las basuras urbanas habrá que especificar puntos de vertido y evaluar la producción de residuos.

De las cuantificaciones previstas deberá obtenerse una programación precisa que contribuya a la realización de acciones recuperadoras del medio ambiente.

Pero esta acción correctora tiene necesariamente que apoyarse en una actividad preventiva basada en el desarrollo de instrumentos administrativos que integran la información ambiental en la toma de decisiones acerca de proyectos con incidencia en el entorno.

En este sentido, el Gobierno de la Comunidad Autónoma vasca deberá des-

arrollar los instrumentos normativos contenidos en la futura legislación básica estatal articulando elementos preventivos y correctivos dentro de una consideración global de que el medio ambiente es un bien social al que todos los ciudadanos deben tener acceso en condiciones que garanticen su salud y bienestar.

En otro orden de cosas, si antes analizábamos que el medio ambiente ha tenido una consideración de sector residual no cabe duda que a ello no es ajena la dispersión de competencias y la multiplicidad de organismos implicados en el tratamiento de los problemas ambientales.

El actual organigrama de las Administraciones autonómicas, en buena parte hereditario del existente en la Administración central, es una buena muestra del despropósito institucional en este sentido. El medio ambiente aparece se-

parado del sector interesado en la protección del medio natural, e integrado, a su vez, en parcelas administrativas cuyos intereses son, con frecuencia, antagónicos a los de protección del medio ambiente.

Además de las acciones relatadas que deben combinar la realización de estudios tendentes a completar la información existente así como la articulación de acciones correctoras que posibiliten la recuperación de los déficits, es preciso señalar que el marco constitucional crea un ámbito específico de gestión de enorme importancia en las Comunidades Autónomas. Este marco debe ser desarrollado eficazmente por los Gobiernos autonómicos impulsando la reforma administrativa en el sentido antes expuesto y posibilitando la integración de actuaciones correctoras y preventivas en un marco homogéneo de acciones a nivel estatal.

Leviatán, Extraordinario, FEBRERO 1984

BURGUESÍA NACIONALISTA Y UNIVERSIDAD VASCA

Emiliano Fernández de Pinedo



5

En los países avanzados la universidad cumple básicamente tres funciones: crea una mano de obra muy cualificada, requerida por la complejidad técnica del sistema, *trata* de reproducir la ideología dominante e investiga, sobre todo, en función de la demanda de los sectores productivos.

En el primer aspecto se diferencia de la vieja universidad elitista y clasista, que *sólo* buscaba generar cuadros dirigentes (altos cargos de la Administración, directores de empresa, políticos...). En aquellas naciones en las que la revolución industrial se ha llevado a cabo de forma dependiente, es decir, bastante por detrás de los países avanzados e importando no só-

lo muchos de los productos manufacturados de consumo interno, sino también bienes de equipo y tecnología, la universidad ha carecido de su faceta investigadora, circunscribiéndose a sus aspectos ideológicos y a cualificar una mano de obra gerencial, y que se limita a aplicar las técnicas traídas de fuera. La universidad de estos países ha generado burócratas, cua-

dros administrativos y técnicos para empresas, docentes y poco más. Para la burguesía de estos países las funciones gerencial e ideológica de la universidad resultan

no sólo prioritarias, sino casi exclusivas. La investigación es un mero adorno, cuando no una casualidad.

Cabría pensar que en la medida en que la Revolución Industrial, mal que bien, arraigó en el País Vasco, los cuadros dirigentes del mismo se habrían preocupado por crear una universidad que correspondiera a los moldes universitarios, de allende los Pirineos. Sin embargo, el carácter dependiente del proceso de industrialización vasco —dependiente de la importación de técnicas—, hizo que la burguesía vasca de la segunda mitad del siglo XIX no sintiera la necesidad no ya de una universidad de tipo europeo, sino ni siquiera de una universidad. Cuando a la burguesía industrial vasca de fines del siglo XIX se le impuso el problema de defender su mercado nacional, ésta se limitó a tratar de sustituir parte de los bienes que antes importaba, fabricándolos aquí con *tecnología importada*. Abandonó la posibilidad de convertirse en una burguesía nacional para ser una burguesía nacionalista¹. El modelo de crecimiento económico que eligió no exigía investigadores, sino directores de empresa, abogados e ingenieros que supieran montar y sobre todo manejar o hacer manejar los bienes de equipo que se importaban.

La falta de tradición y la debilidad de la capa burguesa liberal fue, sin duda, el segundo factor que ayuda a comprender el retraso y el carácter de la futura universidad del País Vasco. Si exceptuamos la experiencia de Oñate, en el País Vasco no había existido un centro de estudios superiores, ni su burguesía comercial tuvo la suficiente importancia numérica como para generar unas necesidades de cultura y de salidas profesionales, ligadas a la abogacía y a la medicina, que hubieran

El carácter dependiente del proceso de industrialización vasco hizo que la burguesía del siglo XIX no sintiera la necesidad de una universidad.

creado un ambiente propicio al surgimiento de centros superiores. No hay que olvidar que las capitales vascas a principios del siglo XIX andaban entre los diez

y quince mil habitantes y que Bilbao, a pesar del auge del último cuarto del siglo XIX, sólo tenía, en 1900, 83.306 habitantes. Esta burguesía liberal progresista o moderada, sobre todo moderada, se halló además rodeada por un campo dominado por los carlistas y el clero.

El giro hacia el proteccionismo, hacia la defensa del mercado nacional, pero dependiendo de la tecnología exterior, coincidió con los inicios del movimiento obrero y el paso de la burguesía a posiciones conservadoras, cuando ya no reaccionarias. Se cerraron así las dos vías para plantearse la posible creación de una universidad abierta: bien por imperativos científicos, bien por imperativos ideológicos. En 1886 nació la Universidad de Deusto (Filosofía y Derecho) como centro superior, controlado por los jesuitas, destinado a formar altos cuadros para la administración privada —gerentes y abogados de empresa, etc...—. Unos diez años después (1897), el Estado asumió la creación de una Escuela Superior de Ingeniería para cubrir la demanda de técnicos superiores que el crecimiento industrial exigía. El coste de las matrículas en la universidad privada y los gastos que implicaba el traslado a centros públicos sitios fuera del País Vasco para estudiar otras especialidades —medicina, letras, ciencias exactas...— garantizaba la selección económica de los futuros cuadros. La creación, en 1916, de la llamada Universidad Comercial de Deusto completó las necesidades que la clase dirigente vasca sentía de centros universitarios. Esa «universidad» vasca se limitó a crear cuadros administrativos y de gerencia empresarial, bajo la tutela jesuítica y a proporcionar especialistas que adaptasen la maquinaria importada y dirigieran las empresas en su aspecto técnico.

Este panorama empezó a modificarse a partir del momento en que el desarrollo económico reiniciado en los años 50, del siglo XX, implicó no sólo cualificar a los cuadros superiores sino a los intermedios y a la clase obrera tradicional. Manejar una excavadora exigió un carnet, y éste unos estudios primarios. A medida que el peonaje fue siendo sustituido por obreros cualificados se requirieron más maestros y éstos más profesores universitarios. La demanda creciente de las empresas de cuadros cualificados obligó a abaratar los costes individuales de formación y el Estado asumió la creación de centros públicos universitarios en el País Vasco, como tradicionalmente había efectuado en el resto de España. Así nace, en 1955, la Facultad pública de Ciencias Económicas y Empresariales, dependiente de la Universidad de Valladolid. Cuando por fin Vizcaya se desliga del distrito vallisoletano, en el curso 1968/69, se decreta la creación

de las facultades de Ciencias y Medicina (1968), que ya, junto con Económicas, constituirán la Universidad de Bilbao. Hay que esperar a 1980 para que surja la

Universidad del País Vasco, englobando a las facultades de Bilbao y a los centros universitarios guipuzcoanos y alaveses que aún dependían de Valladolid. Bien puede ponerse como notabilísimo ejemplo de tenacidad la resistencia de tirios y troyanos a que el País Vasco pudiera tener su propio distrito universitario. A los centros ya citados siguieron: Letras, Ciencias de la Información..., sin que, por ello, como veremos, esa historia de tirios y troyanos haya finalizado.

La progresiva aparición de estos centros supuso la relativa ruptura del monopolio que ejercía la Compañía de Jesús, por lo que respecta a la enseñanza universitaria, ruptura que no significó pérdida de hegemonía. Los centros creados por el Estado podían dividirse en dos grandes bloques: las facultades experimentales y las no experimentales. La Iglesia carecía de centros experimentales a nivel supe-

rior, probablemente debido a sus altísimos costes de mantenimiento y el Estado asumió su creación y los situó por lo general donde se hallaba la demanda: el área del gran Bilbao —Ciencias y Medicina en Lejona, Ingenieros en Bilbao...—. La ubicación de los centros no experimentales, los llamados de ciencias sociales, que suelen tener un alto componente ideológico, obedeció a motivaciones poco claras y en general sin adecuarse a la demanda. La Universidad de los jesuitas, en 1963, además de su centro tradicional —la *Comercial* (Económicas y Derecho)— había creado una Facultad de Letras en Deusto (con prácticamente la casi totalidad de las secciones) y posteriormente una especie de sucursal en San Sebastián en donde se imparten algunas especialidades de Filosofía y Letras —Historia y Filologías—. El intento de crear una delegación en Vitoria les fracasó. *Curiosamente*, cuando en el curso 1978-79 se crea la Facultad de

Letras pública, ésta se fragmenta en dos, *sin duda por azar*, donde los jesuitas tienen Historia y Filología (San Sebastián), se crean las secciones de Psicología, Filo-

logía y Ciencias de la Educación; en Bilbao, donde los jesuitas tienen prácticamente todas las especialidades, surgió de forma extrañísima la Facultad de Ciencias de la Información, pero ninguna sección de Letras; y en Vitoria, donde los jesuitas carecían de centros, se ubicó Historia, Geografía y Filología. Hay que señalar que la petición que la Universidad de Bilbao realizó en su día al Ministerio fue de una Facultad de Letras *para Bilbao* y hay que tener en cuenta que en el área del gran Bilbao vive, aproximadamente, el 50 por ciento de la población del País Vasco. La Facultad pública de Derecho, creada en 1968, se situó en San Sebastián, en donde sobrevive con unos 1.500 alumnos (exactamente 1.517 en 1982-83). Una vez más el azar la había situado donde los jesuitas carecían de un centro superior que impartiese Derecho. Sin entrar en el tema, parece evidente que, por motivos no muy cla-

A medida que el peonaje fue siendo sustituido por obreros cualificados se requirieron más maestros y éstos más profesores universitarios.

ros, los centros públicos han sido instalados allí donde no hagan, o hagan con dificultad, competencia a los privados.

Así, mal que bien, muy tardíamente y con graves problemas de ubicación se ha ido constituyendo la Universidad pública del País Vasco.

El tardío nacimiento de una universidad pública vasca y la coexistencia con una universidad privada han condicionado enormemente su desarrollo. Uno de los problemas más graves fue, sin duda, la ausencia de cuadros técnicamente preparados y de tradición universitaria. Los universitarios vascos que se habían formado en centros públicos, fuera del País Vasco, se habían asentado en otras regiones y no parecían muy dispuestos a regresar, incluso tratándose de profesores jóvenes. La proliferación, por las mismas fechas, de nuevos centros universitarios y de cátedras en otras provincias no facilitó la llegada de cuadros docentes cualificados de fuera del País Vasco. El alto nivel de vida que se gozaba en éste, los magros sueldos de los docentes, así como la falta de prestigio entre la sociedad vasca del profesor universitario, no facilitaron el asentamiento permanente no ya de los no oriundos sino, a veces, ni siquiera de los propios indígenas. *El terrorismo acabó por elevar estos obstáculos a una barrera casi insalvable.* Según datos oficiales del curso 1982-83, el porcentaje de profesores numerarios (catedráticos, agregados y adjuntos) en las facultades y escuelas superiores sólo alcanza, como media, el 11,50 por ciento. En una facultad que tiene 26 años de antigüedad, Ciencias Económicas, en ese mismo curso sólo representaba el 10 por ciento ².

Las urgencias por crear nuevos docentes universitarios se vieron agravados por la afluencia de alumnos, flujo incrementado por la crisis económica. Un cierto sector de la población estudiantil que, en

El tardío nacimiento de una universidad pública vasca y la coexistencia con una universidad privada han condicionado enormemente su desarrollo.

épocas de expansión económica, se hubiera incorporado al trabajo hacia los 18-20 años, se ha visto medio forzado a seguir una carrera universitaria, alargando su entrada en el mercado del trabajo. De esta forma acabaron por asumir tareas de docencia universitaria individuos recién licenciados o casi, a veces sin tesis de licenciatura. Por estas urgencias, una parte importante del presupuesto se va en pagar al profesorado en detrimento de otras partidas, haciendo poco grata la situación a quienes desean tener un mínimo de espacio, clases no multitudinarias, una buena biblioteca y algún dinero para traer a profesores invitados a dar una conferencia. Estas incomodidades no suelen estar equitativamente distribuidas por centros, como se puede apreciar en el siguiente cuadro:

Curso 1982-83:

<i>Facultades</i>	<i>(1)</i>	<i>(2)</i>	<i>(3)</i>	<i>(4)</i>
Bellas Artes	882	34	25,94	0
Ciencias de la Información . . .	2.275	52	43,75	1,92
Ciencias Económicas	3.370	116	29,05	10,34
Derecho	1.517	65	23,33	20
Filosofía (Vitoria.)	2.137	64	33,39	9,37
Filosofía (San Sebastián)	3.360	92	36,52	4,34
	13.541	423	32,01	8,51
Arquitectura . . .	78	17	4,58	0
Ingenieros	2.307	169	13,65	23,07
Ciencias	2.866	196	14,62	15,81
Ciencias Químicas.	406	65	6,24	12,30
Informática	774	41	18,87	0
Medicina	3.190	296	10,77	8,44
	9.621	784	12,27	13,137

- (1) Número de alumnos libres y oficiales.
- (2) Número de profesores.
- (3) Número de alumnos por profesor.
- (4) Porcentaje de profesores numerarios en el conjunto de profesores de cada centro.

Mientras que hay facultades que tienen una relación profesor/alumno, como media, de 1 a 6, 1 a 10 e, incluso, 1 a 4,5, otras multiplican por 4 y por 10 esas pro-

porciones. Es probable que más de un premio Nobel desee tener a su cargo tantos alumnos como ciertos no doctores en nuestra universidad.

**Para la burguesía nacionalista
y para su élite dirigente, la universidad
sigue apareciendo
como un instrumento de control
ideológico...**

Desde dentro de la propia universidad pública, la masificación en ciertas facultades y cursos, la falta de cuadros profesionales de talla universitaria, los desequilibrios en la distribución de las necesidades de profesorado entre los centros, la escasez de espacio, de dinero para libros... aparecen como problemas cotidianos agobiantes.

A éstos se añaden las «amenazas» que pueden venir de fuera. Cierta sector de la sociedad vasca y un alto porcentaje de la clase política vasca considera que el modelo idóneo de universidad para el País Vasco no es una universidad europea, sino Deusto. Otro, ve en la universidad pública una entidad de difícil manejo o una especie de caja de Pandora, que más vale dejar que vegete y se angoste, en la cual no habrá que invertir en el futuro, de la que habrá que alejar las posibilidades de investigación creando institutos de investigación extra universitarios, porque si se crean institutos universitarios tendrán al frente un catedrático y éstos, lo mejor que pueden hacer, es marcharse³.

Estos problemas y temores, que son los que afloran cotidianamente, no son más que anécdotas o mejor, la manifestación superficial de un grave problema de fondo. Para la burguesía nacionalista y para la élite dirigente que ella segrega, la universidad sigue apareciendo como un instrumento de control ideológico, como una fuente de cuadros, cuanto más baratos mejor, últimamente como origen de algún que otro puesto de trabajo para sus vástagos y una forma de no tener en el censo de parados a más jóvenes.

La cualificación y selección del profesorado universitario aparece como problema de orden público que hay que limi-

tar en razón de su gran resonancia, más que como cuestión que afecte a toda la comunidad. Se busca, con parches, tener una universidad tranquila, se lucha por controlarla ideológicamente (hay que ver los esfuerzos que en los medios de comunicación hacen ciertos cargos o aspirantes a cargos por alienarse con el gobierno, en este caso autónomo), pero no existe ni un solo proyecto serio, creíble y factible de abordar la formación del profesorado y convertir a la universidad en un centro de docencia de los conocimientos más actuales y de investigación al servicio de una relativa y parcial independencia tecnológica en ciertos sectores. De esta actitud dimanarían todos los demás problemas. Nunca se podrá tener una industria editorial sólida en el terreno de las ciencias sociales si no existen profesionales de la Historia, la Filología, la Economía... lo suficientemente cualificados y competitivos como para escribir libros que no desmerezcan de los que se publican en el extranjero. De no ser así, se traducirán. Incluso en las ciencias sociales la competencia es ya supranacional y sólo creando investigadores y docentes competitivos internacionalmente se podrá conseguir una parte, un trozo del mercado. Los que sueñan, sin camisa azul pero con kaiku, con autarquías, incluidas las culturales, se han equivocado de centuria. Pero en la medida que pueden gastar recursos públicos en materializar su sueño, nos empujan a todos un poco más hacia el subdesarrollo cultural y económico.

El hecho de que una Diputación Foral presupueste 200 millones para la posible creación de nuevas facultades en contra de lo manifestado por el gobierno autónomo⁴, o que quienes publicaban libros hace diez años que probaban «plenamente que desde un principio estos territorios vascongados no han gozado en ningún momento de independencia, ni siquiera de hecho» pasen ahora por *abertzales*, o que algún universitario confunda una charla

sobre historia con un mitin para conversos, son meras anécdotas, significativas, pero anécdotas. Lo grave es que quienes siguen haciendo «ciencia» *ad probandum* su sinuosa y cambiante ideología, o quienes buscan un par de cientos de votos con la promesa de un nuevo centro, tienen a veces en sus manos el destino de la universidad vasca.

Las salidas, que no soluciones, no podrán venir de dentro de la misma universidad (aunque tampoco contra ella), agobiada por intereses estamentales y por el logro, no siempre a través de vías académicas, de una estabilidad en el puesto docente.

Tampoco parece ser que puedan provenir de unos políticos que siguen actuando en función de intereses nacionalistas y no nacionales. Sólo un partido que no represente los intereses de una burguesía nacionalista, pero sí intereses nacionales, en el sentido que hemos dado a la expresión, puede intentar reconducir a la universidad pública vasca hacia el papel que le corresponde jugar en una sociedad industrializada: impartir y crear la ciencia más actual. Para esta tarea existen, dentro de la universidad pública vasca, serios obstáculos pero también una cierta esperanza: un elevado porcentaje de sus profesores es joven, incluso muy joven y, por lo tanto, aún susceptible de ser embarcado en un proyecto de cambio. Pero esa misma juventud implica un riesgo. Tiene como media de 25 a 30 años de vida profesional por delante. Si se anquilosa en un proyecto provinciano, folklórico y decimonónico *lasciate ogni speranza, voi ch' entrate*.

¹ Llamamos burguesía nacional a la que lleva a cabo un proceso de industrialización no subordinado, ni capitalizado, ni dislocado por burguesías exteriores, que posibilita una real independencia política y cultural en el contexto internacional. Por contra, la burguesía nacionalista es aquella que fue, o es incapaz de llevar a cabo o culminar un proceso de industrialización no subordinado, que depende de la tecnología exterior y que se limita a ocupar el espacio económico nacional, que resulta menos rentable a otras burguesías exteriores. Los problemas económicos, sociales, políticos y culturales que esta dependencia genera se tratan de afrontar en el terreno ideológico, transformando la conciencia nacional en chovinismo y reafirmando constantemente supuestas identidades nacionales supratemporales.

² No se puede inferir mecánicamente que el mejor profesorado sea el numerario... y los no doctores sin duda tendrán serias reservas a considerar que los doctores sean mejores profesores que ellos... Que cada cual saque las consecuencias que crea oportunas.

³ Estas líneas no tratan de hacer caricatura, por desgracia. Dentro del Partido Nacionalista Vasco existe un importantísimo núcleo de partidarios de la enseñanza privada a todos los niveles y muchos de sus políticos relevantes proceden de la universidad privada: «Los cinco primeros candidatos (al Parlamento Vasco por Vizcaya) ...son antiguos profesores de la Universidad de los jesuitas de Deusto, canteira habitual de cuadros del PNV» (*El País*, 25 de enero de 1984, página 15).

⁴ El proyecto de presupuesto de la Diputación Foral del Señorío de Vizcaya de este año recoge una asignación de 200 millones de pesetas «para la creación de la Facultad de Filosofía y Letras» en Vizcaya. Véase, entre otros diarios que recogieron la noticia, *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, martes 6 de diciembre de 1983, en su edición de Vizcaya. Y en días posteriores la polémica suscitada, polémica que aún dura. Recientemente el Colegio de Licenciados de Vizcaya se ha manifestado a favor de una Facultad de Filosofía y Letras en esta provincia, mostrando su desacuerdo con el rector, D. Gregorio Monreal, y la Consejería de Educación del Gobierno Vasco. Esta polémica, que arranca de la no ubicación en su día de una Facultad de Letras en el área del gran Bilbao hace cinco años, ha aflorado coincidiendo con la aprobación de la Ley de Territorios Históricos.

EL EUSKERA EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

José Antonio Maturana



Sería ingenuo y pretencioso por mi parte sacar unas conclusiones definitivas sobre la situación del euskera y su recuperación en los últimos años; no sólo porque requeriría un trabajo amplio y meticuloso, sino también unos estudios sociológicos y de resultados de los que hoy se carece. Sin embargo, sirvan estas líneas como reflexión al presente y al futuro inmediato de la recuperación de la lengua vasca.

Desde hace varios siglos, el euskera ha sufrido un lento pero progresivo deterioro hasta tal punto que se temía por su desaparición; pese a todo, el euskera se ha conservado vivo por transmisión oral y por el entorno familiar, fundamentalmente.

No quisiera hacer historia del proceso de deterioro de la lengua vasca pues no es éste el objetivo que pretendemos con este artículo, pero parece claro que no sólo ha habido causas exógenas, como pretende alguna literatura nacionalista que acusa exclusivamente al expansionismo o impe-

rialismo de los poderes centrales desde hace siglos a favor de la lengua castellana o, últimamente, a las oleadas de inmigrantes del pasado siglo y de las dos últimas déca-

El proceso de recuperación del euskera es asumido por la mayoría de la población, ya sea euskaldún o castellanoparlante.

¿Monolingüismo o bilingüismo?

das de éste, sino también a causas endógenas de las que no están exentos de culpa los poderes públicos vascos, que han gobernado este país desde hace siglos y sus clases dominantes. Pero no se trata aquí de polemizar sobre este tema, sino pensar en su futuro.

Según el censo de 1981 se declaraban euskaldunes 700.000 personas, lo que supone casi un tercio de la población, si bien esta cifra parece en exceso optimista, pues en estudios anteriores y posteriores a esta fecha se rebaja llegando a un 26,91 por ciento del total de la población, de los que el 56 por ciento se encontraría en Guipúzcoa, el 21 por ciento en Vizcaya y el 12 por ciento en Alava, al mismo tiempo que habría que diferenciar entre euskaldunes que entienden, que lo hablan, que lo leen y que lo escriben, siendo las oscilaciones en ese sentido importantes a favor de los que lo entienden.

Al hablar del desarrollo y normalización del euskera en los momentos presentes, se puede afirmar que desde hace décadas nunca el euskera ha tenido tanto desarrollo en todas las áreas de la vida social, cultural y política. No obstante —también hay que decirlo—, de su recuperación no pueden concluirse visiones triunfalistas, de ahí que haya una opinión generalizada entre autores vascos, relativa a que, a pesar del esfuerzo de recuperación del euskera desde las instituciones, desde los grupos sociales, desde los medios materiales y humanos que se están empleando, no se garantiza su supervivencia y tampoco su equiparación en un futuro, en situación de igualdad, con el castellano para poder competir con él en todos los ámbitos de la vida social.

Aun antes y durante la transición política nos encontramos ante un fenómeno

social, cultural y político que consiste en la recuperación del euskera, proceso que desde un punto de vista teórico está asumido por la mayoría de la población, ya sea euskaldún o castellanoparlante, según se desprende por los estudios realizados durante estos años y por las actitudes de los partidos políticos democráticos, así como por los comportamientos sociales. Por tanto, no existe una guerra ni oposición a que el vascuence se vaya desarrollando, se vaya normalizando en la enseñanza, en los medios de comunicación, en la Administración. Tampoco existe una polémica fuerte ni continuada de manera pública, quizá condicionada por la tensión política de Euskadi que no permite hablar de ciertos temas con libertad para no sufrir el anatema, sobre cómo se está instrumentando la recuperación del euskera y las decisiones políticas que toman las Administraciones Públicas Vascas —Gobierno, Diputaciones y Ayuntamientos—, salvo protestas y polémicas aisladas en el Parlamento Vasco y en algunos Ayuntamientos.

Entonces, podríamos preguntarnos si la normalización del euskera se está haciendo sin traumas y sin problemas en el conjunto de la sociedad vasca y es aquí, al intentar contestar esta pregunta, cuando se plantean multitud de cuestiones y matizaciones que convendría aclarar.

Para simplificar, nos atreveríamos a manifestar que en el camino de la recuperación del euskera, puede haber dos objetivos finales; uno, el de los que piensan que la marcha emprendida para la normalización del euskera debe concluir para triunfar plenamente en un monolingüismo en vascuence, de tal manera que el euskera sea la lengua dominante frente al castellano y se hable preferentemente en

todos los ámbitos de la vida social; y otro, los que entienden con más realismo que el único camino viable del euskera es equipararlo al castellano, de tal suerte que pueda competir en igualdad de condiciones. Por tanto, el monolingüismo en el País Vasco parece en los momentos presentes, una quimera a la que, sin embargo, no quieren renunciar en la práctica diaria algunos grupos políticos y sociales.

Ahora bien, lo que sí parece claro es que los defensores del monolingüismo vasco —hoy por hoy, no hay quien defienda públicamente el monolingüismo castellano—, lo son por convicción política y sentimental más que por convicción científica; y en este grupo se encuentran grandes segmentos sociales de las familias nacionalistas. Y esta convicción del monolingüismo euskaldún les lleva a utilizar la máxima de que el «fin justifica los medios», y, por consiguiente, cualquier sistema o método utilizado, aunque produzca crispaciones, rechazos o frustraciones, es bueno para el objetivo final. Y esta praxis se está llevando a cabo desde las

distintas instancias vascas que, desde luego, pueden alcanzar justificaciones políticas para determinados grupos sociales vascos en los que la simplificación de la problemática vasca se reduce a arquetipos; de ahí que grupos nacionalistas radicales, incapaces de dar soluciones a los problemas profundos de la sociedad, como la crisis económica, el paro, etc., instrumenten políticamente la recuperación del euskera como objetivo prioritario.

Por tanto, esta actitud de justificar los medios por los fines para llegar a un monolingüismo euskaldún se entronca no sólo para dar salida a ciertas preocupaciones sociales más prioritarias pero de más difícil solución a corto plazo, sino que además se ideologiza desde cualquier perspectiva nacionalista, ya sea moderada o radical y, por tanto, el euskera se convierte en un «leiv motiv» cultural y político vinculado a aspiraciones nacionalistas;

es decir, cultura vasca es sólo la cultura en euskera y, a medida que el monolingüismo sea más efectivo y más profundo, más se acercará —según esta ideología—, a lograr una conciencia nacionalista entre los ciudadanos que contribuya a unir los ideales nacionalistas del pueblo: lengua, nación y estado. Y en este sentido, son significativas las palabras que pronunció el ex Consejero de Cultura del Gobierno Vasco, Sr. Labayen, pocos días después de su nombramiento: «si desaparece el euskera también desaparece el pueblo vasco, y no tenemos ganas de desaparecer...».

El sector de la población vasca castellano-parlante, no nacionalista o nacionalista moderado, que constituye una mayoría de más del 48 por ciento, está, con optimismo, por una visión menos visceralizada del problema y, por tanto, por una aceptación de un bilingüismo equilibrado que constituya una meta a largo plazo. Este

**El monolingüismo
en el País Vasco parece,
en los momentos
presentes,
una quimera...**

grupo social no contempla el fenómeno de la recuperación del euskera como una guerra frente al castellano o como un patrimonio exclusivo de los nacionalistas, por lo que no se oponen, por ejemplo, a que sus hijos estudien euskera en los colegios e, incluso, se alfabeticen en euskera al finalizar la EGB o acepten con normalidad la emisión de programas de televisión o de radio en euskera. Es evidente que los partidarios del bilingüismo no tienen ni la credibilidad ni la capacidad de expresar sus convicciones frente al otro sector más agresivo y luchador que defiende ideas opuestas.

Pero con las afirmaciones precedentes no trato de reducir maniqueamente el problema a buenos y malos, sino simplemente expresar unos estados de opinión y de actuación que existen en la Comunidad Autónoma Vasca en relación con el euskera durante estos últimos años. Se trata de un problema político al que no es ajeno, para dar soluciones, la desaparición de la violencia, de la crispación y de la

confrontación permanente entre los grupos políticos y, sobre todo, una voluntad colectiva de no sentirse marginados ni los castellanoparlantes ni los vascoparlantes para que la evolución hacia la normalización del euskera no tenga más dificultades que las necesarias.

¿Cuáles son los instrumentos de la recuperación del euskera?

El más importante reconocimiento a una situación de hecho ha sido el recogido en la Constitución Española de 1978 al manifestar que «Las demás lenguas españolas serán también oficiales en las respectivas Comunidades Autónomas, de acuerdo con sus respectivos Estatutos... que serán objeto de especial respeto y protección». Este reconocimiento del euskera en la Constitución ha sido profundizado en el Estatuto de Guernica en el art. 6.º donde «se garantiza el uso de ambas lenguas, regulando su carácter oficial y las medidas y medios necesarios para asegurar su conocimiento».

Los más importantes instrumentos de recuperación los podríamos clasificar en los siguientes: educación, medios de comunicación, administración y acciones de las instituciones políticas y sociales.

A) EDUCACION

a) Las ikastolas

La enseñanza en euskera se produce en la década de los sesenta como reacción al abandono secular en que la Administración había tenido a la lengua vasca en los centros educativos, y se hacen centros de iniciativa privada, promovidos por padres, que se denominan «ikastolas», que pasan de tener 60 alumnos en 1960 a 30.000 en el curso 69-70 y a 56.000 en el curso 1980-1981, con 1.500 profesores.

El sector de la población vasca castellanoparlante está por una aceptación de un bilingüismo equilibrado que constituya una meta a largo plazo.

Las ikastolas consiguieron subvenciones del Gobierno central y hoy día están subvencionadas al 100 por ciento, si bien la mayoría mantienen deudas de préstamos e hipotecas de sus locales.

El Consejo General Vasco, en 1980, regula la titularidad oficial de las ikastolas, teniendo un reconocimiento más institucional si bien siguen siendo privadas.

El Gobierno Vasco, en 1983, consiguió la aprobación en el Parlamento Vasco, con los únicos votos del PNV, de la Ley del Régimen Jurídico de las Ikastolas y de la creación del Instituto Vasco de Ikastolas (EIKE), organismo autónomo en el que se podrán incorporar voluntariamente las ikastolas que quieran ser públicas siempre que cumplan unos requisitos. La principal oposición a la creación de este Instituto, por parte del PSP-PSOE y de Euskadiko Ezquerria, se basaba no en que las ikastolas fuesen centros públicos, sino en que se creasen dos redes públicas paralelas —una, la de las Escuelas Públicas transferidas, y otra la de las ikastolas—, de difícil convergencia. Esto, naturalmente, ocasiona un conflicto, pues se institucionaliza y se separa dos tipos de centros públicos que deberían constituir una única red. Las ikastolas, en su mayoría, salvo algunas discrepantes, con fuerza pero minoritarias, estaban de acuerdo con el EIKE porque mantenía su *status* de centro privado en cuanto a organización interna, órganos de gobierno, etc. y, además, serían financiadas por los presupuestos de la Comunidad Autónoma en su integridad.

b) Los centros públicos

En los centros públicos la situación es absolutamente diferente pues existe un porcentaje que va desde el 12 por ciento en 1.º de EGB al 23,89 por ciento en 8.º, que ni siquiera tiene el euskera como asig-

natura. Por otra parte, el Gobierno Vasco ha establecido tres modelos para la enseñanza del euskera y en euskera que son: el modelo A, el euskera como asignatura,

No se ha hecho un esfuerzo suficiente en la Escuela Pública para prestigiarla y hacer de ella la escuela de mayor calidad.

siendo la enseñanza en castellano que oscila entre un 55 por ciento y un 64 por ciento del total de los alumnos de EGB; el modelo B, enseñanza bilingüe, que oscila entre un 2,5 por ciento y un 13,5 por ciento, y el modelo D, toda la enseñanza en euskera con asignatura de castellano, que oscila entre un 8 por ciento y un 18 por ciento del total de los alumnos de EGB. En conclusión, hoy por hoy, salvo casos minoritarios, alfabetizarse en euskera en la Escuela Pública es tarea difícil para los alumnos que asisten a ella, por lo que los padres, si quieren que sus hijos aprendan en euskera, tendrán que mandarlos a las ikastolas.

De otra parte, en los centros públicos se ha actuado sin planes educativos, se han utilizado pocos esfuerzos a la investigación metodológica y a los centros experimentales y hay lagunas importantes en criterios pedagógicos; si bien es cierto que ha existido una falta de profesores adecuados para impartir la enseñanza. Pero entiendo que no se ha hecho un esfuerzo suficiente en la Escuela Pública para prestigiarla y hacer de ella la escuela de mayor calidad cualitativa y cuantitativa, y no se ha contado en este proceso con la participación de sindicatos, profesores ni alumnos.

c) En los centros privados

En los centros privados es donde menor incidencia ha tenido la enseñanza del euskera, si bien hoy se imparte como asignatura en la totalidad de los centros y en algunos pocos se imparte toda la enseñanza en euskera.

d) Los centros de alfabetización de adultos

Primero surgieron las «Gau-Eskolas» (escuelas nocturnas) para alfabetizar adultos y enseñar euskera; hoy día se ha extendido esta modalidad en muchísimos municipios, donde funcionan durante todo el día centros de alfabetización de adultos denominados «euskaltegis», dependientes del Gobierno Vasco o de Ayuntamientos y otras instancias. Los resultados hasta el momento, de manera global, se desconocen.

B) LA ADMINISTRACION

Quizá sea la Administración Pública Vasca la que cuente con mayores dificultades a la hora de conseguir el bilingüismo en la misma, pues pese a que en la mayoría de los Ayuntamientos, Diputaciones y Gobierno Vasco se redacten los documentos oficiales en las dos lenguas y se utilice la traducción simultánea, está claro que el grueso del funcionariado, y en mayor medida cuanto más cualificado es, desconoce el euskera.

En este período de la transición no cabe duda de que nadie, o muy pocos, niega el derecho a los administrados a poder expresarse en su lengua y, fundamentalmente, a dirigirse en euskera, tanto oralmente como por escrito, si bien los conflictos se están produciendo por la existencia de una dispersión de criterios, a la hora de establecer las puntuaciones y baremos necesarios que se otorgan a los aspirantes a trabajar en la Función Pública. Esto genera abusos, errores de bulto y también discriminaciones a la hora de contratar a personas en Ayuntamientos, Diputaciones e instituciones comunes del País Vasco, dándose el caso de que la cualificación profesional, en muchos casos, de nada sirve si no va acompañada de un conocimiento del euskera. Naturalmente, entiendo que esta situación debe cambiar: que se exija en determinados puestos el

conocimiento del euskera de manera obligatoria, sobre todo si hay que manejar documentación bilingüe o estar en comunicación habitual con los administrados, pero que se establezcan unos criterios más ponderados y justos a la hora de valorar el conocimiento del euskera, para no producir situaciones de agravio en donde la cualificación profesional queda disminuída frente al conocimiento de una lengua.

C) *LOS MEDIOS DE COMUNICACION*

Ha aumentado en la prensa escrita de manera notable el empleo del euskera, sobre todo en los medios de carácter nacionalista, si bien todavía mayoritariamente se sigue escribiendo en castellano ante la demanda de los potenciales lectores que desconocen otra lengua distinta a ésta. Los mismos criterios se siguen en las radios privadas que funcionan en la Comunidad Autónoma.

Como fenómeno nuevo podemos constatar la aparición, en el año 1983, de la Televisión Vasca-ETB, que durante su primer año de emisiones con carácter experimental ha logrado ir conformando una programación principalmente en euskera, siendo los informativos y todas las películas de serie en euskera, si bien estas últimas aparecen dobladas en letras al castellano. El conflicto ha surgido cuando se ha empezado a realizar un informativo en castellano, que fue aprobado por mayoría en el Consejo de Administración del Ente Público, donde están representadas las distintas ideologías del espectro parlamentario. Este conflicto ha sido generado por los nacionalistas moderados en multitud de Ayuntamientos en los que se han votado mociones exigiendo que las emisiones de la ETB deben ser, única y exclusivamente, en euskera sin tener ni traducciones al castellano ni mucho menos programas en castellano.

**En los centros privados
es donde menor incidencia
ha tenido
la enseñanza
del euskera.**

Parece irracional e ilógica esta actitud cuando no sólo la mayoría de los ciudadanos desconoce el euskera, sino que políticos, nacionalistas o no, de cualquier signo tampoco lo saben, lo mismo que intelectuales y artistas de la Comunidad Autónoma, que en sus entrevistas en la ETB se tienen que expresar, lógicamente, en castellano, como lo hacen la mayoría de los miembros del Gobierno Vasco.

E) *LAS INSTITUCIONES PUBLICAS Y PRIVADAS*

Una institución prestigiosa como la Real Academia de la Lengua Vasca-Euskaltzaindia está consiguiendo la unificación de los diversos dialectos vascos (llamado Euskera Batua) para que en el euskera escrito y en la enseñanza se evite la dispersión y las dificultades en el aprendizaje y en la comunicación entre los di-

versos grupos dialectales y subdialectales. Esta batalla ha sido fuertemente contestada en algunos casos por sectores nacionalistas que se oponen a la unificación, por

entender que se debería no sólo conservar sino promocionar los euskeras dialectales de cada provincia y fundamentalmente el vizcaíno. Parece que por el momento la batalla va siendo ganada por los partidarios del batua, pues racionalmente sería difícil competir con el castellano si en los medios de comunicación, en la enseñanza y en la Administración no existiesen unos criterios de homogeneización. Desde el Gobierno Vasco se ha creado el Consejo Asesor del Euskera, formado por expertos y técnicos en materia lingüística. Asimismo, funcionan Institutos como Labayru o UZEI que desarrollan actividades en la promoción del euskera, elaboración de diccionarios técnicos, etc.

A modo de conclusiones

— Esta andadura que se ha iniciado con fuerza en la recuperación del euskera,

es necesario que se desarrolle en un clima de tolerancia y flexibilidad y, actualmente, por desgracia, la situación de violencia en que vive el País Vasco y de falta de respeto a la convivencia no es un caldo de cultivo favorable pues, en este tema, como en otros muchos, tiene que haber auténtica libertad para poder expresarse ante medidas arbitrarias o discutibles de los poderes públicos.

— El elemento clave para la recuperación del euskera es una política educativa adecuada en los centros públicos y privados, y esto necesita acuerdos y no decisiones unilaterales de un grupo político. Estos acuerdos se tienen que llevar a cabo entre las grandes formaciones políticas del País Vasco y los representantes de los sectores afectados.

— En definitiva, tiene que desaparecer

el clima de confrontación existente en el País Vasco, para poder llegar a acuerdos mínimos que hagan viable el proceso del bilingüismo entre la mayoría de los ciudadanos.

BIBLIOGRAFIA

Euskaltzaindia. Real Academia de la Lengua Vasca: «EL LIBRO BLANCO DEL EUSKERA». Bilbao, 1977.

Luis C. Núñez: «OPRESION Y DEFENSA DEL EUSKERA». San Sebastián, 1977.

Euskaltzaindia: «INFORME SIADECO. CONFLICTO LINGÜISTICO EN EUSKADI». Bilbao, 1979.

«LAS LENGUAS NACIONALES DE LA ADMINISTRACION». Varios autores. Diputación de Valencia, 1981.

Dionisio de Oñatibia y Vicente Latiegui: «EUSKALTZAINDIA, EL BATUA Y LA MUERTE DEL EUSKERA». San Sebastián, 1983.

«LA LUCHA DEL EUSKERA». Una encuesta básica: conocimiento, uso, actitudes. Gabinete de Prospección Sociológica de la Presidencia del Gobierno Vasco. Vitoria, 1983.

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

NUMERO 14 (INVIERNO 1983)

Angel Viñas: **Economía y política de la defensa en España.**

Perfecto Andrés Ibáñez: **Política de las garantías y «defensa de la democracia».**

Chantal Mouffe: **El futuro del laborismo inglés.**

Adam Michnik: **Carta desde la cárcel de un patriota polaco.**

Juan C. Maglaya: **Una perspectiva política de Filipinas.**

Fred Halliday: **La política internacional soviética en la década de los 80.**

Karl. S. Karol: **¿Es posible la democratización del sistema soviético?**

Andrei D. Siniavski: **La cultura regimentada.**

Jürgen Habermas: **La desobediencia civil.**

Aafke Steenhuis y Kiki Amsberg: **Doris Lessing.**

Mario Merlino: **Lenguaje y erotismo en Cernuda y Lorca.**

Juan Cobos y Miguel Rubio: **Víctor Erice: La reflexión a partir de la emoción.**

Suscripción anual: 1.100 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha. Madrid-4

DEL IRRINTZI AL EUSKALFUNK

José Luis Aguinaga



«Entender, entender..., yo, la verdad, no entiendo nada; oiga». Si complejo y oscuro resulta el fenómeno de la nueva juventud en los diferentes lugares de Europa y España (tomada la juventud como la otra, la diferente), en el País Vasco conlleva una serie de circunstancias que la enturbian aún mucho más, y no sólo por la vida y tradición política, sino porque, como ejemplo, las tres capitales del País Vasco institucional —Vitoria, San Sebastián y Bilbao—, participan de unas posiciones particularmente diferenciadas, producto de unos estilos de vida propios y que guardan entre sí un hermanamiento de celos y pasiones.

Así, de entrada, Vitoria ha sido considerada un tanto como la pariente pobre. Ubicada en una amplia y fría meseta, sede del Gobierno Vasco, la presencia de éste no ha tenido un influjo particular

en las actividades de las nuevas generaciones. A todo esto se le puede sumar una vida inmersa en el temperamento un tanto losario de sus conciudadanos. El aire frío y cortante de sus noches no in-

vita especialmente a las aventuras callejeras.

Por lo que corresponde a Bilbao, englobando sus dos márgenes, el ser la

única ciudad del País Vasco donde se puede ser anónimo a pesar del tiempo que se lleve viviendo allí, no ha contribuido para darle un carácter claramente diferenciador. La sensación de agujero no ha logrado ser rota o explotada por los elementos juveniles de cualquier fracción, quizá por no haber tenido demasiada tradición o encontrarse todavía en un período de formación. Puede ser también que el propio carácter industrial no haya contribuido a impulsar un modo particular de vida.

San Sebastián, en cambio, representa la punta de la pirámide. Hay hechos difícilmente reproducibles, como es la ubicación cerca de la frontera. La capital guipuzcoana se encuentra a veinte kilómetros de Hendaya, que en las mañanas de los sábados llega casi a convertirse en un «barrio» más de San Sebastián, junto con Bayona y San Juan de Luz, por el gran número de personas que acuden allí para realizar sus compras. Años en los que uno se desplazaba a Francia (al otro lado), para comprar y contemplar los objetos prohibidos: libros, discos, películas, Play-Boy, Lui... Costumbres adquiridas de ciudad cosmopolita, residencia de paso de gentes que han dejado un poso arquitectónico difícilmente superable.

Es también curioso que una ciudad de sólo 175.000 habitantes pueda generar la suficiente actividad juvenil como para ser el eje del País Vasco, aunque pueda darse también que esa actividad sea humo que desaparece al poco tiempo. Y es que la capital guipuzcoana, junto con Madrid y Barcelona, tiene el mayor número de conciertos internacionales de música (y de mejor calidad). Este fenómeno se apoya en pilares que no han tenido demasiada comunicación entre sí, pero que

**San Sebastián genera
la suficiente actividad juvenil
como para ser
el eje
del País Vasco.**

han sido fundamentales: las radios, los promotores y los locales.

Desde hace más de diez años ha venido funcionando un programa, sobre todo,

que ha aglutinado a las diferentes capas generacionales que se han interesado por la música, aparte de aquellos que se dormían escuchando Radio Luxemburgo. Se trata de «Club 44», de Gregorio Gálvez, que ha colmado las ansias musicales y formado a miles de jóvenes. Este programa, nacido cuando el rock apenas sonaba en las emisoras, ha prevalecido junto con las crisis musicales de su conductor, adaptándose a los diferentes estilos, e intentando dar en todo momento la máxima calidad.

Otro de los hechos fundamentales ha sido el empuje de algunos promotores que ya antes de 1975 trajeron a San Sebastián al grupo Soft Machine, y en ese mismo año al Genesis de Peter Gabriel. Aventuras inimaginables en otros lugares. También hay que sumar algo de gran importancia, como es el lugar donde han podido celebrarse este tipo de conciertos: un Velódromo cubierto que, por su gran aforo, permitía en aquellas fechas (ahora existen otras connotaciones), verse envuelto en algo único. Poder contemplar la parafernalia y poder participar en el aspecto lúdico que lleva el rock era, en aquellos tiempos, algo impensable, junto con un carácter de conciliábulo novedoso. Eran las épocas en que el mundo del rock no estaba dominado en España por los grandes promotores actuales. San Sebastián se había convertido en la única plaza del norte que tenía conciertos internacionales. Empezaban las primeras peregrinaciones en autobuses desde Vitoria y Bilbao, así como desde Francia. Y desde la capital se iba a Zaragoza para escuchar a Wild Turkey o a Barcelona para ver a Jethro Tull.

Suena lejos todo esto, pero ha sido el fermento de toda la actividad musical

y, por consiguiente, como ha ocurrido en todo el mundo, extendible a otras disciplinas con las que se ve interrelacionada la música. Luego, como en tantos otros lugares, los jóvenes gastaron los pocos ahorros de los demás en primitivas guitarras eléctricas, buscaron locales donde poder ensayar y metieron horas detrás del acorde perdido.

Pero la explosión del País Vasco en este terreno se produce en 1980 (aunque es difícil dar una fecha exacta), al asentarse el mensaje simplificado de gente como los Sex Pistols y otros grupos de su generación: con imaginación y ganas, cualquiera puede tocar. Es el tiempo en el que nacen cientos de grupos en multitud de rincones del País Vasco, lo que implica que existe ya todo un grupo de gente que les apoya, que va a oír su música. Es el tiempo también de los programas de radio, que sufren una revalorización, sumándose, empujando el nuevo impulso. San Sebastián reúne a miles de personas en cada festival y todo el mundo se pregunta qué ocurre en el País Vasco.

Esa tónica multitudinaria descendió al llegar 1983, año en que la mayor parte de los grupos se separan. Era demasiado edificio y poca estructura real. De acuerdo en que el Velódromo de San Sebastián seguía acogiendo a miles de personas, pero los llenos, como en Madrid y Barcelona, no eran ya tan impresionantes, salvo en el caso de primeras figuras. El haber oído a muchos grupos y la falta de dinero obligan a una detallada elección; los estilos se decantan, no se puede ir invariablemente a las actuaciones de todos los grupos. Paralelamente, en la ciudad faltaban locales donde los grupos del propio San Sebastián pudieran ensayar y actuar.

En Bilbao, el fenómeno es a la inversa: los grupos internacionales que han pasado esporádicamente, no han movido a demasiados seguidores. Sin embargo, algunas discotecas se dedican a programar conciertos de grupos españoles o del pro-

pio Bilbao y provincia, con lo que la capital vizcaína (no vizcaína), tiene un fuerte auge. Son los meses dorados de Las Vulpes, Nacional 634, Isidoro y su colección de puertas plegables, Lavabos Iturriaga, Amas de Kasa..., fanzines como Sorbemos... Paralelamente, Vitoria experimenta también un resurgimiento y grupos como Hertzainak o La Polla Records sueñan en todo el País Vasco.

Cazadoras negras

Pero, entender, entender, yo no entiendo nada; oiga.

Las cazadoras negras ya son comunes a las retinas de una población con un conservadurismo tradicional, que observa también, estupefacta y sorprendida, las primeras crestas coloreadas. Los elementos punkies deambulan por las «siete calles» de Bilbao (cuando las inundaciones

La explosión musical en el País Vasco se produce en 1980, con el mensaje simplificado de los Sex Pistols y otros grupos semejantes.

se desplazaron hacia otras zonas con los consiguientes problemas), y en poblaciones como Sestao son un núcleo importante. En Guipúzcoa, sorprendentemente,

donde más abundan es en Rentería, marginados también en una población con alto índice de conflictividad. Y, sin embargo, conviven separados por pocos cientos de metros con el núcleo del abertzalismo más radical y militante.

Los punkies se sienten cercanos a las acciones violentas realizadas en las calles de Rentería por otros jóvenes, pero, sin embargo, no participan en ellas. Entran estas acciones en un entramado de provocación-peligro-destrucción conocido y querido por los punkies, pero no están junto a ellos poniendo barricadas. Sus posibles acciones violentas no son políticas, tienen que ver más con otra problemática y manera de vivir. Y en cuanto a su acción, impera el sentimiento tribal.

Oírles decir a los punkies de Rentería que no han tenido problemas grandes con

los abertzales, o que no votan, pero que de hacerlo lo harían por HB «porque como nosotros quieren romper la sociedad», conlleva una simplificación de la realidad donde el enemigo común es la policía, con un terreno diferenciado para cada grupo.

Durante un tiempo no muy lejano los punkies solían acudir a San Sebastián asentándose en el bar donde mejor música se puede escuchar, «Bowie», situado en la acera donde más pubs hay. Allí, junto a modernos recalcitrantes y en momentos de tranquilidad, observaban cómo en la acera de enfrente desfilan los «bollos» (adolescentes y jóvenes) más maravillosos de la ciudad, tocados con los últimos modelos en un festival de colores. Cada acera para cada grupo. No sólo hay una diferenciación en cuanto al espacio o la vestimenta: esta separación marcada por el paso de vehículos en la pequeña calle, representa una concepción diferente de la vida y probablemente en San Sebastián está también delimitada por la procedencia de clase (aunque no todo es impermeable).

Y, por sorprender, sorprende también que en un reciente concurso realizado entre los lectores del periódico «Egin» para elegir los mejores grupos de rock del País Vasco, ocupen los primeros lugares grupos punkies como RIP o Hertzainak, y los otros dos sean de rock duro. Difícil de entender siendo el periódico de más audiencia juvenil (en cuanto a compra) —por lo menos eso se desprende de los ejemplares que se pueden contemplar a diario portados en buen número de manos o sobacos—, y que se encuentra cercano a un tipo de teorías radicales como las defendidas por Herri Batasuna y que, por naturaleza, tendrían que distar de este tipo de realidades.

A todo esto, y dentro de este espectro juvenil al que se puede denominar como lectores de «Egin», hay que sumar tam-

Las cazadoras negras y las crestas coloreadas de los punkies ya son comunes para las miradas sorprendidas de una población tradicionalmente conservadora.

bién los que pasan con natural alegría de escuchar en los bares las canciones de Gontzal Mendibil a las de Nacha Pop.

Plásticos

La nueva generación de pintores, escultores..., todos aquellos artistas plásticos jóvenes, permanecen prácticamente parapetados, con muy pocas salidas al exterior. No hay salas de exposiciones donde poder colgar obra y apenas existe un reducido número de personas que participe como colectivo de las inquietudes artísticas en este terreno. No es ya una sala de exposiciones considerada «moderna» donde todo artista novísimo debe colgar sus cuadros para ser considerado, que no las hay, sino que cuando se puede exponer (aparte del recurso de los bares), se colocan entre una exposición de marinas y otra de bodegones, que es lo único que vende.

Aparte de la escasez de salas (junto a la crisis experimentada en la venta de cuadros), tampoco existe dentro del mundo más o menos juvenil un estrato que aglutine a los nuevos valores, a pesar de lo que puede significar de hermetismo esta concepción.

Si los pintores todavía jóvenes, rondando ahora los cuarenta años, y que formaron el primer grupo cultural en los años cincuenta, tienen dificultades para sobrevivir (y es que vender, vender, no se vende nada), más difícil todavía lo tienen los que no tienen nombre. A mediados de 1983 nació, impulsada desde Bilbao, la Asociación de Artistas Vascos-Euskal Artisteen Elkarte (EAE), que congrega sobre todo a gente vinculada con las artes plásticas, y que difieren de la política cul-

tural existente en el País Vasco en este campo.

En período de consolidación en las demás provincias, en Bilbao han realizado

ya diversas acciones para llamar la atención en este terreno. Por ejemplo, «robar» cuadros en los museos dejándolos inmediatamente en la puerta, pidiendo

La nueva generación de pintores permanece prácticamente parapetada, con muy pocas salidas al exterior.

que estos centros ofrezcan un arte y un habitáculo más vivo. Otra de sus intenciones es participar en las decisiones culturales, que tengan una representación los artistas, e introducir el arte en la vida cotidiana.

El auge del cómic

Durante años, la mayoría de los dibujantes y guionistas han estado vinculados a la revista en euskera «Ipur-Beltz». Las iniciativas en un nivel más comercial (aparte de la afición por el género), han provenido de Luis Gasca, el hasta hace poco tiempo director del Festival de Cine de San Sebastián.

Buena parte de los dibujantes que trabajaban o colaboraban para «Ipur-Beltz» buscaron también otros derroteros, otras miras para sus realizaciones. Una de las aventuras más importantes del cómic vasco fueron los tres ejemplares de «Gomikia», donde publicaron la mayoría de los que en el País Vasco y en aquellas fechas trabajaban en este terreno. Los tres números, impulsados por Xabier Belloso y «Rotu» Astrain ofrecieron un panorama del cómic, siendo todos los diálogos en euskera. Como la mayoría de las veces, no fue posible continuar la aventura desde el plano comercial.

Pero «Gomikia» fue, para muchos, el detonante, ya que permitió relacionarse entre sí a gran parte de dibujantes y guionistas que hasta el momento trabajaban por separado. A partir de ese momento, nacieron unos vínculos que permitieron una mayor comunicación. Hoy, la única revista periódica de cómic vasco es la publicada por el Gobierno Vasco, concretamente para los que aprenden euskera,

«Habeko mik», sacada por el departamento de enseñanza de euskera, HABE. Es la única que tiene un apoyo financiero, puede pagar y distribuir los ejemplares y

también esperar que los originales les lleguen con toda facilidad.

Respecto a las edades de los dibujantes de cómic, ocupan un amplio espectro. En estos momentos los que más están publicando tienen ya unas cuantas primaveras en la espalda. En todas las provincias existen elementos destacados. En Vizcaya, Ibarrolxa y todos aquellos que andan alrededor del grupo Trokola, destacando Biafra; en Guipúzcoa, Redondo, Berzosa, Mendizábal, Lopetegui, Argoitia, Fructuoso, Muro...; en Navarra, Osés, Martorell, Simónides, Ramos...; en Vitoria, Ikusager, Altarriba, Landazábal... Hay que destacar la publicación de diversas historietas en revistas francesas y la buena acogida de los dibujantes vascos en el Festival de Angoulême, sin olvidar tampoco una característica que existe en todo el Estado: hay muchos más dibujantes que guionistas. En estos momentos es el lugar donde más se publica con material propio.

Diseño

Algo que en España comienza a tener una revalorización, como es el diseño de vestidos, está teniendo en el País Vasco una gran incidencia. Auspiciados por el Festival de la Moda que cada verano se celebra en San Sebastián y que en sus dos últimas ediciones ha otorgado premios, han sido varios los jóvenes que han presentado sus obras al mismo, destacando por su imaginación y estilo vanguardista. En las dos ediciones, los componentes del grupo Perplejos (nombre de una reciente tienda de moda con diseños, en muchos casos, propios), han conseguido los principales galardones. Probablemente esta parcela se revalorizará en el futuro, ya

que la cuantía de los premios parece que se va a incrementar, logrando quizá mayor prestigio y la posibilidad de incitar más a los nuevos creadores de moda.

Cine

El cine es uno de los campos donde el terreno puede estar más abonado. Existe un apoyo por parte del Gobierno Vasco que subvenciona casi hasta el 25 por ciento, y a fondo perdido, del coste de una película. Para conseguir esta ayuda es necesario cumplir una serie de requisitos tendientes a crear una cinematografía vasca.

Las películas realizadas hasta el momento con estas ayudas: «Akelarre», de Pedro Olea; «La conquista de Albania», de Alfonso Ungría; «La fuga de Segovia» y «La muerte de Mikel», de Imanol Uribe, así como las productoras Ayete Films

y Frontera Films, contribuyen a este intento. Son películas realizadas desde una perspectiva seria, centradas en temas vascos aunque con una lectura más amplia.

Y, desde luego, no van dirigidas al público que podría estar integrado dentro de nuevas vanguardias. Pero, hasta el momento, no se han puesto en marcha proyectos disparatados como «Pepi, Luci y Boom...» o las películas de Almodóvar, porque las perspectivas son otras; y es más importante crear en primer lugar un entramado mínimamente estable para luego poder llevar, si se quiere, los guiones por otros derroteros.

Eso sí, la realización de las películas anteriores en el País Vasco ha impulsado a todo un sector vinculado al teatro, y a gente nueva, que ha empezado a aparecer en la pantalla en papeles secundarios y que, de seguir estas empresas, puede afianzarse. En la actualidad no tiene puntos de contacto la experiencia cinematográfica con el mundo juvenil al que nos estamos refiriendo, pero puede crear unas bases.

Mimetismo

Las capitales del País Vasco sufren un mimetismo similar al existente en Madrid, y en relación con otras capitales del mundo, dentro del llamado postmodernismo. Ni unas ni otras tienen hoy por hoy en España el poder de convertirse en el centro de un nuevo movimiento. Y eso que en el País Vasco se considera a Madrid como el eje donde se cuece-mueve-crea esta «nueva categoría cultural». No existe tampoco lo ficticio que tiene la corriente en Madrid. No hay fiestas donde celebrar conmemoraciones, ni locales de moda porque no hay público para llenarlos, ya que el número de gente es reducido y prácticamente, como en tantos lugares, sin dinero.

En el País Vasco hacen falta las influencias de los medios de difusión para reflejar todo este maremágnum de ideas

Una de las aventuras más importantes del cómic vasco fueron los tres ejemplares de «Gomikia», que permitió relacionarse a guionistas y dibujantes.

contrapuestas. Medios que dedican en la actualidad muy poco terreno dentro de sus respectivos campos a todo lo que presente mundo juvenil, fuera del contex-

to político. Es más, la radio se ha erigido como compañera de este conglomerado en Madrid, particularmente las FM. En Euskadi no se ha producido una variación sustancial respecto a las emisoras que funcionaban hace más de diez años. Las de nueva creación dependen del ente institucional EITB (Radio y Televisión Vasca).

Recientemente, el Gobierno Vasco ha concedido las licencias de FM que le correspondían, en su mayor parte, a los Ayuntamientos, corporaciones controladas en más de un 90 por ciento por el PNV. La posibilidad de que las nuevas FM revitalicen la creación juvenil dentro de un contexto avanzado, queda suspendida por ahora en una incógnita que para muchos está ya desvelada, y en la que todo este sector juvenil puede quedar desmarcado.

Sería un error en esta visión periodísti-

ca dejar fuera a la emisora pirata Radio Paraíso, de Pamplona, clausurada numerosas veces y que recientemente ha vuelto a emitir. Gran parte de las tendencias artísticas jóvenes que funcionaban en la capital navarra tuvieron hace años la posibilidad de mantener un nexo de unión entre ellos por medio de Radio Paraíso. Pamplona experimentó un gran salto. A raíz de ese conocimiento personal surgieron otras iniciativas, como revistas de cómic, llegando el impulso a otros terrenos.

A comienzos de este 84 el panorama no

resulta demasiado esperanzador. Muchos de los pertenecientes al sector juvenil, en su sentido amplio, prefieren quedarse en la otra acera, en la que el regalo de la vista ante el colorido de faldas y blusas les parece más atrayente que una música que no entienden y una concepción de la realidad, dentro del campo creativo, que no les seduce. Aun y todo, nada es demasiado impermeable; y quizá una nueva interrelación pueda dar sus frutos. Pero es más fácil oír a Rod Stewart que a Suicide, o contemplar un cuadro de Miró que uno de Ceesepé.

Z O
N A

El consenso
como estrategia

Norbert Lechner

El movimiento obrero
en Estados Unidos
y en Europa

Giovanni Arrighi
Beverly J. Silver

Crisis y migración

Luciano Berrocal

La reforma educativa

Juan Ramón Figuera

La izquierda
en España

Jordi Borja

29

Zona Abierta 29 - Julio-diciembre 1983

Información: Apartado 3.070. Madrid.

EL RETO: RECONSTRUIR LA SOCIEDAD VASCA

Federico Mañero
José María Múgica



Podríamos convenir, de inicio, que, en general, para cualquiera, es difícil hablar o escribir sobre Euskadi; para nosotros desde luego lo es. Son muchos los enfoques necesarios para analizar la situación vasca, son muchos también los esquemas y los tópicos de los que hay que huir.

Una sociedad convulsa e irritada como la vasca, se resiste a ser transmitida, en toda su complejidad, desde la frialdad de la letra impresa. Sólo su vivencia directa e intensa, puede aproximarnos al fondo más dramático del problema: el de una sociedad afectada en los aspectos más hondos de su ser, envuelta en una cotidianidad trastornada por la corrosión de la violencia.

Para nosotros, vascos de veinte y pocos años, hablar de Euskadi es, además de difícil, un ejercicio doloroso. Es hablar de la tierra que queremos, de un pueblo que quisiéramos pudiera ser feliz; es recordar infinidad de imágenes, de recuerdos, de sombras, muestras gráficas de una juventud peculiar, que ha sufrido mucho: la nuestra. ¿Cómo borrar el recuerdo de Mikel, de todos esos Mikel, a quien una tar-

de despedimos para siempre; o la angustia de aquel timbrazo que precedía a tu detención; o la noticia de tu amigo, de tu hermano, o del hermano de aquel amigo, que está en comisaría, en la cárcel, o en el «otro lado»? ¿Cómo se pueden olvidar las lágrimas de tu mejor amigo, cuyo padre —militar retirado— hace años que te escondía en su casa cuando estabas escapado, ha sido asesinado por ETA?

La juventud en Euskadi ha querido ser feliz. Lo hemos sido a pesar de la represión, de las carreras, de las noticias terribles, o de las lágrimas de impotencia, del más hondo desaliento, por no poder hacer nada para parar esta locura.

Hemos buscado y seguimos buscando huecos y momentos en los que amar y ser nosotros. Pero el entorno marca, y las heridas de este tiempo se resienten en las relaciones y en el vivir de cada día.

Euskadi, una sociedad violentada

Un día cualquiera, un niño cualquiera verá como su padre, en el desayuno antes de ir al colegio, pasa rápido las tres primeras páginas del diario. Simplemente un vistazo, un vistazo rápido. Los principales titulares son semejantes a los de ayer o a los de hace tres años. Otros nombres y otro sitio, excepcionalmente las balas pueden no ser del 9 Parabellum, pero el hecho el mismo. —¡Qué terrible que una sociedad, toda ella, sepa de nombres de pistolas y de balas!—. Puede que ese niño escuche durante el día algún comentario. Puede que escuche: «¡Por algo será!». Felizmente también escuchará, cada vez más, el lamento de la tristeza, del hastío ante la barbarie.

Pero sin duda esa muerte, las demás muertes, serán siempre anónimas, y ya no supondrán un sobresalto. Lo más terrible es que ese niño tendrá, por lo menos, la duda más dramática de cuantas pueda ha-

**En Euskadi la intolerancia
no se percibe sólo por el impacto
de la excitación criminal.
La violencia invade la convivencia
y distorsiona las relaciones sociales.**

ber: la de si existen razones para matar. En Euskadi se llega a dudar sobre la legitimidad de la más irracional y salvaje expresión de la intolerancia: el asesinato.

Pero en Euskadi la intolerancia no se percibe sólo por el impacto de su excitación criminal. La violencia trasciende la convulsión del asesinato, del chantaje o del miedo; invade la convivencia y distorsiona las relaciones sociales: la violencia se integra en el día a día y corroe el vivir y la dignidad de cada ciudadano.

Son muchos detalles, pequeños detalles que aisladamente pudieran resultar insignificantes. Es el no poder decir lo que se piensa en voz muy alta y en cualquier sitio; es el no «abrirse» a quien no se conoce; es el de evitar hablar de «ciertas cosas» cuando no se está en plena confianza; es el no ir por «cierta parte» cuando sabemos que habrá «movida»; es, por ejemplo, ver a la puerta de un organismo oficial un cartel, debidamente rotulado en plástico, con un «cerrado por aviso de bomba»; o el no dar una patada a una bolsa de basura: más vale prevenir que lamentar.

La intolerancia y el miedo a sus métodos —el tiro, el abucheo— o la coacción callada de un ambiente, son niveles distintos de un mismo origen, conforman una sociedad en peligro de incomunicación, de bloqueo al mero hecho del conocimiento. La escasa fluidez de ideas, de reflexiones, el reparo a manifestar que se disiente, la necesidad de sentirse «seguro», favorecen la proliferación de «ghettos» de todo tipo, de grupos limitados encerrados sobre sí mismos y en relación también limitada con su entorno inmediato: casi siempre se frecuentan ambientes conocidos y no es fácil entablar nuevas relaciones, más allá del «poteo» o las «copas».

Euskadi padece el cáncer de la intolerancia y, con ello, la libertad, el derecho a la diferencia, el ser y pensar como quera-

mos, se ven limitados. La cronificación del problema del terrorismo, las llagas de una represión terrible durante décadas, los inmensos avances que todavía no conquistan la paz, perfilan los contornos de un pueblo cansado, que genera sus propios «anti-cuerpos», que pelagra de acostumbrarse de vivir «en violencia» y que soporta la tragedia de la radicalización. En Euskadi unos lloran lo que otros aplauden, y la magnitud de la capacidad de corrosión de la violencia se mide en la preocupación de que cada vez seamos menos los que sufrimos siempre; sea quien sea la víctima.

La radicalización agudiza, aún más, la dificultad de las salidas a la situación existente. Euskadi soporta una enorme carga de frustración sobre sus espaldas. Desde finales del siglo pasado, con una rápida y fuerte industrialización que puso en crisis la tradicionalista y rural sociedad vasca, salida de las guerras carlistas; un proceso de autogobierno frustrado por una guerra perdida; tras cuarenta años de dictadura feroz e implacable sobre la libertad y sobre todo «lo vasco», este pueblo todavía no disfruta de la democracia, esta vez conculcada por sus propios fanáticos. Euskadi ha vivido sólo dos guiños de libertad en más de un siglo y hoy siente la frustración de la violencia en el marco de una España libre.

Como consecuencia de su historia y del cronificado pasado inmediato, la sociedad vasca es una sociedad traumatizada y con signos de escisión; pero escisión no sólo entre las dos Comunidades, emigrante y autóctona, componentes de una nueva Euskadi surgida de la industrialización y, tristemente, todavía por construir; sino contradictoria, escindida entre su tradición y conservadurismo profundos, su historia de lucha y la convulsión violenta con estética revolucionaria. La Euskadi de las huelgas generales es la misma que reza el «ángelus» en el frontón los domingos; los terroristas, por algunos llamados

«gudaris», asisten a misa y explotan un santoral alternativo; el cartel más radical se mezcla con el rótulo de la Sociedad Gastronómica sólo para hombres, y se vive una noche trepidante, con un altísimo nivel de seducción, frustrado en una considerable represión sexual acumulada.

En este marco, intolerable, radicalizado, no es extraño que se produzca el fenómeno del subdesarrollo político. En Euskadi se vive todo a flor de piel, con más dosis de emotividad que de razón, en muchos sectores pesa más el corazón que la cabeza, la reacción que la reflexión. Mientras que en el resto del Estado hemos accedido al debate de las ideas, de los proyectos y de los programas, en el País Vasco la pervivencia de la consigna devalúa el contenido de los conceptos y cristaliza el muro apriorístico de la intolerancia. Las consignas del movimiento abertzale son las mismas, o muy parecidas, a las de hace

cinco años y el desarrollo del discurso político está con ello limitado y condicionado por los prejuicios ideológicos.

En Euskadi podemos ver el cuadro de

una sociedad violentada, alterada en lo más profundo de su convivencia, coaccionada en el uso de la libertad y, además, empobrecida.

Sin embargo, la reacción ante la sin razón del terrorismo, la alternativa a la corrosión total de la violencia, la identidad vasca creativa, satisfactoria, frente a la castrante autoafirmación buscada en el rechazo sistemático a lo nuevo y lo distinto, deben de surgir del propio seno de la sociedad vasca, y están surgiendo. Y la alternativa, dispersa y latente, provocadora e irritante, se manifiesta ya, precisamente, en el colectivo más afectado por esta dura realidad: los jóvenes y, en particular, los jóvenes urbanos.

El hastío de la violencia

Ningún joven en Euskadi ha podido conocer que significa vivir en paz. Ningun-

no de nosotros hemos vivido ni tan siquiera un mes sin atentados graves a la paz. Represión, cárcel, tortura, asesinato, chantaje, exilio, son conceptos visualizados, vividos incluso muy íntimamente. En Euskadi, los jóvenes hemos sido, y todavía somos, el principal sujeto, activo y pasivo, de la violencia.

Quienes lo practican hasta el punto de la agresión, desde el empujón hasta el asesinato, suelen ser jóvenes. O empezaron de muy jóvenes.

También somos nosotros las principales víctimas. Y no sólo porque tanto los policías como los etarras sean gente joven, sino porque somos los jóvenes quienes principalmente sufrimos el carácter violento y contradictorio de la sociedad vasca.

En el marco de una sociedad conservadora, con un claro acento intolerante, radicalizada y tendiente a la incomunicación, tensionada en sus relaciones sociales y encerrada en sí misma, se hace difícil que vivamos «a nuestro aire», pasando de tópicos y de uniformismos. Frente a una sociedad que rechaza lo nuevo y lo distinto, muy católica, fundada en la ética del trabajo y asentada en una agradable y cómoda monotonía del vivir, la juventud ha reaccionado como el resto: con el ghetto. Más amplio, más heterogéneo que en el que se proyecta la sub-fragmentación del conjunto, pero, en definitiva, ghetto, es decir, marginación.

Los jóvenes en Euskadi, fundamentalmente la juventud urbana —y en el País Vasco, en concentraciones industriales, de cultura urbana vive la mayoría de la población—, vivimos un sistema de vida particular, entre nosotros, en el que laten los fundamentos más evidentes de la alternativa.

Cunde entre la gente joven la sensación de que todo lo relacionado con la violen-

cia, con el terrorismo, con la represión, con las armas, es un «mal rollo» que no nos lleva a ningún sitio. Después de lo que pareciera hace unos años como un máximo apoyo juvenil a la violencia común, hemos llegado al punto en que cada vez son menos, no sólo los que toman las armas, sino también quienes les apoyan y comprenden. También entre los jóvenes urbanos son cada vez menos los que les justifican.

Entre la juventud vasca, a pesar de que la tensión de la violencia está cotidianamente integrada en la convivencia, se dan relaciones más fluidas y, sobre todo, comportamientos rupturistas para con el asfixiante estado de las cosas. Los jóvenes en Euskadi no nos miramos hacia nosotros para autoafirmarnos en nuestra condición y en nuestra diferencia. Cultura Vasca es la Txalaparta y también el rock. Se mira al extranjero y hacia el resto del Estado con ganas y sin recelos; se intenta viajar y moverse; se recupera el sentido y la práctica de la tolerancia, la calle, la noche, las copas; los canutos unen, por lo menos juntan, a la gente de muy distinto credo, apreciándonos tal como somos, o por lo menos no despreciándonos *a priori*; a pesar de padecer una discriminación lacerante, las mujeres han alcanzado un nivel de consideración y un rol desconocido para las generaciones anteriores; las relaciones sexuales son, entre los jóvenes, más y mejores que antes, provocando el desconcierto de la conservadora sociedad vasca.

Es entre la juventud vasca en donde con más nitidez se percibe la recuperación de la comunicación colectiva y, en medio de una sociedad angustiada y cansada, es «la movida» quien aporta una referencia lúdica: los conciertos de rock o los festivales de jazz, la enorme cantidad de grupos,

la intensidad de la vida de noche, el deporte, «las pasadas» de las fiestas, son simples ejemplos de algo sumamente importante para concebir que la juventud

**Ningún joven en Euskadi
ha podido conocer qué significa
vivir en paz.**

**La juventud es el principal sujeto,
activo y pasivo, de la violencia.**

puede ser el principal soporte de recuperación de la sociedad vasca: de un tiempo a esta parte la gente joven en Euskadi está optando, y está optando por VIVIR.

La necesidad de reconstruir la esperanza de un trabajo que se lo permita acentúa los potenciales alternativos de los jóvenes en Euskadi.

Quiere desterrar el fantasma de esa coacción latente, de ese riesgo, de la mala noticia siempre posible; quiere vivir según cada cual queramos, sin uniformismos, ni imposiciones, ni prejuicios, ni catalogaciones esquemáticas e intolerantes.

Y para ello es preciso erradicar la violencia de la sociedad vasca, comenzando por dar fin al fenómeno terrorista. De continuar éste, no nos será posible superar la intolerancia, el miedo, la tensión y la falta de libertad. Además, o se termina el terrorismo, o los niveles de marginación extrema de sectores de la juventud vasca, cada vez mayores, se irán progresivamente multiplicando.

El clima de violencia, el terrorismo, el chantaje han empobrecido Euskadi. Los porcentajes de desempleo juvenil son los más altos del Estado. Se puede hablar de paro juvenil masivo. Si en Euskadi el nivel de marginación de la juventud es alto ya de por sí, la desesperación del joven sin trabajo, sin dinero, sin posibilidades de montarse su vida, o la angustia general del desempleo, casi inexorable, conducen a extremos trágicos, como el del consumo de heroína —según las encuestas, superior porcentualmente a Amsterdam o Nueva York—. El «caballo» galopa a rienda suelta, presentándose como el más peligroso enemigo de una generación. A los muertos en la locura terrorista, hay que añadir los muertos por sobredosis. Las proporciones del consumo de drogas duras en Euskadi, entre los jóvenes, constituye una escandalosa referencia del nivel de marginación, desarraigo y desesperación de muchos jóvenes vascos.

Si la reacción de la juventud viene dada por la necesidad de vivir, de soltarse la opresión y la tensión de encima, la necesidad de reconstruir la esperanza de un tra-

bajo que te lo permita acentúa los potenciales alternativos de los jóvenes en Euskadi.

Sin embargo, la expresión pública del rechazo a la violencia todavía no se ha articulado. Late, se percibe, se manifiesta en comportamientos y actitudes individuales, de grupo, de ambiente, y de manera heterogénea y espontánea. Alcanza incluso, en ocasiones, carácter de movilización en la que brota un primario y cansado ¡YA BASTA! La vivencia de lo que no nos gusta encuentra en la violencia una referencia inmediata y la hace objeto de nuestro rechazo.

La reacción no-violenta emerge como exigencia superadora de una sociedad traumatizada, frustrada y dividida. La no-violencia, como reivindicación y como ética cotidiana, está siendo practicada por múltiples colectivos y organizaciones y, lo que es fundamental, es sentida cada vez por un mayor número de ciudadanos y por la mayoría de la juventud.

O todos o ninguno

Como decíamos al comienzo, muchos son los enfoques necesarios para analizar el problema «vasco», sus consecuencias y sus alternativas.

Podríamos haber hablado del terrorismo como del principal problema de la democracia y la libertad; de cómo aislarlo; de lo positivo de las reinserciones de ex etarras; de lo que nos parece el plan ZEN; de la correlación de fuerzas políticas en Euskadi o de quién puede ser el próximo Lendakari.

Aunque todo ello es importante, imprescindible para percibir y apuntar en las salidas del agobio, pensamos que son factores contingentes sobre el problema decisivo: la sociedad violentada, traumatizada, que necesita reconstruirse en la no-violencia y la libertad.

Para nosotros es éste el principal problema y debe, como tal, ser afrontado. Euskadi no conoce la paz desde hace más de un siglo, y la convivencia en libertad, el hecho simple de respetarnos entre nosotros, está claramente cuestionada.

Y los vascos no sólo deseamos la paz sino que la necesitamos con urgencia. Necesitamos poder ser nosotros, cada cual tal como es, respondiendo a nuestros propios deseos, pudiendo libremente elegir el futuro.

La juventud vasca es el sector más agobiado por la violencia y más necesitado de su solución. En la juventud late el ejercicio del derecho a la diferencia como reacción ante la intolerancia y la uniformidad. La reacción no-violenta expresa la voluntad de poder ser diferentes, reconociéndonos en nosotros mismos, sin dejar que la violencia someta, una vez más, nuestras sensibilidades y aspiraciones, nuestras reivindicaciones y voluntades. La alternativa frente a la Euskadi violenta, puede surgir entre los jóvenes con más facilidad que en ningún otro colectivo: la nueva Euskadi, síntesis entre los emigrantes y lo autóctono, se da ya entre la gente joven: en las tierras castellanas, extremeñas, andaluzas o gallegas, así como el ruralismo vasco, el caserío, quedan atrás las generaciones anteriores. De origen emigrante o vasco, los jóvenes hemos crecido juntos, compartiendo el pupitre y la calle, con una vivencia semejante.

Es preciso abrir la sociedad vasca al mensaje no-violento y tolerante de la juventud, superando las cristalizaciones in-comunicativas y mirando hacia la reconstrucción de una sociedad libre que permita afrontar el futuro con esperanza. Eus-

kasdi necesita reconstruirse, como sociedad, en paz, arrimando el hombro todos los vascos, todos, dispuestos a respetarnos y a querernos pensando de manera distinta.

Nacionalistas y no nacionalistas tenemos un reto común: reconstruir la sociedad vasca. Ante esto los problemas específicamente políticos, las diferencias de planteamientos, deben tener carácter accesorio y no deben ser nunca motivo de confrontación.

No podemos enfrentarnos los vascos que estamos dispuestos a entendernos por la vía del diálogo, desterrando la muerte, el miedo y la incertidumbre de nuestra tierra. Es preciso reconstruir una sociedad, con todo lo que eso significa y eso o se consigue entre todos o todos lamentaremos su completa destrucción. El ejercicio del pluralismo debe de serlo desde el respeto y la cooperación entre todos contra la violencia en la que nos desenvolvemos cotidianamente.

Mucho hay que superar, la radicalización y el cansancio ante la «no salida» son nuestro peor enemigo. Hay que extender la idea de que es posible vivir en paz, de que Euskadi tiene sentido en tanto y en cuanto podamos ser libres y felices, y de que para ello es preciso que nos unamos todos. No importa de qué partido seamos, ni que Lendakari tengamos en Ajuria-Enea.

O reconstruimos Euskadi entre todos y hacemos desaparecer, codo con codo, el cáncer de la violencia, o nuestra sociedad, nuestro pueblo, seguirá viviendo la frustración y el sin sentido de tanto sufrimiento.

EL PLURALISMO VASCO

Juan Pablo Fusi

análisis y debate



1

I

Muchas interpretaciones del problema vasco adolecen de una ignorancia considerable de la realidad histórica y cultural del País Vasco. Obsesionados por definir las claves de la peculiaridad de los vascos —de su mentalidad colectiva, de su cultura, de su historia—, esas interpretaciones tienden a la simplificación y a la unilateralidad, a identificar la personalidad histórica vasca con lo que son, en todo caso, sino algunos rasgos y hecho singulares (nunca, los componentes definitivos y últimos de aquella).

Son frecuentes, por ejemplo, referencias a la inflexibilidad, a la tenacidad, a la capacidad para la acción de los vascos; o se esgrime el recuerdo de las guerras carlistas o se subraya la exaltación de la fuerza y el vigor físico en la mentalidad popular vasca —en los deportes, por ejemplo—, y todo ello para probar que la intransigencia y la obstinación caracterizan la psicología (y la política) de los vascos. O se pretende interpretar lo vasco

en razón de —por citar algunos ejemplos— la profunda religiosidad del pueblo, de su mesianismo, de su sentido de la laboriosidad, de su pasado matriarcal, de su tradicionalismo familiar y social. Se ve también en la tosquedad de la lengua vasca, y en la falta de una verdadera tradición literaria en la misma, la evidencia de que los vascos son un pueblo intelectual rudo y simple, con las consecuencias que ello supone. En suma, se quiere ver en el clima de conflictos y tensiones que el País Vasco viene padeciendo desde la década de 1960 el reflejo y la consecuencia de un comportamiento colectivo marcado, en última instancia y casi desde siempre, por la violencia, la irracionalidad, el fanatismo y la rudeza.

De poco sirve recordar que hasta el siglo XIX la integración de las provincias vascas en el Estado español no resultó problemática (lo que no quiere decir que no hubiera conflictos ocasionales); o que episodios a menudo tenidos por paradigmáticos —las guerras medievales de bandos, las propias guerras carlistas— no fueron hechos específicamente vascos sino que se produjeron con características parecidas en muchos otros territorios. No vale decir que Guipúzcoa, hoy tan conflictiva, fue durante años y años, hasta bien recientemente, presentada como un modelo de desarrollo armónico, de equilibrio social y de moderación política. De nada sirve afirmar que el terrorismo ha sido un fenómeno históricamente desconocido en el País Vasco hasta los años 60 y que la región disfrutó históricamente de un grado de estabilidad política comparativamente notable. Nada de eso vale, ni recordar que, durante siglos, se vio en vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses el estereotipo del «secretario» —el funcionario discreto y eficaz, la antítesis del aventurero—, ni echar mano de los múltiples ejemplos históricos en los que vascos dieron pruebas abundantes de flexibilidad política y voluntad conciliadora y pactista. Persiste —y hay que suponer que va a persistir por mucho tiempo—, una imagen estereotipada —y por ello deformada y falsa—, del pueblo y del país vascos, la imagen del pueblo arisco y orgulloso, de talante aristado y trato difícil o imposible.

Y lo que aún complica más las cosas. Junto a esta visión estereotipada desde el exterior, existe una interpretación mitificada de la realidad y de la historia vasca dentro del propio País Vasco. Al igual que lo que ocurriese en casos asimilables (Irlanda, Córcega, Flandes, etc.), unos «mitos vascos» —esto es, un conjunto de simplificaciones sobre el pasado y la naturaleza de los vascos— han contribuido a fijar, en mayor o menor grado, una conciencia colectiva propia y diferenciada. Mitos como la diferencia étnica, la limpieza de sangre, el igualitarismo, la hidalguía, la democracia ancestral, la armonía social, la autoctonía inmemorial, la indestructible soberanía secular, la persistente victimización centralista y otros, han sido elementos importantísimos en la construcción de la imagen que los vascos se han hecho de sí mismos. Lo de menos, además, es lo que haya de verdad detrás de tales mitos. Estos cumplen una labor operativa: la justificación de creencias, aspiraciones y reivindicaciones. Por eso que sirve de poco que muchos de los mitos vascos no resistan la crítica histórica: están por encima de toda explicación y análisis racional y académico.

Todo lo dicho no hace sino poner de relieve la urgencia y la necesidad de que explicaciones y análisis matizados, críticos, desmitificadores, revisionistas, se abran camino de cara a una percepción correcta y a un entendimiento claro de la cuestión vasca. Que uno ya no crea que plantear correctamente un problema sea una forma de empezar a resolverlo, no es obstáculo a que lo intente, aunque sólo sea por razones de higiene intelectual. Pues bien, en mi opinión, ninguna explicación del hecho vasco podrá ser válida si no parte del reconocimiento de la pluralidad cultural y política del pueblo vasco en su historia, si no se admite como una realidad empírica indiscutible la diversidad de formas de expresión de la identidad vasca, si no se acepta que el pluralismo define tanto la personalidad histórica como la actual realidad socio-política del País Vasco.

Dicho más claramente: el País Vasco se caracterizaría por un amplio pluralismo cultural y político, un dualismo lingüístico y una variedad de mentalidades y hábitos de comportamiento social. El País Vasco sería una sociedad moderna y compleja definida por una agudizada pluralidad cultural, política, social y económica.

II

El término pluralismo no se usa aquí en un sentido meramente coloquial, como equivalente a variedad o multiplicidad de ideologías y opiniones, ya que, en este sentido, todas las sociedades son pluralistas. Por pluralismo cultural y político se entiende —de acuerdo con la idea original propuesta en 1915 por Horace M. Kallen—, una realidad territorial caracterizada por contener en su interior distintos grupos culturales y étnicos, coexistiendo armónicamente y no fundidos en una cultura unitaria. De acuerdo con esa idea, el País Vasco carecería de una identidad unitaria que fuese o únicamente euskaldún o únicamente española. Probablemente la tuviese en su día (aunque Vizcaya, Alava y Guipúzcoa —por no aludir para nada ni al siempre polémico caso de Navarra ni a los de Laburdi, Zuberoa y Benabarre—, tuvieron siempre historias separadas); pero es claro que, desde fines del siglo XIX, desde que la industrialización quebró definitivamente el orden tradicional vasco, lo que define al País Vasco es el pluralismo cultural, la existencia en su interior de varias subculturas diferenciadas —diferenciadas, por ejemplo, por la lengua y por la historia—. La sociedad vasca contemporánea encaja dentro de lo que Val Luwin, Sartori, Lijphart y otros científicos de la política han calificado como «sociedades segmentadas», «sociedades plurales» y expresiones similares. Como Bélgica, como Suiza, como Holanda —por citar tres ejemplos europeos conocidos—, el País Vasco es una sociedad plural, culturalmente diversa y étnica, lingüística y políticamente segmentada, una sociedad cuya estructura social presenta, además de marcadas diferencias socio-económicas, claras fracturas culturales y nacionales.

III

Se trata, por tanto, de reconocer que la personalidad histórica vasca es plural y múltiple, y que toda interpretación exclusivista, reduccionista y excluyente de aquélla resulta, en consecuencia, radicalmente falsa e insuficiente.

Piénsese, por ejemplo, en el dualismo lingüístico. Nadie negaría que el *euskera* es la lengua propia de los vascos y, por serlo, uno de los fundamentos de la identidad diferenciada del pueblo vasco. Pero no es menos cierto que el castellano —o el francés, si quisiéramos extender la tesis a los territorios vascofranceses— ha sido igualmente instrumento de expresión de sentimientos y preocupaciones genuinamente vascos, que ha sido la lengua que, paradójicamente, ha permitido el desarrollo de una parte considerable de la cultura escrita vasca (incluidos los propios Fueros y la propia ideología nacionalista).

Si se piensa con serenidad y sin prejuicios políticos, se comprenderá que la castellанизación lingüística no ha supuesto una amenaza a la personalidad vasca. El castellano ha sido, en todo caso, un complemento del *euskera* en la labor de proyectar las realizaciones del quehacer cultural e intelectual de los vascos. Así ha ocurrido, por ejemplo, en los casos de Unamuno, Baroja, José M.^a Salaverría, Basterra y Maeztu (o, en la postguerra, de Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ignacio Aldecoa, Xavier Zubiri, Julio Caro Baroja, Miguel Artola) y de tantos escritores e intelectuales vascos que ni han escrito en lengua vasca, ni han limitado su horizonte intelectual a temas estrictamente euskaldunes. Esa vocación universal de muchos intelectuales nacidos en el País Vasco —mayoritariamente vertida en castellano— es una constante en su historia cultural: representa, por tanto, una tradición tan genuinamente vasca como la tradición propiamente localista y euskaldún.

Implicito en lo dicho está la tesis de que la cultura vasca es mucho más que la herencia étnico-folklórica del pueblo vasco. Por cultura vasca hay que entender el sistema de las ideas, experiencias y realizaciones estéticas, literarias, intelectuales y científicas de los vascos, con independencia de su relación —o falta de ella— con la subcultura euskaldún. Cultura vasca es la expresión de las distintas subculturas que coexisten en el País Vasco.

Difícilmente podría haber sido de otro modo. Lo propio de sociedades como la vasca contemporánea —esto es, de las sociedades complejas y modernas— es, como certeramente observara Radcliffe Brown, la coexistencia en su interior de un número variable de diferentes tradiciones culturales. En el caso vasco, la heterogeneidad cultural se derivaría, al menos, de las siguientes circunstancias: de la variedad de formas históricas y sociales de poblamiento (origen de una primera división entre culturas urbanas y culturas rurales); de las diferencias en la especialización laboral de las distintas comarcas (generadoras de tradiciones culturales diversas según se trate de zonas industriales, pesqueras o agrarias, etc.); de la distinta incidencia del euskera y del castellano; de las aportaciones de la población inmigrante; de la proximidad de otras áreas culturales; de las múltiples y diversas tradiciones locales; del mayor o menor nivel de instrucción; de las consecuencias de las transformaciones económicas y sociales del país; y de otros factores. Las circunstancias políticas tendrían también su importancia. De una parte, la aparición del nacionalismo impulsaría, desde principios de siglo, los movimientos reivindicativos en favor de la re-euskaldunización del País Vasco, en favor de su «renacimiento» cultural desde una perspectiva que reducía cultura vasca a la etnocultura euskaldún de la región; de otra, los períodos de proscripción del nacionalismo (dictaduras de Primo de Rivera y Franco) serían años de represión del euskera y de ignorancia de lo euskaldún.

Cultura vasca sería, por tanto, un concepto que englobaría todas las tradiciones culturales que se han ido generando en el País Vasco. Que una definición tan aparentemente inocua no sea unánimemente aceptada —y no lo es: basta ver cualquier manual de literatura vasca y comprobar la exclusión de los escritores vascos en castellano— es, a su vez, revelador. Se deriva de que el País Vasco sigue sin tener —en 1984— una conciencia homogénea de nacionalidad; de que es una sociedad radicalmente escindida en torno a esa misma idea de nacionalidad. Lo que define a la cultura vasca contemporánea es, además de su pluralidad, la escisión de su propia conciencia, la división profunda en torno a lo que sea su propia esencia e identidad. La cultura vasca es, como la sociedad de la que brota, una realidad plural y escindida.

IV

Y eso queda más claro si se piensa en la intensidad y amplitud que el pluralismo político ha adquirido en el País Vasco contemporáneo. Se trata de un hecho verdaderamente decisivo y definitorio y, sin embargo, a menudo desconocido, ignorado o infravalorado. La fuerte personalidad histórica del carlismo y, más tarde, la del nacionalismo vasco han contribuido involuntariamente a deformar la historia contemporánea del País Vasco en la medida que, a veces, se ha asimilado vasco con carlismo y, luego, con nacionalismo. Hasta se diría que la visión nacionalista de la historia vasca —despliegue y desarrollo de un pueblo singular, marginado históricamente y en pugna por recuperar su identidad y auto-gobierno— ha acabado por imponerse. Absurdo sería negar que carlismo (en el siglo XIX) y nacionalismo (en el XX) han tenido una influencia considerable en la política vasca. Pero no han sido las únicas fuerzas políticas existentes ni han sido las suyas las únicas concepciones políticas y culturales del País Vasco válidas, coherentes e influyentes en la opinión.

Se ha minimizado la importancia histórica de otras corrientes, ideologías y tendencias políticas que han representado igualmente las aspiraciones del pueblo vasco. Se ha olvidado la ascendencia hegemónica que el liberalismo tuvo en las capitales vascas a todo lo largo del siglo XIX: los ejércitos carlistas nunca llegaron a rendirlas en ninguna de las distintas guerras. Bilbao aguantó varios sitios durísimos: así se generó su honda conciencia liberal, de la que tantas veces habló Unamuno como el rasgo más característico de la villa. Atendiendo a los resultados electorales, Bilbao fue, de 1900 a 1936, una ciudad radical en la que republicanos y socialistas tuvieron —salvo en 1933— representación mayoritaria. San Sebastián fue tradicionalmente una ciudad monárquica y liberal: no tuvo alcalde nacionalista hasta 1979. Vitoria estuvo políticamente en manos de conservadores, republicanos y carlistas.

No se ha destacado la fuerza que la tradición republicano-democrática, esto es, la izquierda, alcanzó en Bilbao, Eibar, Baracaldo, Irún, etc., ni la importancia que tuvieron los partidos monárquicos. No se valora debidamente lo que significa la extensión que desde finales del siglo XIX alcanzó el socialismo en el País Vasco —y el partido comunista, en algunos enclaves, desde 1921—, como fuerza hegemónica del movimiento obrero de la región. Carlismo, liberalismo, nacionalismo, republicanismo democrático, socialismo, comunismo han canalizado —y algunos canalizan todavía— las inquietudes políticas de los vascos. Del dualismo liberalismo-carlismo del siglo XIX, se evolucionó a un sistema que, en el primer tercio del siglo XX, tendió a la triangulación en nacionalismo-españolismo-izquierda; y luego —tras la larga experiencia del franquismo y la aparición de ETA y la izquierda abertzale—, a un nuevo modelo con cuatro subculturas políticas cristalizadas: nacionalismo vasco, socialismo, radicalismo abertzale (Herri Batasuna, Euzkadiko Ezkerra) y centro-derecha (UCD hasta 1982; Coalición Popular desde ese año).

Cualquier reflexión crítica y desmitificadora de la historia vasca pone en su debida perspectiva el particularismo vasco. La misma idea de nacionalidad tuvo una formulación comparativamente tardía. El Partido Nacionalista Vasco tuvo un papel relativamente menor hasta la Primera Guerra Mundial. Tan decisivos en la historia vasca como el hecho nacionalista han sido la dinámica de la revolución industrial, la evolución de la conflictividad laboral, el crecimiento y modernización de las ciudades o la inmigración masiva de trabajadores foráneos. No son más importantes ni más representativos de lo vasco Sabino Arana, Ramón de la Sota, Aguirre y Ajuriaguerra que Víctor Chávarri, Gregorio Balparda, Facundo Perezagua, Horacio Echevarrieta o Indalecio Prieto. Y esos son nombres significativos en Vizcaya pero casi irrelevantes para la historia de Guipúzcoa y Alava. Para Guipúzcoa interesan mucho más las trayectorias de un monárquico como Fermín Calbetón, de un republicano como Fernando Sasiain —alcalde de San Sebastián de 1931 a 1936—, de un socialista como Toribio Echevarría, de un comunista como Jesús Larrañaga o de un tradicionalista como Víctor Pradera. Además, la historia contemporánea de Alava tiene poco que ver con la de Vizcaya o Guipúzcoa: allí, el nacionalismo y la industrialización han sido prácticamente inexistentes hasta nuestros días (hasta 1960-80). Cuando se dice, por ejemplo, que los vascos lucharon con la República en la Guerra Civil de 1936-39 se olvida que Alava secundó mayoritariamente, como Navarra, el alzamiento franquista.

Todo ello significa que la evidencia histórica a lo que apunta es a que la historia del País Vasco —me refiero siempre al País Vasco contemporáneo—, es la historia de una sociedad a la que hay que definir de nuevo como plural y compleja, en la que han convivido, y conviven, dos lenguas y varias culturas, y en la que han arraigado múltiples ideologías y muy diversas opciones políticas, sin que ninguna de ellas haya sido totalmente hegemónica (aunque el PNV estuviese cerca de serlo en 1933 y, más claramente, desde 1979). Que repase quién lo dude la historia electoral de la región: se verá cómo han ido cristalizando varias culturas políticas con una geografía propia y específica, se verá que

las principales opciones políticas son allá la expresión de realidades culturales y sociales fuertemente arraigadas. Y se comprende que así sea. Porque el pluralismo político vasco responde por lo menos a cuatro circunstancias: a la diferente evolución histórica de cada una de las provincias vascas; al desigual desarrollo económico de sus distintas zonas y comarcas; a la heterogeneidad demográfica y sociológica de su población; a las diferencias de los vascos en tono a la idea de nacionalidad vasca, en la manera de entender su propia personalidad histórica.

V

Y, sin embargo, aunque toda la evidencia apunta en favor de una interpretación de la realidad vasca como la más arriba esbozada, es un hecho que el País Vasco viene debatiéndose entre dos concepciones distintas: entre una concepción que afirma la existencia de una nacionalidad vasca diferenciada y otra que sostiene la españolidad última del pueblo vasco. Digamos rápidamente que ambas son erróneas. La concepción nacionalista —lo que podríamos llamar «el error Arana»— interpreta el euskera como lengua nacional, Navarra como entidad originaria de los vascos, los Fueros como códigos nacionales, la integración de los vascos en Castilla como un pacto de soberanía, la etnicidad como rasgo diferenciador del pueblo vasco, la historia vasca como una lucha secular de los vascos en defensa de su personalidad y de sus instituciones. La interpretación española —lo que podríamos llamar el «error Unamuno»— subraya la no existencia de una entidad histórica vasca independiente, afirma el carácter navarrista (no vasco) de Navarra, enfatiza la integración voluntaria de los vascos en la corona de Castilla, destaca su decisiva contribución al desarrollo del Imperio español, recuerda la amplia castellanización lingüística del País Vasco (y la ausencia de textos políticos históricos y de literatura en euskera), ve en los Fueros unas instituciones del antiguo régimen español: hace de los vascos y de lo vasco un elemento constitutivo de lo español.

Ambas tesis son insuficientes. Por decirlo brevemente las tesis aranistas ignoran las dimensiones no étnicas de la cultura y de la historia vascas, desconocen las perspectivas españolas de esa historia, extrapolan y confunden conceptos y argumentos (soberanía, autogobierno, etnicidad, etc.). Las tesis «unamunianas» minimizan la singularidad cultural y lingüística del hecho vasco, eluden plantearse radicalmente la significación política y cultural de la existencia de lo euskaldún, quieren ignorar la realidad del particularismo y del nacionalismo vascos.

Son, repito, tesis insuficientes. Pero es que, además, no son las únicas. En el País Vasco existe —con una larga tradición y una vieja historia— lo que podríamos llamar —echando mano de una expresión que utilicé ya en 1979— una «tercera vía» de interpretación; existe, por tanto, una alternativa a aquella dualidad inconciliable y estéril. Se trataría de una interpretación nunca formulada sistemática y coherentemente, que no coincide con partidos políticos determinados, sino que se expresó a través de tesis más o menos coincidentes —aunque dispersas— de individualidades y grupos de ideología y significación política muy diversas. Y, así, cabría incluir dentro de esa vía a demócratas y liberales (Benito Jamar, Francisco Gascue, Ramón Madariaga, etc.) que, convencidos de la singularidad histórica del pueblo vasco, abogaron por una reintegración de los Fueros —abolidos en 1876— en una autonomía democrática; a las distintas corrientes fueristas —el carlismo no monopolizó el fuerismo vasco: todo el liberalismo vasco del XIX fue fuerista—, que, desde perspectivas o conservadoras o liberales, pero siempre españolistas, defendieron los Fueros desde un rechazo de las medidas asimilistas y centralizadoras adoptadas en 1839 y 1876. Habría que incluir también en ella a sectores del nacionalismo caracterizados por una concepción no exclusivista, flexible, dialogante y abierta de la nacionalidad (Landeta, Ulacia, Gárate, etc.); a historiadores, etnógrafos, filólogos, etc.

—el caso de un Julio Caro Baroja en la postguerra— cuya obra de recuperación de la etnocultura y lengua vascas implicaba también el reconocimiento de la singularidad de los vascos, pero sin atribuir a esa singularidad ninguna significación más allá de la meramente cultural y sin rechazar las tradiciones no euskaldunes que existen en el País Vasco desde que hay rastro histórico de él. Habría, finalmente, que citar el caso de los partidos obreros —socialistas y comunistas— cuyo énfasis en cuestiones laborales y de clase y su oposición decidida al nacionalismo no impidió la aceptación de las aspiraciones autonómicas vascas: el Estatuto de 1936 fue el estatuto de las izquierdas, del Frente Popular —no del Partido Nacionalista Vasco—, obra casi personal del líder socialista, Indalecio Prieto.

Se trata, pues, de una vía que no tiene dificultad en ver lo que de singular y diferenciado puede haber en lo vasco: fundamentalmente, la lengua, algunas instituciones (los Fueros), algunos rasgos de la mentalidad colectiva, ciertas formas de comportamiento y la propia conciencia particularista. Pero que cuestiona y rectifica, radicalmente, muchos de los argumentos diferenciadores y opta por respuestas integradoras y eclécticas: reconocimiento de la personalidad del pueblo vasco pero a partir del reconocimiento paralelo de la insoslayable dimensión peninsular de toda la historia de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, y de la intensa vinculación histórico-cultural de los territorios citados a Castilla y a España; definición del euskera y de la etno-cultura euskaldún como idioma y cultura propios de los vascos, pero ampliación renovadora del concepto de cultura vasca en razón de su dualidad lingüística, su horizonte español, y la diversidad y modernidad de su problemática; afirmación de la identidad euskaldún, pero afirmación también de la identidad española de lo vasco, como expresión ambas identidades de lo que ha venido siendo la personalidad vasca en la historia.

Las consecuencias políticas que de una concepción tal puedan derivarse interesan poco a los efectos de estas líneas (que quieren tener simplemente una función enunciativa). Pero quede expresada la convicción de que la «tercera vía» podría ser el fundamento del compromiso básico que sobre su identidad necesitan los vascos para regular armónicamente su convivencia. Sólo una definición flexible y ecléctica de la personalidad vasca —de la nacionalidad si se quiere—, que recoja la diversidad cultural, étnica, lingüística y política del pueblo vasco —mejor: de la sociedad vasca— puede servir de vínculo integrador de la misma.

VI

Y es que, desde que Sabino Arana formulara la idea de una nacionalidad vasca, desde que acuñara el concepto de Euskadi como patria de los vascos, cristalizaría una realidad de la que surgieron muchas de las dificultades que retrasarían siempre —en los últimos cien años— la solución de lo que convencionalmente se ha llamado problema vasco: la división de los vascos sobre el concepto político, histórico y geográfico de Euskadi; la escisión de la conciencia vasca en torno a la misma idea de nacionalidad. Afirmar o negar la nacionalidad vasca sería desde entonces el gran problema intelectual del País Vasco.

Arana creó un partido político, el PNV, al servicio precisamente de un proyecto inequívoco: la afirmación de la nacionalidad vasca. Que lo hiciera desde perspectivas ultrarreligiosas o xenofóbicas —incompatibles, por eso, con la sensibilidad democrática moderna— importa poco (entre otras cosas, porque el nacionalismo vasco evolucionaría hacia una concepción social, democrática y cristiana de lo vasco, en la que afirmación de la nacionalidad equivaldría a recuperación de lo euskaldún). Lo que importa es que todo el proyecto nacionalista conllevaba, por definición, una visión necesariamente particularista de la propia realidad vasca, una visión que no reconocía la complejidad cultural, polí-

tica, social e histórica del hecho vasco. Al no hacerlo, al reducir lo vasco a lo euskaldún, el PNV nacía como un partido particularista vasco (aunque se trataba de un particularismo cultural y no de clase): podría representar, defender y satisfacer a la comunidad euskaldún, pero nunca a la totalidad de la sociedad vasca. Ni siquiera a la mitad de ella. Porque en el País Vasco contemporáneo no se configurarían sólo dos comunidades, una autóctona y otra inmigrante. El grado de integración de los inmigrantes ha sido en el País Vasco —aunque se acuñaran contra ellos, en ocasiones, calificativos hirientes («maketos», «coreanos», etc.)— comparativamente notable, quizá por el papel que la ética igualitaria del trabajo ha tenido en esa sociedad.

La característica del País Vasco es, como ha quedado dicho, la coexistencia de varias subculturas políticas, con fronteras extremadamente difíciles de trazar. La explicación es que se diferencian por razones muy diversas: étnicas, de clase, ideológicas, geográficas, por su posición ante la idea de nacionalidad, por la mayor o menor euskaldunización del entorno, por su concepción de lo vasco, por el peso de las tradiciones locales, etc. Así, núcleos importantes de la alta burguesía urbana e industrial fueron, desde pronto, conservadores y españolistas y, desde 1975, votarían o a UCD, o a Alianza Popular, o a la Coalición Popular (o se abstendrían); la burguesía industrial y las clases medias urbanas fueron antes de 1936 o nacionalistas o liberal-republicanas y, desde 1975, votarían al PNV y, en menor grado, a opciones más o menos centristas y socialistas. La clase trabajadora autóctona fue haciéndose nacionalista —sobre todo, en Guipúzcoa— y, en la transición, votaría o al PNV o a la izquierda *abertzale* pero también, en ciertos puntos, a los socialistas y a los comunistas. La clase obrera inmigrante votó tradicionalmente —antes del 36— socialista; pero parte de la inmigración de los años 50 y 60 votaría en 1979-83 a los partidos *abertzales*. Ciertas tradiciones locales se perpetuarían, a pesar de las profundas transformaciones sufridas por la sociedad vasca desde 1936-39: en 1975-83, el Partido Socialista seguía teniendo su fuerza, como en 1931-36, en Baracaldo-Sestao, Eibar, Bilbao, San Sebastián-Irún, etc.; en el Bilbao de 1980 había reaparecido aquella triple conciencia española, socialista y nacionalista que le caracterizó antes de 1936; Alava continuaba siendo, después de Franco, mucho menos nacionalista que Vizcaya y Guipúzcoa, exactamente como ocurría antes de Franco; pese al fuerte resurgir del vasquismo desde la década de 1960, las capitales seguían siendo enclaves culturales complejos mucho menos vasquizados que sus provincias.

Es toda esta complejidad lo que no contemplaba ni recogía la idea de nacionalidad de Arana. El problema del nacionalismo vasco es que, ante todo y sobre todo, es, como decía antes, particularista: su concepción euskaldunista de lo vasco, que le es irrenunciable, le condena a subordinar toda su política a lo que es una idea reduccionista de la afirmación de la nacionalidad vasca. Por eso que vaya a ser muy difícil que desde una perspectiva nacionalista, surja la definición del País Vasco que dé explicación cabal de la sociedad vasca moderna y que formule ese núcleo elemental de principios fundamentales que, aceptados por toda la comunidad, permitan su vertebración. Reconocer que el pluralismo es la característica determinante del actual País Vasco equivale a renunciar a construir un País Vasco como una comunidad orgánica y unitaria, basada en fuertes vínculos de lengua y etnicidad cultural.

Y, sin embargo, el pluralismo es el elemento definidor de la identidad del País Vasco industrial, urbanizado y moderno, surgido de la revolución industrial posterior a 1876. Como tantas veces se ha dicho más arriba, el País Vasco es una sociedad plural, segmentada, diversa y heterogénea. Negarlo es o ignorancia involuntaria o falsificación deliberada. Se necesita, por tanto, profundizar en el análisis de la naturaleza y funcionamiento de las sociedades plurales y discutir al menos lo que eso significa. Hay dos puntos que no pueden soslayarse: 1) que la estabilidad y funcionamiento de una sociedad plural exigen la conciliación e integración de la diversidad que la caracteriza; 2) que pluralismo

cultural y democracia política son consustanciales; pluralidad equivale a sociedad libre. En otras palabras, las sociedades plurales necesitan lo que Lijphart definió como un modelo de «democracia consociacional» y que, en razón de tan horrendo adjetivo, sería mejor llamar «democracia integradora». La estructura actual del País Vasco exigiría, por tanto, políticas de integración, de equilibrio entre las distintas subculturas y minorías, políticas de conciliación, de superación de exclusivismos, políticas abiertas, de consenso, que excluyan las imposiciones unilaterales y sectarias de conceptos y proyectos político-culturales exclusivistas. Por eso que dijera antes que sólo una definición flexible y ecléctica de la personalidad vasca, una definición que recoja la pluralidad cultural de la sociedad vasca, puede servir de fundamento de sus instituciones políticas. El caso es que los elementos para una tal definición existen; han ido elaborándose al hilo de la propia historia contemporánea del País Vasco. El concepto de Euskadi ha variado sensiblemente desde Sabino Arana. Después de lo ocurrido entre 1939 y 1975, no cabría ya la asimilación entre particularismo vasco y tradicionalismo político (bien carlista, bien nacionalista), o entre pueblo vasco y religiosidad montaraz y fanatizada, en que incurrieron liberales y demócratas hasta prácticamente la guerra civil. Pese a la irritación que todo lo vasco produzca —debido fundamentalmente al terrorismo de ETA y a las vacilaciones del PNV—, el viraje que en su día se produjo hacia una valoración positiva de las peculiaridades de las culturas «históricas» españolas —la vasca, la catalana, la gallega— parece haber sido irreversible. La democracia española, al menos, acabaría por concebir España como una pluralidad de pueblos y culturas. Para esa democracia, Euskadi quiere decir una entidad democrática vasca dentro de una España constitucional y descentralizada. No será la patria de los vascos que quería Arana; pero es un proyecto vasco de autogobierno que garantiza la supervivencia de unas instituciones políticas vascas propias y distintas.

En ese punto, por tanto, se ha ido lejos. Falta aún por elaborar el nuevo concepto de identidad vasca que responda a la realidad social y cultural del País Vasco contemporáneo. En estas líneas se abogaba precisamente por una nueva definición que recogiese las nociones de pluralidad, diversidad y modernidad; se apostaba en ellas por una idea plural, crítica y abierta de lo vasco, por un ensanchamiento decidido de los conceptos de identidad y cultura vascas. Y eso por una razón fundamental, reiteradamente expuesta: por haber creído descubrir que el pluralismo es el hecho capital del País Vasco contemporáneo.

El nacionalismo tiene miedo a una nueva definición de lo vasco no particularista. Se equivoca. Los pueblos mantienen su personalidad histórica precisamente en la medida que crean una cultura dinámica y moderna, porque ésta es la única que puede proyectarlos hacia el futuro. La identidad cultural de un pueblo no puede entenderse estáticamente ni vincularse exclusiva ni excluyentemente a un reducido número de rasgos culturales singulares: menos aún, cuando ese pueblo se ha constituido en una sociedad dinámica y diversificada. Una cultura está petrificada en el pasado, marginada y en vías de extinción cuando sólo se ocupan de ella o la arqueología o la antropología. Y, al contrario, los pueblos están tanto más vivos —y más seguros de su conciencia e identidad— cuanto mayor es la diversidad y pluralidad de su cultura, cuanto mayor es la influencia de su producción intelectual sobre la vida cultural de su tiempo. Esa vitalidad sólo lo logrará el País Vasco si asume, con todas sus consecuencias, la naturaleza radicalmente pluralista, de su personalidad.

FONDO DOCUMENTAL

La Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

BIBLIOTECA

Estamos especializados en materiales de tema social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

HEMEROTECA

Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido o sindical, anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestina.

Más de 1.500 revistas y periódicos.

ARCHIVO

Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo, recopilados, sistematizados y conservados.

Más de 50.000 documentos.

- SALA DE LECTURA
- SERVICIO DE FOTOCOPIAS
- PROXIMAMENTE MICROFILM

HORARIO:
Mañanas, de 10 a 2
Tardes, de 4 a 8 Lunes a Viernes
MONTE ESQUINZA, 30, 3.º Dcha.
MADRID-4 - TEL. 410 28 39

Hacemos una invitación a todas las personas que tienen algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito, y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia. Gracias.

Fundación Pablo Iglesias

EL SISTEMA NACIONAL Y LA LUCHA CONTRA LA VIOLENCIA

José Ramón Recalde

análisis y debate



2

Es más difícil construir la nación que proclamarla. K. W. Deutsch nos advierte que «los partidos y líderes nacionalistas... han tendido a tener mejor éxito en las etapas de la protesta nacional que en las tareas de la construcción nacional»¹. Ese tipo de reflexión, que podría generalizarse en tantos casos (pensemos, como un ejemplo, en la pérdida de impulso nacional que se produce tras el triunfo del F.L.N. argelino), lleva a explicarnos la repetición compulsiva de gestos políticos por parte de los que intentan negar la tarea abierta de construcción nacional, una vez que la nación ha sido ya afirmada como conciencia de identidad, como participación popular y como logro político autónomo. La construcción nacional que queda abierta consiste en llenar de contenido, en el cotidiano trabajo social, a esa identidad común, a esa participación del pueblo y a esas instituciones autónomas. Porque, del mismo modo que el surgimiento de las naciones opera sobre edificaciones culturales, políticas o económicas anteriores —pueden ser una lengua, un Estado, un mercado unificados—, las naciones son el cauce de una práctica social que quedará abierta a sistemas más participativos. Una nación lograda es una conciencia de

identidad, una participación popular, una regla de autogobierno; pero los hombres que se identifican como colectivo, que asumen su función activa en la economía, en la cultura, en la sociedad y en el Estado, no conciben esto como una meta, sino como un cuadro nuevo de convivencia: la nación, como quehacer, supone la búsqueda de un cuadro consistente de legitimidad; esto exige que sean propuestos a la aceptación general modelos de redistribución de plusvalía, de reparto de los bienes sociales y culturales, de participación popular y de instituciones democráticas de orden y de libertades. Un quehacer que exige modelos quiere decir que, precisamente porque la nación es el trabajo de un pueblo autoidentificado, participativo y autogobernado, la construcción nacional no puede independizarse de la justificación nacional. Pero no hay justificación racional de la nación si no se corresponde con un sistema de apertura a la igualdad de oportunidades políticas, culturales, sociales y económicas. Como tampoco hay justificación racional de la nación si, en el orden internacional, una nación coloca su propio derecho sobre el de la solidaridad entre las naciones. A esta búsqueda de un quehacer con modelo es a lo que se refiere Habermas cuando expresa que «las sociedades del capitalismo tardío padecen apremios legitimatorios»².

La difícil solución del conflicto nacional español-vasco se revela hoy, tanto por medio de la repetida negación de que la nación está ya proclamada, cuanto por la inseguridad en el momento de emprender la construcción nacional con un modelo coherente de legitimidad.

Un sistema en equilibrio inestable

El conflicto nacional español-vasco surge como resultado de la intersección de dos procesos nacionales: el proceso lento español, que entra en crisis en el siglo XIX, y el proceso rápido vasco, que se plantea a partir de la industrialización. El difícil equilibrio al que se ha llegado es el de estructurar un sistema nacional que consiste: en primer lugar, en encontrar suficientes tendencias armónicas como para posibilitar, en la relación España-Euskadi³, dos conciencias nacionales concéntricas, y en la relación entre las colectividades dentro de Euskadi, una conciencia nacional de integración; en segundo lugar, en establecer un cauce político y social de participación popular, tanto en el ámbito español como en el vasco; en tercer lugar, en institucionalizar un orden político en el que el ámbito de competencias autonómicas del Estado, además de permitir el ejercicio del autogobierno nacional vasco, sea pieza de la Constitución del Estado.

Este sistema nacional es un cuadro colectivo de funcionamiento. No se corresponde exactamente ni al modo de pensar de cada uno de los ciudadanos para los que se construye, ni al modo de actuar concreto de los responsables del poder o de la administración. Las conciencias concéntricas —la de que Euskadi es una nación dentro de una nación— no tiene por qué ser la conciencia individual de cada uno de los vascos, o de cada uno de los españoles: basta con que el sistema nacional permita integrar pacíficamente a ambas. Del mismo modo, el orden político se mantiene porque tiene suficiente efectividad de poder y suficiente validez normativa como para resolver los conflictos y corregir las desviaciones, aunque desde el poder central o desde el autonómico se le pongan resistencias.

Otra cosa sucede, sin embargo, con las tendencias de desajuste que niegan este sistema nacional. Tales tendencias son las correspondientes al modo habitual como se han planteado los nacionalismos. Herederos de una concepción del Estado como desembocadura normal de la nación, un conflicto entre naciones sobre un mismo pueblo y un mismo territorio —para una, pueblo y territorio nacionales; para otra, pueblo y territorio partes de la nación indivisible— sólo podría resolverse por la negación mutua; el derecho al Estado nacería así de esa esencia nacional que el romanticismo tardío manejó,

tanto para reivindicar patrias y Estados, como para propiciar la regeneración de las viejas unidades históricas. En el conflicto nacional español-vasco la idea del Estado español, como esfera soberana de poder no compartido, llevó a gestar una ideología nacionalista que, del descubrimiento de una esencia hispana en la tradición y en la religión, se encarnó luego en el mito de la España frente a la anti-España y acabó en la agresión de la guerra y del franquismo. Por parte nacionalista vasca, la pretensión estatalista debía, lógicamente, atemperarse, por pragmatismo. Si se pretende un Estado, éste ha de ser viable y, mientras no lo sea, las clases conservadoras que dirigen el movimiento nacionalista desdoblan su ideología: por un lado, en muchos estaría la ideología como expresión de un deseo —la independencia—; por otro, la ideología como expresión de una decisión —la autonomía—. Pero la nación vasca se afirma, desde el mismo poso neorromántico que la española, por referencia a la tradición, al idioma, a las viejas costumbres: algo que corresponde y prima sólo a una parte del pueblo, que compone la comunidad vasca modernizada, y no a todo él.

Estatalismo, esencialismo y etnocentrismo, tentaciones tan generalizadas de los nacionalismos, son los factores de disgregación que han dificultado la composición del actual sistema nacional y que todavía perduran.

La pretensión de eficacia en la lucha contra la violencia

Por eso podemos señalar que la violencia, como respuesta compulsiva que niega la validez del sistema nacional establecido, sólo secundariamente es causa del desajuste en la construcción nacional. Es, antes que ello, manifestación del mismo. No la única manifestación, aunque sí la extrema. Con la misma lógica estatalista que ha servido de base a la «ideología-deseo» del nacionalismo vasco, pero renunciando al pragmatismo de la «ideología-decisión», la violencia de ETA pretende la ruptura del sistema nacional que resuelve el conflicto español-vasco. Y la misma pretensión tiene la lógica del golpe militar, que en este sentido se presenta como simétrica a la anterior.

Analizada como causa y no como manifestación del desajuste, la violencia de ETA produce el efecto de actuar como provocadora del extremismo contrario. La violencia no pone en grave riesgo el sistema, por sí misma, sino por su provocación a la fuerza autoritaria contraria. El sistema nacional se tambalea, no por la capacidad de los que lo atacan de frente, sino por la energía que es capaz de poner en marcha entre sectores nacionalistas centralistas.

De ahí se deduce la aparente coherencia de la respuesta precipitada que consiste en decidir que la violencia, considerada como incremento del desajuste, debe ser atacada de raíz, sin tener en cuenta su condición de manifestación de un fenómeno más general. Según esta lógica, las medidas políticas, si en un plazo corto no demuestran su efectividad, pueden tornarse en contraproducentes; contribuyen, por una parte, a mostrar la ineficacia del sistema y, por otra, a irritar a los sectores contrarios. Esta opción se limita a considerar a la violencia como hecho antijurídico —crimen contra las personas y delito contra el Estado— que hay que reprimir y como peligro político que hay que dominar. Y como el peligro político mayor no es el daño que ETA causa a la democracia sino el que puede causar la respuesta provocada por ETA, a evitar esta respuesta se concentran los esfuerzos. Se adoptan así medidas de fuerza y se llegan a tolerar actos de represión —torturas o tolerancia ante la «guerra sucia»— sin que interese el impacto de estos actos sobre el campo social de apoyo de ETA.

Pero, estudiada la violencia como algo más que causa de desajuste del sistema nacional, estudiada como manifestación del mismo, la inercia del nacionalismo exclusivista

afecta también a otros sectores que no utilizan, sin embargo, la violencia: campos políticos de ideología nacional extrema, españolista o vasquista, para quienes el sistema propuesto va en contra de su nacionalismo radical. Y de modo más ambiguo, opciones políticas que, aceptando formalmente el binomio Constitución-Estatuto, proyectan no obstante un modelo político difícilmente conciliable con la efectividad del mismo. Estas dos actitudes —la extrema y la ambigua— han de ser consideradas en función de la violencia.

La primera constituye su orla de apoyo o de disculpa. Repetidas veces se ha afirmado que el verdadero termómetro que mide la gravedad política de la violencia de ETA no reside tanto en ella misma, cuanto en el campo político de apoyo o disculpa, y que su muestra más significativa es el voto a Herri Batasuna. Por eso es una opción peligrosa separar la violencia del contexto político que la sostiene.

La encrucijada del Gobierno constitucional está en decidir entre dos vías de actuación: o fortalecer las medidas autoritarias, para salvar el sistema, disminuyendo el riesgo de respuesta antidemocrática de los poderes centralistas, o manejar con prudencia los resortes democráticos y autonómicos, de modo que la orla de apoyo de ETA vaya perdiendo importancia. Provocar la derrota de ETA, sea como sea ⁴, aún a riesgo de enquistar el problema nacional del País Vasco, porque en otro caso corre peligro el sistema nacional democrático; o entender que la definitiva derrota de ETA se producirá cuando la aceptación del sistema nacional progrese, a costa de las actuales orlas de apoyo o disculpa y por pérdida de ambigüedad en otros medios sociales.

El argumento de la eficacia es muy difícil de desarrollar en relación con esta opción. No sería lo mismo decidir si pensáramos que la pretendida guerra de ETA puede ser ganada por ella (no haremos siquiera referencia, de entrada, a distancias históricas no programables políticamente, que sólo son proyecciones de deseos o ensoñaciones: guerras de treinta o de cien años). Por el contrario pensamos que ETA no le gana por sí misma la batalla al Estado. La eficacia, para el Estado, está en decidir si el efecto positivo directo de la lucha, sea como sea, contra ETA, va a ser superior al negativo inducido sobre la sociedad vasca ⁵, aun cuando sepamos que no va a provocar como efecto inducido el triunfo de ETA. En estos términos entiendo que es bastante verosímil que la represión, sea como sea, del Estado, produzca una pérdida de fuerza de ETA, sin aumento significativo en su apoyo social. Comprendo que esta segunda consecuencia no es evidente y que muchos utilizan el dato de experiencia de que, en otros momentos, el recrudecimiento indiscriminado de la represión ha fortalecido el apoyo social a ETA. Tiendo a pensar que en este caso no se produciría, porque estimo que en la sociedad vasca ha aumentado significativamente la actitud de cansancio y de rechazo de la violencia e, incluso, el sentimiento de agresividad contra los que la practican. Pero, aunque su base social no aumente significativamente, esta represión del Estado va a producir un enquistamiento del problema, lo cual, desde el punto de vista del establecimiento del sistema nacional, es extremadamente grave. Salvar la democracia exige hacer aceptable el sistema nacional contribuyendo a crear consentimiento en el mismo. No sólo se trata de que es fundamental que el voto de apoyo o de disculpa disminuya; se trata, además, de que las opciones políticas de apoyo o disculpa no vayan petrificándose. Las «distancias históricas», ese proyectar la lucha nacional a períodos largos, que en un principio no tomábamos en consideración, serían justificaciones ideológicas para mantener quistes de conflictividad.

Este es el momento de introducir en nuestro análisis aquella otra actitud que, para distinguirla de la «extrema», la denominábamos «ambigua»; esas opciones políticas que, aunque aceptan formalmente el binomio Constitución-Estatuto, proyectan no obstante un modelo político difícilmente conciliable con la efectividad del mismo. Este es un viñoso campo en el que todos podemos caer porque simplemente quiere decir que el siste-

ma nacional está todavía en equilibrio inestable. Unos a otros se hacen blanco de reproches que, en el fondo, descubren cómo las tendencias de los nacionalismos antagónicos ponen trabas a las de constitución de un sistema nacional. Está claro que este equilibrio inestable ha de ir corrigiéndose precisamente con la lucha política y democrática y que nadie tiene el certificado de verdad en su interpretación del conflicto. Pero que un partido niegue la condición nacional de ciertas comunidades autónomas (como la vasca), o que otro niegue la de la comunidad global, revela, por encima del limitado alcance de un problema semántico, una actitud de intolerancia. Estos problemas pueden hacerse jurídicos o políticos cuando la derecha española, con la coartada del peligro golpista, plantea en su programa la reforma del Título VIII de la Constitución (autonomías) o cuando el Partido Nacionalista sigue recordando su abstención a la Constitución como argumento para colocar prácticamente el Estatuto como norma suprema de pacto, o condiciona su pleno alineamiento práctico contra la violencia al hecho de que se acepte su propia interpretación de la relación autonómica.

Algunos piensan, no obstante, que la estrategia alternativa a la de la presión coactiva del Gobierno es la de capitular ante el Partido Nacionalista. Tiene también cierta coherencia esta postura: cedemos a la dirección repetidamente conseguida por este grupo; aceptemos esta dirección como hegemonía; pleguémonos, por tanto, a su modelo autonómico y esperemos de ahí el desmantelamiento del grupo armado. El fallo se descubre, no obstante, si entendemos que la política es algo más que mero arbitrio. Tres objeciones se oponen a esta conclusión. La primera es que, aun cuando desde el Gobierno se optara por esta vía, la consecuencia inducida en el otro extremo de las ideologías enfrentadas en el sistema nacional iba a ser el agravamiento de las posiciones, la intolerancia y el riesgo de ruptura del propio sistema. La segunda que, en sí misma, no es fácil confiar en que este grupo tenga voluntad política de contribuir a fortalecer el sistema nacional español-vasco. La tercera que supone, por el oportunismo de objetivos inmediatos, abandonar la propia estrategia de una política nacional de la izquierda.

Las decisiones del Gobierno, frente al hecho de la violencia, habrán de contar con este complejo conjunto de problemas. Si, por temor a las reacciones autoritarias centralistas, carga la mano represora, puede enquistar los problemas nacionales; si, por privar a los violentos de su apoyo social, cede a la hegemonía del Partido Nacionalista, puede provocar el efecto contrario de endurecer las actitudes divergentes entre nacionalismo centralista y autonómico.

El estrecho campo de maniobra que le queda al Gobierno debe superar la falsa oposición entre medidas políticas y medidas policiales en que tanto el Gobierno central como el autonómico han entrado. La verdadera oposición se produce entre medidas constitucionales y anticonstitucionales. No puede extrañar que un gobierno ejerza la función elemental de investigación, de prevención y de represión del delito, así como la gestión para que los gobiernos extranjeros tomen medidas contra la organización y la financiación de la violencia, dentro de sus fronteras. Pero ha de pensarse, también, en que la difusión de la conciencia de paz en el medio social, la reconducción del violento a los medios políticos democráticos y la adopción de una estrategia autonómica que llene de contenido el sistema son medios políticos que contribuyen a vencer a la violencia.

El error consiste en dirigir estos medios políticos en sentido contrario al buscado. Esto ocurre cuando las pretendidas conversaciones de paz aceptan, de hecho, la estrategia de la guerra, colocando en igualdad al Gobierno —central o autonómico— y a los que lo combaten —ETA—; esta aceptación de la lógica del contrario, aparte de no fortalecer al interlocutor que está buscando la capitulación de la otra parte, puede causar efectos contraproducentes en los sectores extremos de nacionalismo centralista. E igualmente la estrategia autonómica debe abrirse camino creador de un sistema nacional que funcione; si

antes hemos denunciado el peligro de aceptar el modelo autonómico del Partido Nacionalista Vasco por razones externas a sus virtudes —por fortalecer su imagen rectora del proceso vasco—, hay que hacer observar que, por parte del Gobierno, no existe propiamente una estrategia autonómica coherente y funcional para el sistema; la muestra de ello no lo da el hecho de que el Gobierno haya propiciado la LOAPA —lo cual es, en principio, una actitud política— sino el que, tras la anticonstitucionalidad declarada de esta ley, se empecine en no elaborar una política alternativa desde la mayoría central, que proponer a su propio electorado español y vasco, y que pactar con la estrategia del Gobierno autónomo.

Estudiar cuál es la vía más eficaz para acabar con la violencia de ETA nos ha llevado a algunas conclusiones que no será fácil hacer participar a la generalidad. Hemos partido de la base de que los efectos prácticos directos de una actuación coactiva del Gobierno, con tolerancia ante actividades anticonstitucionales y sin recurso a conversaciones políticas, iban a ser menores que los efectos inducidos de enquistamiento del problema y de no aceptación del sistema nacional. Pero está claro que muchos piensan hoy que esa actuación coactiva es la única que podrá preservar la supervivencia del sistema y que será eficaz para vencer a ETA y que los efectos contrarios inducidos, sin ETA detrás, serán más fácilmente dominables. Los que piensan así juzgarán más práctica esta actuación coactiva y nosotros no tenemos serios argumentos, sino más bien razones intuitivas, para convencerles de lo contrario. Por otra parte, hemos concluido en que plegarse a la dirección hegemónica del Partido Nacionalista y aceptar su lógica del armisticio es peor que mantener por el partido del Gobierno central una estrategia autonómica alternativa, que componer con la del partido del Gobierno autonómico, y que extender en el medio social la conciencia de paz y el rechazo de la estrategia bélica. Pero está claro que muchos piensan hoy que, sin rendirse a la hegemonía del PNV, ETA no podrá ser controlada y que los factores de disgregación del sistema nacional que comporta este rendimiento podrán ser reedificados en el futuro. Y de nuevo no hay más que razones intuitivas para convencerles de estas tesis.

Podredumbre del modelo legítimo

Es preciso, en este momento, señalar la debilidad de las tesis que se plantean tras el argumento utilitario, cuando el juicio sobre la utilidad es tan impreciso y depende de tantos factores cuyo comportamiento no podemos prever. Pero si hemos insistido en esta argumentación es porque, desde posiciones igualmente intuitivas, el argumento de utilidad parece que es el único que unos y otros plantean. Incluso asistimos hoy a una degradación en la argumentación de personas seriamente comprometidas con el mantenimiento de los derechos humanos y que emplean, como básico argumento en favor del escrupuloso funcionamiento del Gobierno, el de que, en otro caso, ETA resultará fortalecida. Pues bien, no está tan claro. Yo no creo que, cargando la mano represora, ETA resulte fortalecida, sino que el problema quedará enquistado. Pero tampoco estoy tan seguro. También pienso que puedo estar equivocado y que ETA, bien resulte fortalecida —argumento utilitario de los defensores de los derechos humanos—, bien resulte seriamente dañada —argumento utilitario de los que propugnan esta acción—. Esto es una previsión sobre lo que será, no sobre lo que deba ser.

La conclusión provisional a la que quiero llegar es la de que los juicios a los que hemos llegado hasta ahora no tienen más alcance que el de cuáles son las normas técnicas más oportunas para alcanzar ciertos objetivos. Las hemos establecido y hemos reconocido su carácter impreciso e intuitivo.

A partir de ahora será preciso valorar éticamente la actuación a seguir. A la política como técnica habrá que superponer la política como ética.

Un sistema nacional tiene que asegurarse una legitimidad. Esto supone que, como cualquier sistema político, tiene que cimentarse sobre el consentimiento y sobre la realización de ciertos valores que los miembros del sistema juzgan prioritarios. En consecuencia, el sistema nacional tiene que ser, desde luego, eficaz. Pero la eficacia no puede ser medida por la cantidad global de beneficios, menos la cantidad global de inconvenientes, que su práctica comporta. Su eficacia es la de asegurar la utilidad mayor compatible con el respeto a los principios básicos que han hecho posible el consentimiento de los individuos que componen el sistema.

El sistema nacional que se ha logrado en la relación nación española-naciones autónomas (u otras comunidades) tiene unos mínimos de legitimidad establecidos en el mantenimiento de un orden constitucional-estatutario, de derechos individuales y de representación democrática. A su vez, la legitimidad deberá desplegar su contenido en una redistribución de plusvalía y de bienes sociales y en el desarrollo de la igualdad de oportunidades.

Consideremos ahora políticamente este campo de legitimidad. Por de pronto, un sistema político no puede ser juzgado por la lógica del todo o nada de modo que, o es impecable con respecto de sus principios de legitimidad, o deja de ser legítimo. El sistema se ordena en un campo normativo y la transgresión, o no cumplimiento, de algunas de sus normas, no le priva de legitimidad. Incluso habría que reflexionar que la legitimidad no puede separarse de un cierto criterio comparativo, de modo que un sistema, dentro de ciertos límites, estaría legitimado cuando la alternativa sea menos legítima. El otro criterio cuantitativo sería el de que un sistema se legitima cuando se va afirmando como tal en relación con su propia operatividad. Todo esto nos da el nivel relativo de la justicia de un sistema no perfecto, esto es, parcialmente injusto. Fallos en el establecimiento del marco constitucional-autonómico, en la aplicación de los derechos humanos o en la representatividad democrática, o insuficiencias en el sistema redistributivo, no descalifican por sí solos al sistema y mucho menos legitiman la respuesta violenta contra el mismo.

Por otra parte, no es lo mismo el fallo al marco general del sistema constitucional-autonómico, al de los derechos individuales o al del principio democrático, que los que afecten a la estructuración concreta de los derechos enmarcados o al criterio de redistribución de plusvalía y de bienes sociales. Negar el orden estatutario, por ejemplo, o el derecho a la vida y a la integridad corporal, son conculcaciones más visibles al sistema, que la propia Constitución fiscaliza y que son pieza básica del consenso político. Tener un modelo diferente del propio en materia del campo de aplicación de las leyes básicas o de distribución de competencias, o bien en materia de la legislación fiscal, de la reconversión industrial o de nacionalizaciones es algo que, en el cuadro del consenso, se deja al debate político democrático, aunque sea lícito que en la batalla ideológica pueda ser denunciado como la perduración de la explotación de clases incluso dentro del Estado democrático. No es lo mismo, por tanto, la denuncia ético-política de la falta de legitimidad del sistema que la justificación de la subversión contra el mismo; por el contrario, es la vía constitucional, jurídico-política, la que está abierta.

Ahora bien, no cabe duda de que un Gobierno que, para luchar contra la violencia, introduzca prácticas autoritarias que van en contra de los principios de justicia en que sostiene su propia legitimidad, tanto por acción como por omisión —tortura o tolerancia frente a secuestros o asesinatos—, está degradando su propio modelo de Estado. Por eso, con independencia de la efectividad de tales medidas —que puede ser positiva, nula o negativa—, existe una contradicción entre las mismas y el modelo de poder legítimo

desde el que se ejercen. Ya hemos dicho que el modelo de orden de libertades y de democracia es cuantitativo pero cuando el Estado entra por esta vía pudre su propia imagen. Y cuando el factor de podredumbre existe porque el Estado tolera, junto a su fuerza, otra fuerza, podemos replantear en otros términos el argumento de la adecuación del medio empleado: con independencia de su acción sobre ETA, este medio es contradictorio con el fin que persigue, que es la afirmación de un orden legítimo.

Una reflexión última hace planear una profunda sombra sobre el tema que estamos analizando. ¿Y si en definitiva estamos descubriendo que los órdenes democráticos de derecho son todavía mucho menos viables de lo que pensábamos? Ya sabemos cómo una sobreexplotación económica, una situación de miseria o de incultura pueden colocar los objetivos de desalienación con carácter prioritario frente a ciertas libertades que son base de los órdenes democráticos. ¿Querría decir que, además, tales órdenes son tan frágiles que basta que un grupo minoritario diga que le declara la guerra para que la sinrazón de la guerra tenga que ser aceptada por el mismo Estado? En este caso, aun con ETA derrotada, su lógica se habría impuesto.

¹ K. W. Deutsch: *Nationalism and social communication. An enquiry into the Foundations et nationality.* Mass., M.I.T. Press. 1969. Pág. 192.

² J. Habermas: *La reconstrucción del materialismo histórico.* Ed. Taurus. Madrid. 1981. Pág. 287.

³ Al igual que en otros casos de conflicto nacional español y autonómico.

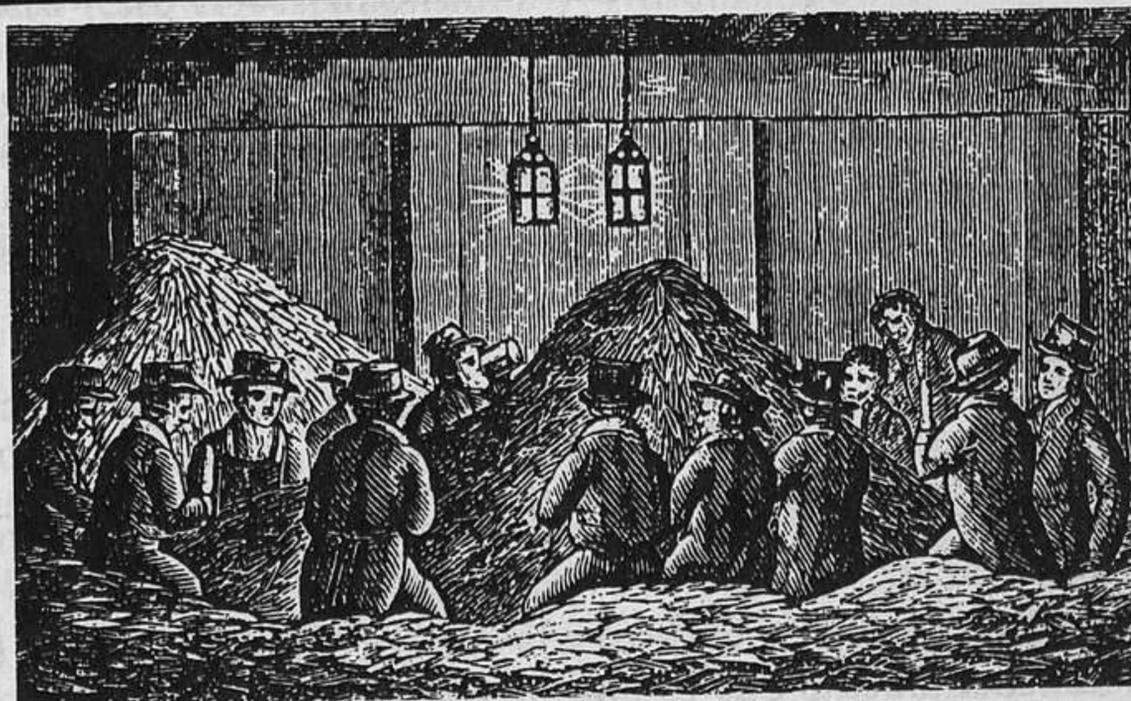
⁴ Por «sea como sea» entenderemos en adelante el recrudecimiento de las medidas coactivas legales y, por lo menos, la falta de vigilancia y de represión de las ilegales: tortura, «guerra sucia»...

⁵ No planteo todavía la crítica central contra los argumentos de eficacia que serán expuestos en otra parte de este trabajo. Conviene adelantar, sin embargo, que la legitimidad política ha de hacerse depender, como dice John Rawls, del consentimiento en el sistema y no del utilitarismo, como juicio de conjunto. O, por decirlo de otro modo, el funcionamiento pierde utilidad si no contribuye al mantenimiento del modelo.

POR UNA ALTERNATIVA CULTURAL Y POLITICA

Juan José Solozábal

análisis y debate



3

La experiencia de lo que para el pueblo vasco está suponiendo la hegemonía política del nacionalismo vasco, puede servir de ocasión para intentar suministrar otra alternativa global a su política que habría de estar liderada, aunque no protagonizada en exclusiva, por los socialistas vascos.

Conviene señalar que esta alternativa no se define, ni exclusiva ni fundamentalmente, por la posición respectiva del nacionalismo vasco. Desde esta perspectiva no es, no puede ser en modo alguno, una opción antinacionalista, aunque la disposición de bases propias ha de configurarla claramente, según decíamos, como la alternativa fundamental política vasca no nacionalista.

La primera característica fundamental del nuevo proyecto político —y única que aquí vamos a tratar—, es la claridad de su concepción sobre la identidad básica de Euskadi y su realidad histórica y cultural, que tiene importantes implicaciones políticas.

Euskadi es un pueblo o nacionalidad cuya identidad ha comprendido, en síntesis enriquecedora, tanto genuinas manifestaciones culturales euskaldunes, ligadas básicamente a una estructura agrícola, artesanal y pesquera, y que se han venido expresando en *euskera*; cuantos modos de vida, que podríamos calificar de no específicos, más ligados a la actividad comercial e industrial, compartidos en buena parte con otros pueblos españoles y que, predominantemente, se han expresado en castellano.

Esta constante dualidad ha producido muchas de las tensiones que han caracterizado a nuestra moderna historia y está, sin duda, en la raíz de la quiebra foral y de la posterior situación de inferioridad y desprotección de la cultura autóctona vasca.

La reformulación, o la nueva versión del equilibrio entre la versión actualizada de estas tensiones, exige prestar atención, bien que brevemente, a dos rasgos del contexto en que su conflicto tuvo lugar: a) En primer lugar *la inevitabilidad de la crisis de la sociedad tradicional vasca*, producida fundamentalmente como consecuencia de la operación de causas internas: incapacidad del sistema político para afrontar las necesidades de la nueva situación en plena expansión económica y que demandaba la apertura al mercado nacional español (crisis foral). La industrialización supuso la llegada al país de un importante componente inmigratorio que plantearía importantes problemas culturales. La gravedad de la crisis —sustitución de la planta tradicional de la sociedad vasca, en lo social y lo político— se acentuó debido al modelo centralista de la paralela modernización española, entendida, por tanto, no según pautas federalizantes o autonomistas; y por cierta incompreensión, explicable en parte, del socialismo histórico ante el «tema» vasco. b) En segundo lugar, ha de recordarse la *aptitud fundamental secular* de la planta política española, la monarquía, para acoger y salvaguardar en el conjunto de los pueblos hispanos la peculiar estructura política vasca, hasta el punto de que crisis políticas de relevancia sólo se producen, con respecto al sistema político general español, tras la segunda guerra carlista y, después, como consecuencia de reclamaciones y planteamientos nacionalistas.

De modo que una comprensión adecuada de la complejidad histórica estructural vasca exige prestar atención a la operación de todos sus factores, rechazando los clichés-tópicos de cualquier presentación unilateral como la que se acostumbra a hacer desde el integrismo nacionalista y que insiste:

— en atribuir la condición exclusiva de vasca a la cultura que se expresa en *euskera* y que entronca todo lo inmediatamente que es posible con la arcadia rural vasca.

— en desconocer los factores internos de la crisis de la sociedad tradicional vasca (y de sus manifestaciones jurídico-políticas y culturales: fueros, lenguas, etc.) de modo que se cifra en el designio jacobino-liberal y, por ende, anticatólico, la causa que acabó con la planta política de Euskalerría, cuyo equilibrio institucional, de otra parte, por desconocimiento o intencionadamente, se ignora.

— en descuidar la significación en la vida vasca (pues vascos son, fuera de toda mística trascendalista y manipulable, quienes viven, trabajan y aman a Euskadi), de la aportación humana, económica, cultural de los llegados de otros pueblos de España.

La aceptación de la complejidad y riqueza de la cultura y la sociedad vascas, con su trasposición evidente al plano político, constituye la radical afirmación de nuestro proyecto. Se trata de reequilibrar las dos manifestaciones culturales vascas y redefinir lo que ha sido el tradicional marco político vasco (nuestro modo de ser político), en la nueva situación.

La afirmación del componente cultural dual como estructura de la formación social de Euskadi supone:

1. Rechazar como radicalmente empobrecedora toda manifestación que margine, discrimine, ignore o menosprecie a cualquiera de sus componentes.
2. Rechazar como discriminatoria cualquier fórmula que ignore el derecho al pleno reconocimiento social de cualquiera de las dos modalidades culturales.
3. Oponerse a todos los niveles —sin desconocer las posibilidades jurídicas de los recursos de amparo ante el Tribunal Constitucional o los de inconstitucionalidad o ilegalidad—, a cualquier discriminación que en el mercado del trabajo se produzca por esta causa, sin olvidar la necesidad de que los servicios del Estado y de la Comunidad Autónoma garanticen en el territorio vasco la atención en las dos lenguas a quienes puedan solicitarlo.
4. Reclamar como igualmente vasca la tradición cultural y política que incorpora a Baroja y a Iparraguirre; Unamuno y Azcue; Hermes y el Liberal.
5. Oponerse a la utilización política de cualquiera de las dos manifestaciones de la cultura vasca (esto es «españolismo» y «vasquismo»).
6. Reconocer las relaciones fraternales y nutricias con la cultura en castellano y española (aquella como vehículo común con los otros pueblos hispánicos, de España y América; y ésta como conjunto de lo que se hace en todos los pueblos integrantes de la nación española).

II

La dimensión política correspondiente a esta afirmación de la personalidad compleja de Euskadi no puede ser más importante y comprende, en primer lugar, la aceptación explícita del marco autonómico como la más adecuada correspondencia política de la personalidad de Euskadi dentro de la nación y el Estado españoles; y el rechazo también explícito y terminante, del nacionalismo estatalista o independentista. Nuestra definición autonomista implica, en primer lugar, reconocer el Estatuto, no como la realización frustrada de la vocación nacional de Euskadi, esto es su forma históricamente posible; ni, mucho menos, como un estadio intermedio o provisional hacia el destino estatal; sino como el marco organizacional dentro del cual pueden realizarse todas las posibilidades nacionales, culturales y políticas, de su pleno desarrollo como pueblo.

La defensa de la opción autonomista desde nuestra perspectiva debe hacerse exigiendo una actuación de la misma que, a partir de una lectura federalizante de la Constitución y del Estatuto, vaya imponiendo una concepción del autogobierno vasco que resalte no sólo los aspectos particularistas —o el área propiamente autonomista—, sino la dimensión participatoria de Euskadi como tal en la determinación de la voluntad del Estado.

De modo que el autogobierno vasco sea la resultante no sólo de la dejación del Gobierno central de áreas de decisión en manos del Gobierno de Euskadi; sino de la intervención de éste en cuanto tal en la determinación de la política general española.

Proceso que se debe completar a través de una adecuada presentación de lo vasco, de acuerdo con la concepción plural que hemos expuesto, en la realidad cultural y política española, a la que a veces sólo llegan ecos muy distorsionados de la vida de Euskadi.

Esta lectura «federal» del autogobierno vasco, que entre otras cosas acabaría con la exacerbación artificiosa, la dialéctica nacionalista de «Madrid» y «nosotros», debe completarse con una versión auténticamente solidaria de la autonomía.

No cuesta mucho razonar la importancia de la solidaridad con el resto de los pueblos de España. Es hora de decir —en un análisis riguroso—, que el autogobierno de Euskadi, su potencialidad como pueblo, no tiene nada que temer de la nación española, cuyo despliegue histórico sería incomprensible sin la actuación vasca. Si la vieja Euskalerría pudo guardar sus libertades en la monarquía tradicional española, incluso en los años imperiales, los nuevos derechos de Euskadi caben perfectamente en el Estado constitucional y democrático de nuestros días.

Bien se deduce de nuestra concepción estructural e histórica de Euskalerría nuestra oposición al nacionalismo estatalista, porque lo vasco no puede consistir en el cultivo de lo antiespañol, contraposición sin cuyo abuso el propio proyecto independentista no tiene sentido ni se podría en la práctica plantear la separación (aquí radica la insuperable «actualidad» del pensamiento aranista). Repetimos que según nuestra visión el cultivo de la personalidad vasca —de la que, volvemos a insistir, recabamos una versión completa y no mutilada—, cabe plenamente en el marco estatal y nacional de España.

Nuestra oposición al independentismo es total y no admite, por supuesto, el empleo de su fantasma como chantajeo del que obtener ventajas, juego al que a veces está dispuesto el nacionalismo no estatalista.

La oposición al nacionalismo independentista se deduce de la propia crisis del concepto tradicional del nacionalismo, que todavía arrastra un lastre estatalista decimonónico. Esta crisis ha tenido lugar por diversos motivos y de ella ha resultado la posibilidad de la renuncia al proyecto nacional del propio estado a cambio de estructuras políticas que garanticen la propia identidad en el caso de aquellas comunidades diferenciadas que están situadas en el seno de un estado-nación arraigado secularmente. Este proceso, para ser realmente operante no sólo implica el abandono de la aspiración autodeterminista de las nacionalidades, sino la renuncia del estado-nación a una concepción exclusivista de sí mismo, mostrándose dispuesto a compartir lealtades y a reconocer, a través de diversas fórmulas jurídico-políticas, sobre todo la federal y autonómica, la personalidad de sus diversas partes integrantes. La oposición al independentismo proviene también de una postura política de izquierda, pues éste implicaría no sólo olvidar el marco estatal —por lo menos— de la lucha política por la democracia, del progreso de las clases trabajadoras, disminuyendo, en efecto, los contactos de todo tipo con el resto de España, lo que, desde el punto de vista cultural, social y político, sería ciertamente empobrecedor y regresivo; sino que supondría proporcionar en el terreno político de Euskadi oportunidades al nacionalismo vasco sobre cuyo progresismo —y el de sus protagonistas— no tenemos ninguna duda: los problemas básicos del pueblo vasco, de su clase trabajadora, no son los derivados de la reuskaldunización, o ikastolización, o el «problema navarro» —aunque éstas sean cuestiones de evidente dimensión popular—, sino el de la desaparición del paro, la contracción industrial, la consecución de la paz civil, el término del terrorismo y la creación de un clima de diálogo, progreso, entendimiento y cultura.

La vieja advertencia de nuestros viejos socialistas vascos —entre ellos don Miguel de Unamuno en «Lucha de Clases»— y que el marxismo comunista repetiría, sobre las mixtificaciones nacionalistas, siguen siendo plenamente vigentes.

Apuntamos a un proyecto político vertebrado por el pluralismo donde quepan todos los que creen en la compatibilidad de las culturas y sus contribuciones, donde sólo se excluya a los excluyentes, que recoja la tradición liberal vasca, que sin olvidar nuestros valores específicos está dispuesta a integrarlos en otro nivel de comunicación con los de los demás: una tradición de antisectarismo que, desde los caballeros de Azcoitia hasta hoy, ha tenido espléndidos cultivadores.

En este proyecto político no puede contemplarse el sector público, con sus correspondientes recursos y puestos, con una concepción patrimonialista, como un arsenal de prebendas para premiar fidelidades, como un instrumento de partido para conseguir agradecidos, que es una visión feudal o clientelista de la Administración superada en Europa hace siglos. Para nosotros el sector público vasco está al servicio de los fines institucionales que señalan la Constitución y el Estatuto y su acceso al mismo, fuera de los cargos estrictamente políticos, sólo puede estar determinado por los principios de la competencia y el mérito.

NOTA.—No quisiera que el inevitable carácter polémico de las páginas anteriores, dado el momento y el sentido de su publicación, ocultara a los lectores mi profunda convicción de que la solución de lo que todavía constituye, desgraciadamente, el problema vasco, depende, fundamentalmente, de la aproximación de las posiciones de las principales fuerzas políticas. Es necesario que el nacionalismo, cultivando una corriente importante de su tradición, alcance la convicción, y la transmita a sus seguidores, que la personalidad plena de Euskadi se encuentra perfectamente asegurada en el marco estatal español, que abandone, en definitiva, el estatismo en el horizonte de sus reclamaciones políticas, que transforme, como hemos propuesto alguna vez, su conciencia *nacionalista* en conciencia *nacional*. Es necesario que el socialismo vasco defienda con toda energía el programa de recuperación cultural de las señas de identidad específicas vascas-euskera, revitalización de la tradición autóctona de la cultura, etc., y que se esfuerce por penetrar la sociedad vasca en toda su dimensión.

Es necesario transmitir a la totalidad del pueblo vasco, incluido su sector, tan respetable como los demás, el independentista, que el sistema político actual es totalmente abierto y que acepta la legitimidad de la defensa de todas las tesis políticas, siempre que se realice por procedimientos pacíficos y democráticos. Es necesario, en fin, y como condición de la viabilidad de todos los anteriores procesos, que el Gobierno central y la opinión pública española acepten el efectivo derecho del pueblo vasco a su autogobierno y a su realización nacional dentro del amplio marco de la Constitución y el Estatuto, de los que hay que predicar una lectura federal. Lectura que, de un lado, permita resolver, de una vez, con la mayor generosidad e inteligencia, la problemática de las transferencias; y, de otro, posibilite, a través de la instrumentación de los contactos entre las Administraciones central y autonómica, el ejercicio de la iniciativa legislativa autonómica y la intervención de Euskadi, con las otras comunidades autónomas, en la determinación de la voluntad del Estado.

Por lo demás, en diversos trabajos y desde una perspectiva jurídica o histórica, me he ocupado de los problemas relacionados con el nacionalismo, el federalismo o la autonomía, y donde pueden encontrarse desarrollos o fundamentos de las tesis aquí sustentadas. Así: *El Primer Nacionalismo Vasco*. 2.^a edición. San Sebastián, 1979. *Nación, nacionalidades y autonomías en la Constitución de 1978*. Algunos problemas de la Organización territorial del Estado. «Sistema», n.º 38-39. Octubre, 1980. «Por un nuevo concepto de nacionalismo». *Leviatán*, n.º 6. «Sobre el modelo de Organización territorial del Estado según la Constitución de 1978». *Revista de Derecho Político*, n.º 13. Madrid, 1982.

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

NUMERO 13 (OTOÑO 1983)

Ignacio Sotelo: **Paradojas y aporías de los socialistas en el poder.**

Juan José Castillo: **Transformaciones del trabajo y dilemas de los sindicatos.**

Angel Viñas: **La seguridad militar en Europa.**

Carlos Alonso Zaldívar: **Guerra y paz en el mundo nuclear.**

Enrique Gomáriz: **La amenaza soviética.**

Massimo L. Salvadori: **Marx y los marxismos.**

Paolo Sylos-Labini: **Marx y las «leyes del movimiento» del capitalismo.**

José María Ripalda: **La crisis del sujeto revolucionario.**

Fernando Savater: **Policía y razón de Estado.**

Ramón Rubial: **Entrevista.**

Guillermo Carnero: **La poética de la poesía social en la posguerra.**

Suscripción anual: 1.100 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha. Madrid-4

EL BILINGÜISMO Y LA LENGUA VASCA

Antonio Tovar

análisis y debate



4

Se habla de lucha de lenguas, lucha a veces sin cuartel, que a menudo en la historia ha terminado con la existencia de una en beneficio de otra. Pero esta lucha es metafórica; las lenguas no son seres vivos, y los que luchan, con más o menos conciencia de esta lucha, son los hombres. El establecimiento del bilingüismo quiere significar el fin de la lucha de las lenguas, o de los hombres en pro y en contra de las lenguas.

La lucha es a veces violenta, en cuanto una lengua utiliza una situación de predominio para quitarle a la otra sus posibilidades de existencia. Otras veces, la lucha es silenciosa, y los hombres que hablan una lengua pasan a la otra aceptando su superioridad económica, cultural o política. Así se produjo la latinización de todo el Occidente de Europa, y así penetra el inglés, mediante la educación, en ciertas clases de países de lengua española.

Las lenguas de España han resistido mejor a la presión de la lengua central y oficial por la ineficacia de la Administración y por la falta de escuela nacional y popular, que fue

el instrumento de unificación lingüística de países como Francia y Alemania. Así se mantuvieron el catalán y el vasco, y en menor grado el gallego, y salvaron siglos difíciles, y por la voluntad de sus hablantes tuvieron sus renacimientos literarios, que favorecieron su prestigio.

En la España actual es tiempo de consolidar estos logros positivos, ya que en una época de destrucción de tradiciones y de toda la cultura popular, como es la nuestra, el mantenimiento de nacionalidades y lenguas es una riqueza de la que sería locura prescindir. Precisamente las consecuencias de la llegada de las masas a la cultura y de la difusión infinita de los medios de comunicación uniformadores, crean, y no sólo en España, sino en otros países, el problema de la convivencia de lenguas. Que ya no es en el seno de la cultura tradicional sino en la exigencia de que no existan analfabetos en la sociedad, y de que es incómoda para el niño la alfabetización en lengua que no sabe bien. Por consiguiente, el acceso de las lenguas vivas en el pueblo a la cultura, la educación y los medios de comunicación, exige el bilingüismo, un bilingüismo que no sea situación de lucha, sino de convivencia e igualdad, y el empleo de dos lenguas, con libertad de elección y mutua tolerancia.

Los lingüistas y educadores deberán plantearse la posibilidad de un bilingüismo basado en la igualdad de lenguas, en el derecho de cada uno a usar la propia. El ejercicio de este derecho y la mutua tolerancia son, evidentemente, más fáciles allí donde las lenguas en contacto, o en conflicto, en algún caso, son más semejantes, por tener origen común. En Cataluña, Valencia o Galicia, el común origen latino facilita la inteligibilidad mutua con el castellano. Lo que al principio constituye un obstáculo, con la costumbre se descubre que no lo es tanto, y puede ser posible, con un poco de cuidado y esfuerzo, aprender la otra lengua.

— En el país donde se ha conservado el euskera el problema es mucho más difícil. No se trata de una lengua «hermana», como lo son del castellano, el catalán o el gallego, sino de una lengua de distinto origen, con vocabulario y estructura muy distintas de las lenguas vecinas.

Podemos considerar como cosa segura que el vascuence o euskera es lengua «primitiva» en su territorio. Aún reconociendo que los límites de nuestro conocimiento están impuestos por el hecho de que la escritura es relativamente moderna, y en lo que nosotros podemos comprobar su descubrimiento y uso por los hombres no llega a 5.000 años, podemos considerar al vasco indígena en el país en que se habla. En todo el Occidente de Europa hablamos lenguas románicas o latinas (el francés, el italiano, el portugués, las antes citadas en nuestra Península) o germánicas (el alemán, el inglés, el flamenco, el sueco y las demás lenguas escandinavas). Tuvieron mucha importancia en todo el Occidente las lenguas célticas, que han quedado reducidas al país de Gales, a los últimos rincones de Bretaña, de Irlanda, de Escocia. En nuestra Península no quedan más restos que algunas palabras en nuestras lenguas actuales.

Todas estas lenguas: el latín, las germánicas, las célticas, con las eslavas, el sánscrito de la India, etc., forman una gran familia llamada indoeuropea. Pueblos de esta familia penetraron en el Occidente de Europa hace más de 3.000 años y absorbieron las lenguas anteriores, imponiendo las suyas. Podemos decir que el vasco es la única supervivencia que queda de la Europa anterior a la difusión de las lenguas indoeuropeas.

Un historiador vasco del siglo XVI, Esteban de Garibay, dice en su *Crónica y universal historia de todos los reinos de España* que «la mayor parte de nuestros autores escriben haber sido la primera lengua de España la que comúnmente llamamos vascongada, que es la que hasta nuestros siglos se habla en las regiones de la mayor parte de Can-

tabria, especialmente en las provincias de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y en parte del reino de Navarra..., hasta Francia, en las regiones que con Guipúzcoa y Navarra confinan». Se consideraba al vasco lengua matriz y propia de España. Matriz quería decir, en las ideas no discutidas entonces, una de las lenguas primitivas que resultaron de la confusión de Babel.

Esta idea tradicional, y en parte determinada por conceptos aristocráticos, evitó en general roces entre los vascos y la vieja Monarquía. La polémica surgió cuando con el éxito del Estado unitario conforme al modelo francés, en el siglo XVIII el gobierno de Madrid empezó a sentir recelos ante los privilegios que suponían los fueros en ciertos aspectos. La situación se agravó cuando la Francia revolucionaria invadió parte de las provincias vascongadas y el gobierno de Godoy hubo de tocar los inconvenientes militares y económicos. Hubo entonces una discusión entre algunos sabios que fueron movidos por el Gobierno (la Real Academia de la Historia y el escritor Juan Antonio Llorente) y algunos estudiosos vascos, en primer lugar Astarloa.

Aunque habría que estudiar en sus pormenores la historia agitada que siguió, con el desastre de la invasión napoleónica, es simbólico que los papeles de Pablo Pedro de Astarloa, el autor de la *Apología de la lengua Bascongada* (Madrid, 1803), fueran a parar a manos de su discípulo Erro, que más tarde fue ministro de Carlos V, el pretendiente carlista.

Sabemos, desde luego, que el vasco fue la lengua de los Pirineos, y rastros de él se conservaron en Cataluña y en el Alto Aragón. Palabras vascas se encuentran en inscripciones romanas de la ladera Norte del Pirineo y en alguna de Navarra. Daremos, por ejemplo, la dedicatoria en latín *Aherbelste deo*, a una divinidad cuyo nombre es, evidentemente, *ak(h)er beltz* «macho cabrío negro», según suena en euskera actual, y que corresponde al presidente de los aquelarres de la brujería en el país vasco-navarro y en otros muchos otros lugares de Europa.

El vasco ha perdido terreno, y se puede suponer que, aunque no estuviera extendido tan ampliamente como se supuso por los antiguos vasquistas, llegaba hasta la costa de Cataluña y Rosellón, a juzgar por algunos nombres de lugar, y quizá también se extendió a lo largo de la cordillera cantábrica, aunque al Oeste de Bilbao predominaron lenguas de tipo céltico desde la indoeuropeización.

Los vascos fueron incorporados, como los demás pueblos de Hispania y de Galia, al Imperio romano, pero en la crisis de las invasiones germánicas quedaron fuera de los reinos visigodo y franco, con los que luego tuvieron frontera. En la época visigoda consta de luchas frecuentes de los visigodos contra los vascones y cántabros. El mantenimiento de la lengua dependió de esa larga época de aislamiento, más completo aún porque la cristianización de los vascos fue tardía. La romanización en Occidente fue completada por la política de los reinos germánicos, que utilizaban el latín como lengua general y de administración, y por la evangelización de la Iglesia cristiana, que usaba el latín también.

De hecho, en forma no interrumpida, desde una antigüedad remota, anterior no sólo a la conquista romana, sino a las prehistóricas invasiones de celtas y quizá otros pueblos indoeuropeos, el vascuence se encuentra en su territorio. Convive desde tiempos antiquísimos con el latín, y luego con los dialectos románicos vecinos: castellano y navarro-aragonés, y dialectos occitanos, en especial el gascón, y más tarde el francés.

Para comprender el problema del bilingüismo podremos recordar la presentación que hizo del problema el gran vascólogo Resurrección María de Azkue (1864-1951), autor del

diccionario, de la gramática y del más completo *corpus* de folklore vasco. Cuando Azkue, en 1928, entró en la Real Academia Española de Madrid, aprovechó la oportunidad para reclamar que se modernizara la enseñanza en las escuelas, y para evitar que un niño vasco, deficiente conocedor del castellano, tuviera que aprender de memoria el catecismo sin entenderlo. El cuenta que ocurría alguna vez que, al estudiar en el catecismo el mandamiento de «amar a Dios sobre todas las cosas», el niño entendiera y memorizara «amarrar a Dios con todas las sogas». Ante esta posibilidad, que se daba en mil formas, a cual más disparatadas, Azkue pedía en la Academia, porque no había (era en tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera) otra autoridad a su alcance: «Que los alumnos de nuestras escuelas sean racionalmente instruidos».

Esa instrucción racional es uno de los aspectos fundamentales del bilingüismo, de la escuela que parta de la existencia de la lengua tradicional del país, que no puede ser desconocida del que gobierna.

El concepto de bilingüismo surgió hacia 1958 en Inglaterra, cuando un sociólogo, Basil Bernstein, planteó, trabajando en las escuelas sobre la enseñanza del inglés, el problema de «lengua y clase social». Al principio bilingüismo no se refirió al problema de dos lenguas distintas, sino a dos distintos estratos de la misma lengua: la correcta de las clases educadas o superiores, y la incorrecta de la gente «sin educación». Muchas veces estas clases desfavorecidas son inmigrantes o gentes más o menos relegadas, por su color u origen, a las más bajas capas de la sociedad. En los Estados Unidos surgieron «socio-lingüistas», es decir, estudiosos de estos condicionamientos sociales de la lengua, y en cierto modo lo que en Europa hace casi un siglo había sido geografía lingüística, es decir, variantes en el mapa de dialectos, en los Estados Unidos, con una gran movilidad de la gente, resultaba socio-lingüística, es decir, diferenciación de estratos de la lengua, según la situación social de sus habitantes.

Este bilingüismo sociológico de W. Labov, Ch. A. Ferguson, J. A. Fishman y otros, fue aplicado muy pronto en los mismos Estados Unidos y Canadá, como también en otros países, al bilingüismo de coexistencia de lenguas, donde la relación entre las lenguas distintas puede ir acompañada de aquella discriminación social que estudiaban, en un ambiente monolingüe, los primeros socio-lingüistas. Así se habló desde entonces de «lengua dominante» y «lengua dominada» en el caso de la lengua oficial y general en el país, que ejerce su superioridad y privilegios sobre la otra. En el Canadá la fuerte minoría de Quebec, con su tradición francesa, ha impulsado mucho estos estudios. Y en Estados Unidos las grandes cantidades de «hispanos» de distintos orígenes, en especial inmigrantes de Puerto Rico, de Cuba, de México, han planteado, de diferentes formas, el estudio del bilingüismo.

Fijándonos más especialmente en España, el hecho es que las lenguas de los países que las tenían se han conservado mejor que en el resto de Europa Occidental. La vieja Monarquía de los Austrias heredó la pluralidad medieval y en general respetó las lenguas de los antiguos reinos y señoríos. El retraso y la pobreza con que se desarrolló institución tan necesaria como la escuela pública, favoreció la pervivencia de las lenguas. Puede decirse que, salvo por el servicio militar, cuando éste se implantó, el aldeano no era movido obligatoriamente fuera de su país. El atraso mantenía las diferentes culturas populares bastante intactas. Los conflictos se han avivado al tener que modernizar aspectos de la vida comunal como la enseñanza, la administración local, los medios de comunicación. En esas esferas surgen los conflictos que han de ser solucionados con el bilingüismo. En la incultura que subsiste tercamente, mucha gente tiende a creer que tales conflictos son nuevos y que han surgido después de la muerte del General Franco, que «los tenía resueltos». Resueltos con la muerte de todas las lenguas y culturas tradicionales, que en nues-

tro siglo no pueden subsistir como en los viejos tiempos de analfabetismo y cultura popular tradicional. Ahora una lengua, y una cultura, para vivir, necesita escuela, necesita administración, necesita radio y televisión. El problema ha de ser resuelto con espíritu de convivencia y mutua estima.

Los estudios de los socio-lingüistas han servido para corregir la imagen romántica y nacionalista que veía en la lengua la expresión espontánea del alma popular. Ciertamente la lengua nace y se desarrolla en el seno del pueblo, pero la lengua tiene mucho también de obra humana. Podemos imaginar cuán distinta sería la lengua castellana o española si no hubieran existido legisladores o gramáticos como Alfonso el Sabio, Antonio de Nebrija y la Real Academia de Felipe V. Los modelos oficiales del Rey Sabio, y las gramáticas y diccionarios inspirados o protegidos oficialmente han tenido una influencia enorme.

Se comprende por eso cómo se puede hacer política lingüística y cómo, según señalan la Constitución y los Estatutos vigentes en España, se puede legislar sobre la lengua y las lenguas. El bilingüismo es obligatorio en los países de España que tienen lengua propia, aparte de la general y oficial. La relación en esos territorios entre la lengua propia del país y la oficial o castellana tiene que ser de igualdad. Los socio-lingüistas han acuñado, con un sentido especial, un término, *diglossia*, que Ferguson tomó de las largas polémicas sobre la política lingüística en Grecia desde hace más de un siglo. Dominaba primero en Grecia, con alguna modernización desde su independencia, un ideal de lengua basado en el griego clásico y en la tradición bizantina, conservada por la Iglesia. A esta lengua, llamada «purificada» (*katharévusa*), se opuso, con mayor vitalidad, la llamada «popular» (*dimotikí*), basada no en la tradición, sino en la lengua hablada por la gente. Todavía en la dictadura de los coroneles griegos el gobierno se obstinaba, contra corriente, en favorecer la lengua tradicional, mientras que los partidos democráticos apoyaban la otra lengua, aceptada por todos los grandes escritores desde hace casi un siglo. Cuando se intentaba forzosamente apoyar a la lengua «purificada», se practicaba una *diglossia*, es decir, una política de humillación de la lengua viva y popular, lengua «dominada» por la otra.

En textos legales nuestros, en el Estatuto vasco, se habla de *diglossia* cuando no se concede el trato de igualdad a la lengua vasca, necesitada de especial cuidado por la tardanza con que se ha procedido en la política lingüística. Y es que llegar a evitar en el bilingüismo toda discriminación, exige que aprendamos a superar la idea de que la situación normal en un país moderno es el monolingüismo. Pero esto es un ideal que no se cumple en muchos casos.

En las actuales discusiones y recelos sobre el bilingüismo en España —que se basa en hechos, no es un programa teórico— se desconoce el respeto que la política debe a la realidad. El bilingüismo es un resto de la tradición y del predominio conservador en la política española. La Iglesia se ha opuesto siempre al desarrollo de la escuela nacional. Sólo un bilingüismo de igualdad de las lenguas, sin la superioridad de ninguna, sin *diglossia* en el sentido en que la usan los socio-lingüistas, podrá salvar la pluralidad que afortunadamente subsiste y será, en Vascongadas y Navarra, como en las demás regiones con lengua propia, la posibilidad de paz verdadera y convivencia en igualdad y justicia.

Por una cultura

viva y plural

Los Cuadernos del Norte

Literatura · Arte · Cine · Poesía

Pensamiento

Diálogo · Asturias · Inéditos · Música

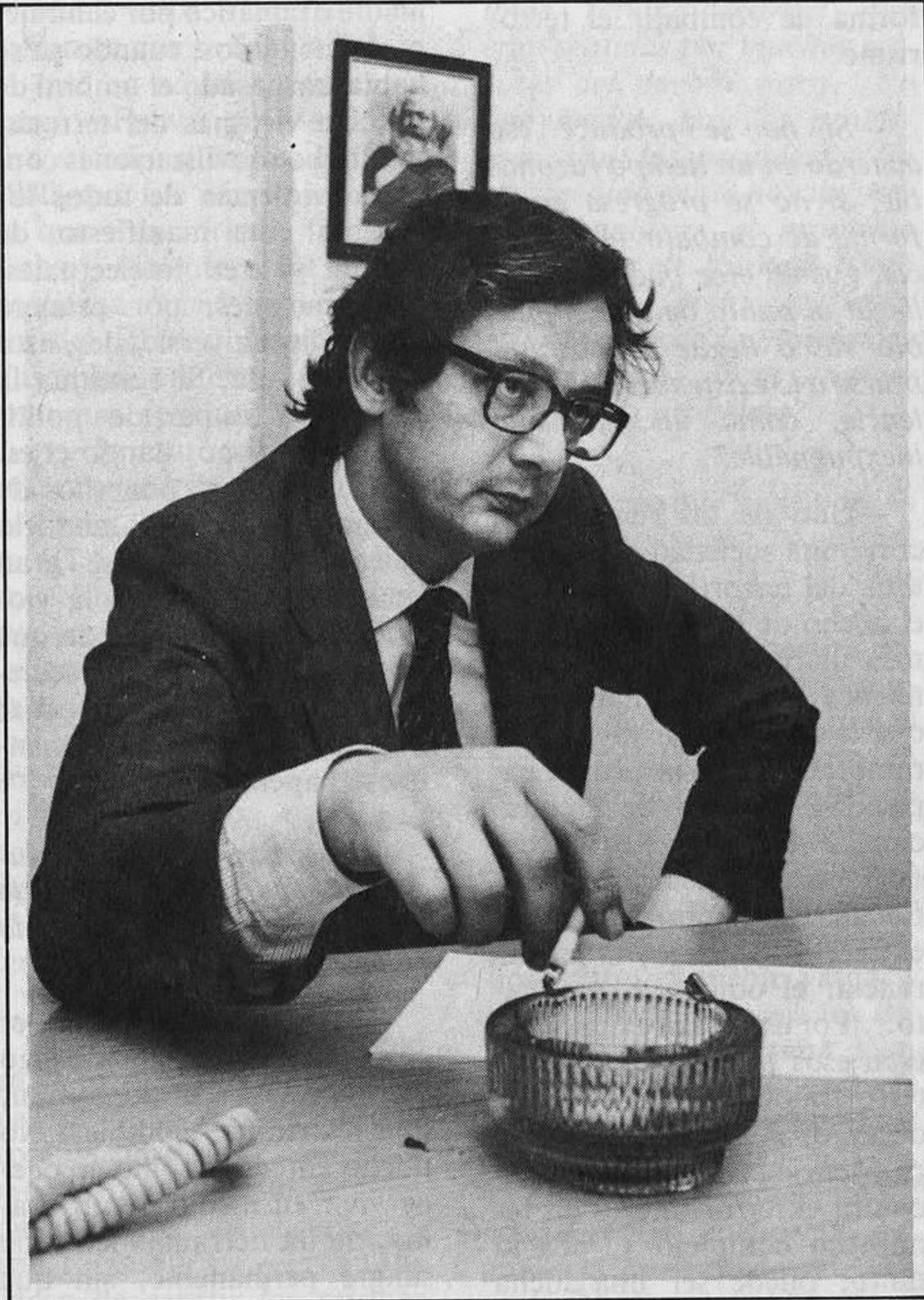
Teatro · Actualidad...

Director: Juan Cueto Alas

Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias



Redacción, Suscripciones y Administración:
Plaza de La Escandalera, 2 · Oviedo-3 · España
Apartado, 54 · Teléfono 985/22 14 94.



TXIKI BENEGAS: LOS SOCIALISTAS SOMOS LA ESPERANZA DE LA PAZ

Llueve en San Sebastián. Es un domingo triste, gris, en el que las gentes caminan refugiadas en sus paraguas. Hace dos horas acaban de matar al general Quintana Lacaci, en Madrid, a casi quinientos ki-

lómetros de distancia. La puesta en escena del atentado deja pocas incógnitas en cuanto a su autoría. Otra vez ETA.

Y José María Benegas,

«Txiki», como se le conoce desde siempre, mantiene esta entrevista con nosotros en medio del sobresalto telefónico constante de las noticias relacionadas con el atentado de Madrid. Llama una emisora, otra más, para pedir unas declaraciones. «¿Qué se puede decir, para condenar esta barbarie, que no se haya dicho ya?», nos comenta entre la tristeza y el aburrimiento; desde el «cansancio de la muerte que a quién más golpea, una y otra vez, es a este pueblo vasco castigado».

—Señor Benegas, la violencia forma parte de la vida cotidiana, en el País Vasco, a lo largo de toda la transición. Usted ha hablado del cansancio, del hastío de la muerte. ¿El pueblo vasco está, de verdad, cansado de la violencia?

—En primer lugar, yo puntualizaría la expresión «la violencia forma parte de la vida cotidiana durante la transición». La violencia ha sido la protagonista de la transición en el País Vasco. Esa es la realidad. Y en cuanto a lo que me pregunta, creo que un pueblo no puede vivir permanentemente en medio de un derramamiento de sangre sin que se produzca, por lo menos en un sector importante de la población, el deseo profundo de no vivir en medio de la muerte y la desgracia y, en consecuencia, tratar de vivir dignamente en un país en el que impere la libertad para todos, en un clima de tolerancia y respeto.

—Si es cierto que este cansancio existe, ¿no se echa de menos una reacción más clara del pueblo vasco, de esos sectores de los que usted habla, contra la violencia? ¿El pueblo vasco está acobardado

por la existencia misma de la violencia o, quizá, existe una crisis de liderazgo, como han apuntado recientemente unos dirigentes empresariales?

—Es lógico que el terror, en determinados momentos, consiga su objetivo, que es el crear un clima de amenazas y de coacción en la sociedad. Esto, evidentemente, produce un efecto de inhibición. A veces los terroristas consiguen que las personas se refugien en su individualismo, y traten de resolver sus problemas particulares sin participar en los asuntos públicos, en cuyo posicionamiento pueden sentirse amenazados. Una significación contra la violencia, pudiera pensarse, convierte al ciudadano en hipotético objetivo de la misma violencia.

El terrorismo produce inhibiciones en las sociedades que lo sufren. Esa es una de sus características: distorsionan los debates de fondo en la sociedad que lo padecen. Pero, precisamente por esto, en las sociedades que sufren el terrorismo, para conseguir superar sus consecuencias y conseguir que el pueblo viva una vida democrática digna, hace falta un claro liderazgo contra el terrorismo. Yo creo que no se ha producido en el caso del País Vasco, sino todo lo contrario. Ha habido planteamientos enormemente confusos y no se han visto gestos decididos, capaces de poner en pie al pueblo vasco, en una actitud que deje ver claramente la voluntad del pueblo vasco de acabar con la violencia.

En este sentido, creo que es perfectamente legítima la denuncia de los empresarios vascos que han exigido el que los partidos democráticos nos pongamos de acuerdo en la

forma de combatir el terrorismo.

—Si no se produce ese acuerdo en un tiempo razonable; si no se progresa en la forma de combatir la violencia, ¿usted cree que podemos llegar al punto de que el pueblo vasco llegue a acostumbrarse a la existencia de la violencia, como un fatalismo inexpugnable?

—Uno de los riesgos que corre una sociedad que es víctima del terrorismo, es el que el hecho de la muerte, la crónica diaria del asesinato, comience a ser algo habitual y que la sociedad se vaya acostumbrando por la propia capacidad humana de adaptación. Pudiéramos llegar a ese extremo en que la propia sociedad se acostumbrara a vivir entre el salvajismo, la intolerancia, el odio y el asesinato... Por eso, para evitar también esos posibles efectos del terrorismo, es necesario ese liderazgo. Aunque se tenga la conciencia de que la lucha contra el terrorismo es un fenómeno complejo y, por lo tanto, puede ser una lucha dura y larga. Pero por lo menos, para mantener abierta la conciencia de un pueblo sobre la necesidad de salir de esa brutalidad en la que nos quiere envolver el terrorismo. Esa es una de las grandes responsabilidades de ese liderazgo político. Ha habido momentos de escaladas terroristas enormes, en las que los propios ciudadanos, y muchas asociaciones que no tienen carácter político, han desbordado a los partidos políticos en la organización de movilizaciones y protestas contra el terrorismo, contra determinados asesinatos y acciones de ETA. Recuerdo el final de 1980, que fue un año especial-

mente dramático por el número de atentados, cuando ya se había traspasado el umbral de las cien víctimas del terrorismo, hubo movilizaciones contra la violencia de todos los órdenes: un manifiesto de treinta y tres intelectuales, movilizaciones, por primera vez, en las universidades, asociaciones, etc. Si continúa la violencia y los partidos políticos continuamos dando el espectáculo de no ponernos de acuerdo en cómo combatirlo y no se produce ese gran acuerdo vasco contra la violencia, llegará el caso de que sea el pueblo vasco, la sociedad vasca la que nos lo exija, o la que suplante directamente ese papel movilizador.

—¿Por qué no se ha producido, todavía, ese acuerdo de los partidos para combatir la violencia?

—Yo no alcanzo a entender cómo no se ha producido algo que indica el sentido común, que es imprescindible. No puedo entender cómo se puede vivir en medio de un drama, de un derramamiento de sangre permanente, sin que los dos gobiernos, el autonómico y el de la nación, se pongan de acuerdo en cómo combatir la violencia. No creo que las diferencias que pueda haber sean tan insalvables como para impedir el que se llegue a un acuerdo en este terreno. De lo que estoy plenamente convencido es de que no ha sido por culpa del Gobierno de la nación el que ese acuerdo no se haya producido.

Tampoco es de recibo que los partidos democráticos que rechazamos la violencia y aceptamos la vía estatutaria no nos hayamos puesto de acuerdo en la forma de combatir la violencia en la propia

sociedad vasca. Hubo un momento en que se llegó a firmar lo que en aquel entonces se llamó «Frente por la paz». Eso sucedió a finales del año 1980, que fue uno de los años en que el terrorismo fue más activo y violento... En el fondo pienso que hay una estrategia del Partido Nacionalista Vasco que pretende recuperar los votos de Herri Batasuna, y, por lo tanto, no acaba de enfrentarse, sin ningún tipo de complejos, a lo que significa ETA y su entorno político... En el fondo, el PNV sigue considerando a Herri Batasuna y a ETA como «abertzales equivocados», como hijos descarriados que algún día volverán al redil del «verdadero nacionalismo». Creo que hay un complejo, en la dirección del PNV, a la hora de abordar con seriedad estos temas.

El problema no radica sólo en condenar el terrorismo. Es necesario pasar a la acción, combatirlo. Todo esto hace muchos años que lo estamos diciendo los socialistas vascos. En política a veces uno se cansa de repetir las mismas cosas y eso está demostrando, en este sentido, que los problemas de la violencia y el terrorismo pasan, en estos momentos, por el PSE-PSOE. Por los socialistas en el Gobierno de la nación y por los socialistas en el País Vasco... Ahí está la esperanza, me atrevería a decir que la única esperanza, de que este problema se pueda resolver.

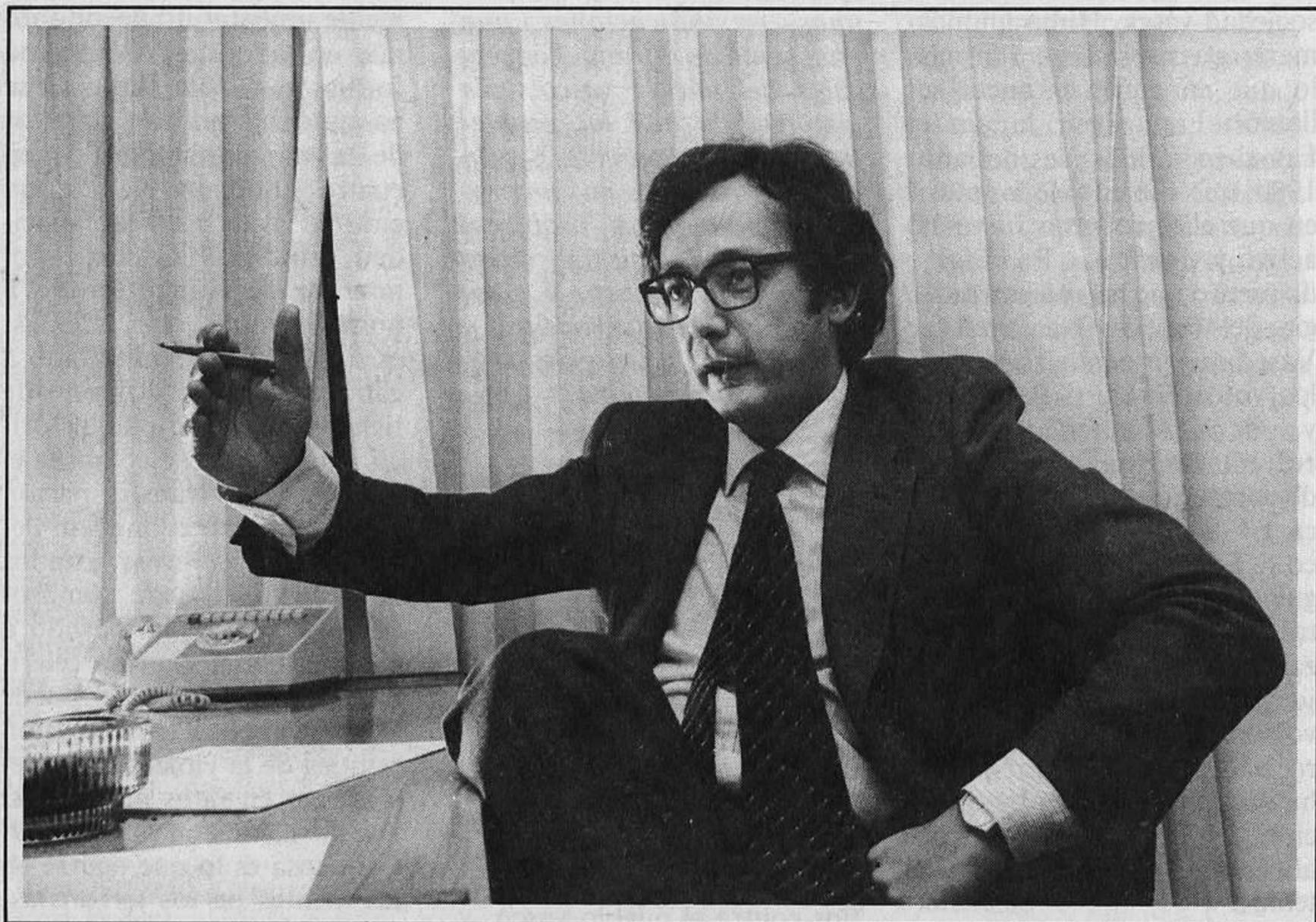
—Usted ha dicho que el PNV considera a ETA como «abertzales equivocados». ETA pudo tener, en sus orígenes, una cierta legitimidad, dada por su lucha contra el franquismo y la defensa de

unas reivindicaciones que eran sentidas por muchos sectores del pueblo vasco. ¿En qué medida hoy los problemas son inseparables? ¿En qué medida existe hoy un problema político, el problema del futuro de Euskadi como Comunidad política, y otro, el problema de la violencia y el terrorismo? ¿O siguen siendo un solo problema?

—Yo creo que no se pueden separar las cosas... Aquí habría que tener algunas ideas muy claras: Primero, ETA ya no puede ser considerada como una herencia del franquismo, porque si bien surge en la dictadura y tiene simpatías en el pueblo vasco por su acción contra la dictadura —una dictadura que se ha prolongado durante cuarenta años y que comete toda clase de atropellos contra el pueblo vasco, y también contra todos los demás pueblos de España, aunque ahora me circunscriba a lo que he vivido aquí, en Euskadi—, ahora ya llevamos siete años de democracia. ETA ha asesinado mucho más durante la democracia que durante la dictadura. Desde el año 1968, en el que ETA comete el primer asesinato, hasta el año 1975, las víctimas de ETA son 48, y desde 1976 hasta ahora, sus asesinatos, la cifra se eleva a cerca de 500 asesinatos. Por lo tanto ETA ya no puede ser considerada una herencia del franquismo, entre otras consideraciones porque lleva siete años actuando contra la democracia. En segundo lugar, la argumentación que se pudiera hacer sobre los problemas de reivindicación de los derechos de autogobierno del pueblo vasco, en buena medida han desaparecido, porque el pueblo vasco ha votado mayoritaria-

mente un Estatuto de autonomía en las urnas. De alguna forma, el pueblo vasco ya se ha autodeterminado a favor de la vía autonomista y, en cuatro años, ha habido un enorme avance en la capacidad, tanto política como económica, de autogobierno. Y no podemos olvidar, además, que todo esto se ha llevado a cabo en un corto espacio de tiempo, en un período histórico reducido. Si se compara el proceso de transformación del Estado con el que han llevado a cabo otros estados europeos, se puede comprobar que aquí se ha llevado a cabo con una enorme celeridad. Por todo ello no puede existir ninguna justificación política de la violencia y el terrorismo en estos momentos. Por lo menos en la realidad. Otra cosa es lo que ocurre en las mentes de los terroristas, cuando siguen afirmando, contra la razón y contra el peso mismo de los hechos, que aquí no ha cambiado nada.

Lo que también es mi obligación recordar es que a que esto se comprenda y se compruebe en todos los sectores del pueblo vasco, no colabora nada una práctica política que tiende siempre a desvalorizar la autonomía conseguida, a minimizar los logros autonómicos desarrollados a lo largo de estos años; a culpabilizar permanentemente al Gobierno de la nación de los problemas que existen en el País Vasco y, en definitiva, a transmitir la vieja idea de que el problema vasco existe porque los gobiernos centrales son cicateros y no comprenden y desarrollan lo que es el autogobierno del pueblo vasco. Este mensaje lo transmite permanentemente el PNV. Y lo hace porque le conviene desde el



punto de vista de lo que es la esencia del nacionalismo. Creo que el nacionalismo, en el fondo, nunca podrá aceptar que tiene unas buenas relaciones con el Gobierno de la nación; y tampoco podrá aceptar como definitiva una estructura del Estado, porque el día que aceptasen el reparto de competencias y la división del poder con el Estado, dejarían de ser nacionalistas, perderían la esencia del nacionalismo que es el cuestionamiento permanente de las estructuras del Estado. En ese caso tendrían que empezar a aclarar su ideología política. Además, la tensión con el Estado les sirve de pantalla para ocultar las deficiencias de su gestión autonómica... Esta actitud del PNV no colabora en nada a crear confianza en que la vía democrática está siendo un éxito en Euskadi. Lo cual no quiere decir que los terroristas nece-

siten estos pretextos. Ellos rechazan la vía democrática, menosprecian las decisiones de la mayoría y quieren imponer por la fuerza de las armas y del terror sus tesis independentistas.

—Inmediatamente se me ocurren dos cuestiones: ¿Hay cabida para un planteamiento independentista, con un respaldo popular relativamente importante, en la realidad política vasca y dentro del ordenamiento constitucional? Y, según la definición que ha dado usted del nacionalismo, según la cual éste necesita de la confrontación con el Estado y de una indefinición programática para sobrevivir. ¿El Partido Nacionalista Vasco puede llegar a definir su posición con respecto a la estructura del Estado, de una manera definitiva?

—Empezando por la última cuestión, yo creo que, por el momento, el PNV no tiene ni la intención ni la posibilidad de realizar una definición clara de su proyecto político. Llevan defendiendo el proyecto de Sabino Arana, que es un proyecto del siglo XIX, sin haber hecho ninguna modificación ni ninguna revisión, mientras que todos los demás partidos históricos hemos revisado nuestras raíces y nuestros viejos postulados. Eso es una exigencia evidente, porque las sociedades han evolucionado y las problemáticas también. Es necesario introducir la modernidad en las propias ideologías. Bueno, pues el PNV no ha tocado una línea de pensamiento elaborado en el siglo pasado y, por lo tanto, yo creo que no va a haber, por el momento, salvo que se produzca una crisis interna, una definición.

En cuanto a la defensa de las ideas independentistas desde la legalidad, creo que sí se puede. Se pueden defender todo tipo de ideas siempre y cuando no se utilice la violencia. Y siempre y cuando se respete y se acate el ordenamiento jurídico vigente. Sin la utilización de la violencia y la coacción, aceptando la vía democrática de las urnas y de la mayoría, en este país creo que se pueden defender con todas las garantías tanto ideas republicanas como independentistas.

—*Contra el terrorismo, en Euskadi, ¿hay dos batallas, una policial y otra política, contra el entorno que les presta cobertura política, o es una sola batalla?*

—Es una sola batalla, evidentemente. Pero tiene que partir de un análisis global de lo que es el terrorismo de ETA y de la problemática vasca.

Los fenómenos de terrorismo son fenómenos modernos que está afectando, con mayor o menor intensidad, a casi todos los países democráticos europeos... Es necesario, pues, estudiar este fenómeno en toda la Europa Occidental y su evolución en el tiempo.

A la hora de hacer frente al terrorismo, lo primero que hay que hacer es un análisis extenso de las características del terrorismo concreto con el que tiene que enfrentarse el Estado. En este caso son las siguientes: primero, un terrorismo de carácter nacionalista, que son los más difíciles de combatir porque juegan con determinados sentimientos arraigados en algunos sectores de la población; segundo, no es un terrorismo margi-

nal, no es un terrorismo al margen de los ciudadanos sino que tiene un cierto apoyo social. Por eso hay que evaluar continuamente la relación terrorismo-apoyo social, y tenerla muy presente. El terrorismo de ETA no es equiparable ni al del Grapo ni al de las Brigadas Rojas ni al que ha padecido Alemania Federal; tercero, es un terrorismo que cuenta con una plataforma política, que es conocida, concretada en cinco puntos reivindicativos y que se llama la alternativa «KAS»; cuarto, es un terrorismo que hasta ahora se ha amparado en la existencia de una frontera con un país vecino en el que tenían refugio, cosa que no ha pasado con ninguno de los demás terrorismos europeos... En Francia, durante muchos años, se ha tolerado la existencia de una plataforma de impunidad para que ETA planificara los atentados con su estado mayor. Esto parece que, afortunadamente, está cambiando. Y es imprescindible que cambie, porque si la plana mayor de los terroristas gozan de refugio en un país vecino, sin que la policía pueda llegar a lo que es el vértice de la organización, no hay lucha policial eficaz que sea posible; quinto, es un terrorismo que tiene un brazo político, que es Herri Batasuna, que concurre a las elecciones y obtiene una determinada cantidad de votos; sexto, tienen una capacidad financiera relativamente importante, al menos hasta ahora, a través del impuesto revolucionario y de otras vías de financiación; séptimo, es un terrorismo con capacidad propagandística, y, por último, es un terrorismo muy bien organizado y con más de veinte años de experiencia.

Nos encontramos ante un fenómeno terrorista evidentemente complejo y de gran envergadura. Por lo tanto, no se puede combatir con planes parciales, en una determinada dirección. Es necesario un plan global que cubra cada uno de los frentes que presenta el terrorismo.

—*¿El partido socialista tiene claro el plan que se debe llevar a cabo para combatir el terrorismo?*

—Hace mucho tiempo que estamos estudiando el fenómeno. Y como he dicho antes, la contestación a la violencia tiene que ser global y además coordinada desde las estructuras del Estado y también desde la base de los ciudadanos en el País Vasco. Intentaré resumir las medidas más importantes: en primer lugar, son necesarias unas medidas de cooperación internacional. Si no se resuelve definitivamente el problema con Francia es muy difícil destruir el núcleo de la organización terrorista. En segundo lugar, hay que mejorar la eficacia, la formación y los medios de los cuerpos de seguridad del Estado, en especial los servicios de información. En tercer lugar, hay que avanzar en el aislamiento social de los terroristas, y aquí hay un papel clave a realizar desde la propia sociedad vasca. En cuarto lugar, hay que tratar de ahogar económicamente a ETA combatiendo el pago del «impuesto revolucionario». Hay que combatir la propaganda terrorista. Planear una batalla ideológica en la sociedad para rebatir los argumentos de apoyo al terrorismo. Y además de todo esto, y no porque haya terrorismo, hay que reforzar el papel de las instituciones democráticas. El desa-

rrollo y potenciación de la autonomía vasca es necesario que se lleve a cabo no porque existe el terrorismo, sino por imperativo legal de desarrollar un Estatuto aprobado por las Cortes Españolas y refrendado por la mayoría del pueblo vasco.

—*Si están las ideas tan claras, si el partido en el Gobierno sabe lo que hay que hacer, tal y como usted los expone, cabría preguntarse, ¿por qué no se avanza más deprisa en la pacificación del País Vasco?*

—Para que un plan global funcione tienen que colaborar todos los estamentos que están implicados en él. A estas alturas hay que tener las ideas muy claras. De la forma que no se avanza es haciendo un planteamiento en el que se afirma que toda y cada una de las medidas que se proponen no sirven para combatir el terrorismo. Ese es el mensaje que continuamente se transmite desde los partidos nacionalistas. No sirve el llamado plan «ZEN», que no es otra cosa que un plan para mejorar la eficacia y la formación de las Fuerzas de Seguridad del Estado, y para proteger personas e instituciones que puedan estar amenazadas. No sirven, a su juicio, las medidas antiterroristas; medidas que han adoptado, incluso mucho más duras, todos los países europeos que sufren el terrorismo. También se dice que no sirven las medidas policiales, lo cual no deja de ser una aberración, porque un Estado democrático tiene el deber y el derecho de perseguir a los transgresores de la ley y a defender los derechos de los ciudadanos, en primer lugar el derecho más sagrado que es el derecho a la vida. Para ellos tampoco sirve la fi-

gura de los «arrepentidos», cuando ha sido uno de los elementos claves en otros países. La primera vez que el Gobierno francés adopta medidas claves, como es la deportación de dirigentes de ETA a Centroamérica, esta medida también es criticada por los dirigentes del PNV y de Euzkadiko Ezkerra. Cuando la policía hace una operación, recientemente en Tolosa, para detener a los comandos de ETA que secuestraron a personas y asesinaron, entre otros al capitán Martín Barrios, se responde con una convocatoria de huelga general. En definitiva, con ese espíritu de colaboración, no hay forma de avanzar en la lucha contra el terrorismo.

Por eso me parece a mí que cada vez hay más ciudadanos en el País Vasco, que si hace unos años pensaban que era el PNV el que podía traer la paz y poner orden en el País Vasco, hoy se han dado cuenta de que la única esperanza de traer la paz se basa en los socialistas vascos.

—*¿Usted cree que los ciudadanos vascos ven la paz como una realidad alcanzable?*

—Yo creo que lo que hay que hacer es tener una voluntad clara de vencer. Hay que invertir la estrategia del desistimiento y hacer que quienes desistan sean los terroristas... Hay que dejar muy claro que la alternativa política que defienden los terroristas está derrotada de antemano. Que lo sepan los propios terroristas. Que no va a haber ningún gobierno que negocie su alternativa, llámese «KAS» o llámese como se quiera. Una alternativa defendida con la violencia es innegociable. Tenemos que dejar bien claro, y que se

entere todo el mundo, que aquí ya no hay negociación política posible. Aquí se ha intentado la negociación en diversas ocasiones y siempre ha fracasado. A estas alturas del proceso democrático y con toda la sangre que hay derramada, negociar políticamente sería dar vía suelta a que todo el mundo pueda defender sus ideas por medio de la violencia. En esto hay que ser terriblemente claro: los que insinúan que una negociación es posible, en el fondo, están alentando la acción de los terroristas, transmitiendo el mensaje de que es posible sentar en pie de igualdad al Estado con quienes pretenden obtener unos determinados beneficios políticos por medio del chantaje de la violencia. Esa historia se ha acabado ya. Con los terroristas sólo se puede negociar las condiciones en las que abandonan las armas y cuáles son las posibles vías de reinserción de quienes no tienen delitos de sangre. Cuando este mensaje esté claro para todos, mucha más gente va a tener fe en que la paz es posible.

—*Quienes afirman que las medidas policiales no sirven, reclaman medidas políticas. Para el partido socialista, ¿la solución no puede llegar por medio de medidas políticas?*

—En una acción de gobierno todo son medidas políticas, hasta la forma en que se manda un destacamento de policía tiene un trasfondo político. Cuando se afirma que se han acabado las medidas políticas en la lucha contra el terrorismo se quieren decir dos cosas: primero, que no hay negociación política posible, como ya he explicado. y, en segundo lugar, es un mensaje dirigido a quienes

permanentemente condicionan una colaboración en la lucha contra el terrorismo o la concesión de transferencias o a que se realicen determinadas lecturas del Estatuto. Nadie puede entender ya que se condicione la lucha contra el terrorismo a que se realice tal o cual transferencia: La autonomía vasca se va a desarrollar, como ya se ha dicho, porque es una necesidad política, no porque exista terrorismo.

A mí me hace mucha gracia cuando se reclaman medidas políticas para acabar con el terrorismo. Quienes las reclaman nunca las concretan y, además, después de todos estos años en que cada vez que se ha producido un avance político importante, como la Constitución o el Estatuto de Autonomía, la respuesta de ETA ha sido una nueva escalada terrorista. Habría que recordarles que el año de la aprobación del Estatuto, es el año en el que se producen más atentados y asesinatos en Euskadi.

Aquí ya no valen más inhibiciones contra la violencia. El Estatuto de autonomía no hay que desarrollarlo porque haya violencia, sino porque es el compromiso democrático adquirido con su aprobación. Admitir ese argumento nos llevaría al contrario: si no hubiera violencia, según eso, no habría que desarrollar el Estatuto, lo cual equivaldría a reconocer que la violencia ha sido útil.

—*El Estatuto de Gernika significó un gran esfuerzo de todas las fuerzas democráticas vascas para buscar un camino de convivencia. Muchos pensamos, entonces, que se*

iba a cerrar la página de la historia que contiene el «contencioso vasco» y que se abría una etapa de construcción de Euskadi desde la convivencia, la tolerancia y el pluralismo. Sin embargo, parece que no hay acuerdo en Euskadi. De la lectura de los programas de todos los partidos para las elecciones, pudiera deducirse que en el País Vasco nada está claro, ni siquiera el marco jurídico y político de la convivencia democrática. ¿Se puede, todavía, tener la esperanza de una Euskadi en paz, desdramatizada en el debate de sus problemas, y construida con una perspectiva de futuro y de progreso?

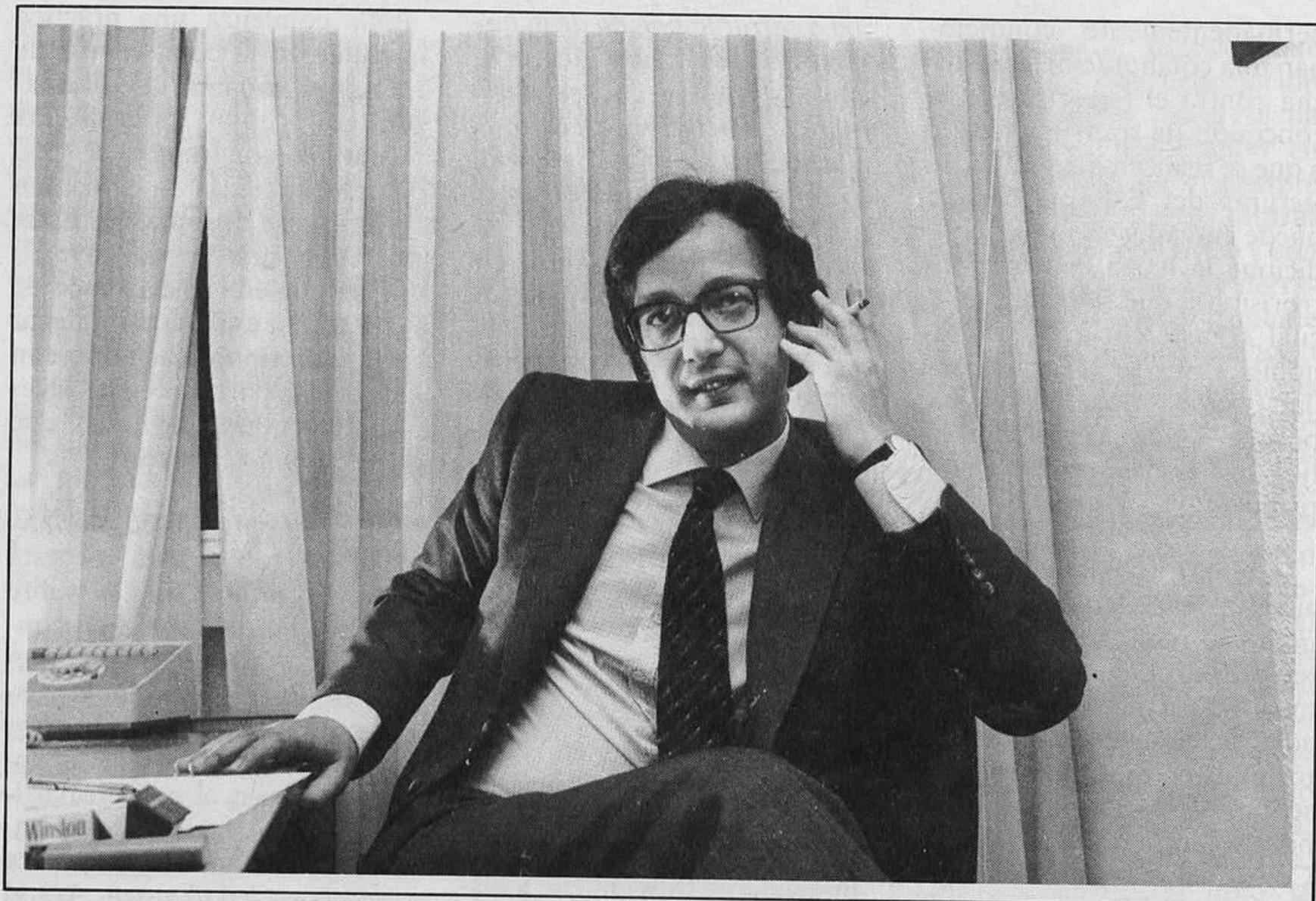
—Efectivamente, en el año 1979, bajo la presidencia de Ramón Rubial, esto no hay que olvidarlo nunca, se logró un pacto de trascendencia histórica. Por primera vez, partidos tan diferentes como el Partido Nacionalista Vasco, el Partido Socialista de Euskadi, la Unión de Centro Democrático, el Partido Comunista de Euskadi, Euskadiko Ezkerra, el Partido Carlista, etc., conseguimos ponernos de acuerdo en un proyecto común de convivencia para el pueblo vasco, concretado en el Estatuto de Autonomía. Este hecho no se había producido nunca en la historia de nuestro pueblo, en la que existieron diferentes proyectos estatutarios que nunca alcanzaron un consenso tan amplio. Lamentablemente, la unidad y el consenso iban a durar muy poco tiempo. Inmediatamente después de la aprobación del Estatuto, en enero de 1980, los diputados del PNV abandonaron el Parlamento y permanecieron fuera de la máxima institución democrática española hasta el mes de septiembre. A partir de ahí, el

PNV comienza una práctica política en la cual, en vez de aunar el máximo de voluntades en torno al desarrollo del Estatuto, que hubiera servido para estabilizar la situación política, se apropia del Estatuto y, lo que es más grave, lo desarrolla en el País Vasco de una forma unilateral sin llegar a ningún tipo de acuerdo con los demás partidos en las leyes fundamentales y básicas que desarrollan el Estatuto.

En el País Vasco no hay acuerdo sobre nada. Se está construyendo Euskadi sobre un castillo de naipes, en contra de los criterios de la mayoría de los partidos políticos. Hemos asistido, durante estos últimos años, a un intento totalizador, en el que un partido, el PNV, ha tratado de imponer sus señas de identidad a toda la sociedad vasca. Así, el himno de un partido se ha convertido en el himno oficial de la Comunidad Autónoma; se ha hecho una reforma electoral con los votos del PNV exclusivamente; con la Ley de Territorios Históricos, ha ocurrido lo mismo. En definitiva, desde los poderes públicos y en base a las señas de identidad nacionalistas, se está pontificando continuamente sobre lo que es vasco, sobre lo que no es vasco, sobre lo que es antivasco, ignorando la existencia de una sociedad plural, en la que cada vasco tiene derecho a ser como le dé la gana, siempre que respete la libertad de los demás.

—*En el País Vasco, ¿hay una sociedad plural, o hay dos comunidades enfrentadas?*

—Yo creo que en el País Vasco hay una comunidad, la comunidad nacionalista, o como ellos mismos se llaman, la



comunidad «abertzale» —patriota. Una comunidad que tiene definidas sus señas de identidad, sus objetivos, sus orígenes, su fundador... y que operan como una comunidad nacionalista, con un sentido exclusivo y excluyente del propio concepto de vasco. Y que, además, trata de imponerse al resto de los ciudadanos. ¿Y qué pasa con el resto de los ciudadanos? Pues el resto de los ciudadanos, muchos de ellos también nacidos en Euskadi y que no coinciden en la forma de entender lo vasco, no componen otra comunidad, porque es una realidad pluralista con un espectro ideológico muy amplio, sin señas de identidad exclusivas. Desde luego no se actúa como comunidad ni siquiera para denunciar los abusos de la comunidad nacionalista. En el terreno del euskera, por ejemplo, se están cometiendo verdaderas discriminaciones.

Lamentablemente se ha perdido una ocasión histórica para haber cohesionado a la propia sociedad vasca, llevando a cabo un proyecto aglutinador de la sociedad para que, al final del proceso de construcción interna de la comunidad, todos los sectores sociales del País Vasco, la sientan como propia.

—Según lo que usted me dice, considera que Euskadi es una realidad todavía por construir. ¿Cuál es, en resumen, el proyecto de construcción nacional de Euskadi del Partido Socialista?

—Creo que hay que establecer prioridades a la hora de resolver problemas y, evidentemente, el primer problema es el de la violencia, de la que ya hemos hablado. Mientras no resolvamos el problema de la violencia seguiremos viviendo en una sociedad que no es

plenamente libre, que no es plenamente democrática. Porque, además de otras consideraciones, es sabido que el terrorismo distorsiona los debates de la sociedad, los envuelve e impide que se afronten con libertad.

El Partido Socialista de Euskadi tiene su proyecto de construcción interna. Pero lo fundamental, en Euskadi hoy, es conseguir un amplio consenso social y político. En España se ha pactado un marco común de convivencia entre la derecha y la izquierda, como salida a una historia llena de enfrentamientos, de vencedores y de vencidos. Lamentablemente en el País Vasco todavía no ha ocurrido algo semejante. En el País Vasco no se han superado la dialéctica de las pistolas. Somos los últimos españoles violentos. Todavía no hay un consenso sobre un marco co-

ENTREVISTA

mún de convivencia democrática.

Está claro que o resolvemos este problema primero, o no hay forma de resolver ninguno de los problemas del País Vasco.

Sin embargo, estoy plenamente convencido que resuelto el problema de la violencia, la velocidad de recuperación de Euskadi puede ser asombrosa y puede volver a ser el País que fue, admirado y res-

petado por todos. Creo que estamos en el buen camino para conseguir el final del túnel de la violencia. Nos podrá costar algo más o menos, pero estamos en vías de conseguirlo.

Ha caído la noche sobre la ciudad. Sigue lloviendo en esta tarde de domingo en la que los militantes de los partidos han comenzado a poner sobre las paredes los pasquines de la propaganda electoral. Preten-

den crear ilusión sobre sus opciones. José María, «Txiki» Benegas se muestra optimista sobre los próximos comicios. Al salir a la calle, le veo, una vez más, sonriente, desde una inmensa valla publicitaria. «Txiki Benegas, lendakari. Por la paz», rezan los títulos, el eslogan de la campaña. Falta poco, ya, para saber quién será el próximo lendakari de los vascos.

Carlos CARNICERO

Leviatán, Extraordinario, FEBRERO 1984

TIEMPO DE



SUMARIO Invierno 84

nº 1



	Presentación	2
	Russell-Einstein: treinta años después	4
	Manifiesto contra la guerra nuclear. B. Russell y A. Einstein	8
	Carrera a tumba abierta. Kent Coates (Presidente de la B. Russell Peace F.)	12
	Hacia el salto tecnológico. Enrique Gomariz Moraga	24
	Misiles de alcance medio en Europa	34
	El fracaso de las negociaciones sobre armamento. Frank Blakaby (Director del SIPRI)	36
	Una doble decisión (militar y política). Víctor Maté	42
	El pacifismo español levanta el vuelo. Inmaculada de la Fuente	50
	Los pacifistas del Este piden la palabra	60
	Condiciones para un diálogo pacifista entre el Este y el Oeste. J. Hajek	62
	No basta gritar en Occidente. J. Pelikan	65
	Un verde en la plaza roja. Conversación con M. Horacek	67
	Entrevista con Carlos Fernández Espeso. (Director general para asuntos internacionales de Seguridad y Desarme). Fernando Valenzuela	70
	La reconversión ecológica de la economía. Artemio Precioso	74
	Pacifismo y feminismo en España: Primera aproximación. Regina Rodríguez	82
	Sondeos de opinión: Los porcentajes del Miedo. Peru Erroteta y Jaime Miquel	88
	Notas	
	Proposiciones pacifistas de un militar. E. Gomariz. 98. Entre Granada y Nicaragua. A. Cañas. 99.. Al Este del Averno. Pedro Pardo. 101. La Iglesia y el régimen militar chileno. Mario Boero. 102.	97
	Culturas, Libros, Artes	105
	Violencia y guerra en el pensamiento de Sartre. Celia Amoros	106
	Tres minutos para la media noche. (Bibliografía indicativa). Carlos Alonso Zaldivar	118
	Imágenes. Soledad Sevilla. Boston, 1981.	124
	Crónica. Carlos F. García	133
	Cronología	137

Suscripciones: (1.300 Anual) - Apartado 59.014 - Tel. 766 39 49 - MADRID

PRIETO Y EUZKADI

Enrique Múgica Herzog



Aunque ovetense por nacimiento, Prieto vivió bilbaíno (y murió como tal en México, pues la Villa atravesada por el Nervión era pilar de su nostalgia), representando a la ciudad que lo hizo suyo en las legislaturas de 1918, 1919, 1923, 1931, 1933 y 1936, después de haber sido en 1915 concejal de su Ayuntamiento, y en 1911 diputado provincial de Vizcaya.

Su talante de periodista —muy vinculado en él al po-

lítico— allí también lo desarrolló llegando a ser propietario de «El Liberal», denominación que no correspondía a la herencia de un convencionalismo decimonónico, sino a un signo de identidad de las Siete Calles en cuyos soportales amanecidos se voceaba el diario, para que los menestrales que las habitaban recordaran que eran los herederos de «los ciudadanos con sentimientos liberales, que salieron de sus tiendas a pelear para colocarse la gorra de auxilia-

res y salir con el fusil a defender la independencia de Bilbao».

Primeramente, en la carlistada de 1833-1839, cuando Zumalacárregui contemplaba desde las alturas de Begoña la tenaz resistencia de los progresistas bilbaínos a dejarse ensillar por sus doctrinarios y rígidos batallones. Después, en la segunda carlistada —tan bien retenida por el niño Miguel de Unamuno en la retina de «Paz en la Guerra»— cuando la pasión democrática que alentaba junto a El Arenal quebrantó el cerco faccioso. Por lo tanto, para el ciudadano de Bilbao ser partidario del liberalismo constituía algo distinto que para el enriquecido labrador manchego o extremeño que en almoneda se había alzado con los sabrosos despojos de la Desamortización. Ser liberal en Bilbao era ser militante de las ideas que sustentaban la Libertad y de la práctica que la consolida. También el entramado urbano de la ciudad, en cuyas calles se alineaban los perfiles de las instituciones financieras, en cuyos muelles se cargaban y descargaban sólidas mercaderías, y a cuyas puertas se extendía la opaca solidez de la gran industria, expresaba que Bilbao constituía un vertebrado espacio europeo en el que ser liberal era un dato natural, un incitante modo de ser, una insoslayable cotidianeidad.

Por ello es lógico que Indalecio Prieto, tan vinculado a los trabajadores vizcaínos, a los que expresó como ninguno, y al mismo tiempo con tanta querencia por su Bilbao y tan compenetrado con la sensibilidad progresista que la alentaba, dijera «soy socialista a fuer de liberal» abriendo con estas seis palabras no solamente su espíritu, sino el horizonte intelectual y moral

Se caminaba hacia una visión más rigurosa y menos exclusivista de la historia del País, que incitaba a una mayor comprensión del mismo.

que medio siglo después convertiría a su partido en hegemónico.

Mas Bilbao, en el pluralismo de sus actitudes, era también la más importante de las ciudades vascas, la cuna sabiniana del movimiento nacionalista y, por lo tanto, el cuadro relacional político-social casi siempre tensionado, aunque a veces cordial.

La oposición de Prieto al nacionalismo fue un dato duradero, aunque se desdobra en su posición ante el PNV y su comprensión del fenómeno nacionalista. Respecto al primero estaba dictado por el emplazamiento que en el entramado clasista ocupaban ambas organizaciones y sus adversas concepciones políticas y culturales, pues mientras el PSOE trataba de protagonizar un proceso de cambio radical, que vinculaba el desarbolamiento de las estructuras económicas y una visión agnóstica de la existencia, el PNV mostraba un recalcitrante atavismo no solamente en la apropiación dominical de los bienes, sino en una reflexión sobre el desarrollo social desde un difícil talante integrista. Esta oposición continuó y prosigue, aunque el contenido de la misma se halla atemperado, porque la sociedad bipolarizada en que surgió ha ido cediendo ante un entramado social más complejo que incita a la racionalización y al amortiguamiento de las confrontaciones.

Mas lo que interesa, al margen de la modulación encon-

trada entre el PSOE y el PNV, es la visión prietista de la singularidad vasca como expresión cultural, y no cabe duda que aquí intervinieron diversas aproximaciones que fluctuaban entre la inicial incompreensión, y la posterior aceptación del hecho, que si no fue asumido con afecto pleno, sí fue integrado en su actividad política como una de las cuestiones fundamentales del estado democrático, y sin cuya solución éste no terminaría de cuajar.

Las sucesivas actitudes que el nacionalismo se vio obligado a adoptar, ya que su consideración primaria de la sociedad vasca —desde un anclaje mental ruralista— iba resultando desfasado, incitaron en Prieto a reflexiones más rigurosas que las planteadas por un esquematismo forzado por la dicotomía burguesía-proletariado.

La primitiva mitificación sabiniana de la sociedad vasca como armonía igualitaria, que todavía sigue conservando vigencia retórica, se quiebra ante la realidad. Durante la Guerra del 14 las posiciones germanófilas de Luis Arana Goiri —hermano del fundador— y de un grupo de seguidores, las cuales contrastaban con las exigidas por las ideas y los intereses de los vizcaínos —parte importante de su producción siderúrgica y naval era exportada a los aliados—, fue un acicate circunstancial, aunque eficiente, para que salieran a la luz las divergencias entre los independentistas

y los autonomistas, nucleados éstos por la capacidad financiera y el vigor de la adhesión suscitados por Ramón de la Sota en una burguesía a la busca de modelos. Mientras los aranistas se reunían bajo la denominación Partido, los segundos, más amplios y flexibles, se concentraban bajo la de Comución. Uno de los hombres de Sota, Eduardo Landeta, exhortaba: «No hablemos más de independencia. No hablemos más de separatismo. El programa de las aspiraciones nacionalistas ha sido equivocadamente planteado en Euskadi. Quiero la autonomía para mi Patria porque la labor que hay que realizar para conseguirla brinda amplio campo de acción donde manifestarse todas las iniciativas vascas, y muy especialmente a su juventud, campo que no ofrece, que no puede ofrecer, la acción nacionalista, a base de separatismo e independencia, laberinto o callejón sin salida éste en el que, irremediamente se malogran, se frustran, se asfixian por falta de aire respirable los más grandes esfuerzos y los mejores anhelos y deseos vascos». Este esfuerzo por superar atavismos y callejones sin salida segregacionistas, afirmando la singularidad euskaldún, mas esforzándose por integrarla en horizontes más amplios, se doblaba con realizaciones culturales de amplio espectro y aliento sugestivo, como el de la revista «Hermes», que entre 1917 y 1922, bajo el mecenazgo de Sota, acogió tanto a Unamuno, Baroja, Zuloaga, Basterra y Mourlane Michelena, como a Telesforo de Aranzadi, Eleizalde, Belausteguigoitia y Campión. «Hermes» quiso ser, y lo consiguió durante su corta singladura, la proyección intelectual y estética de un nacionalismo ecléctico con ambición de asumir la obra de

los creadores vascos con independencia de su contenido, adscripción política o vehículo semántico.

Todos estos datos, en parte posteriormente frustrados, fueron apreciados por Prieto como expresiones significativas de que comenzaba a cuartearse la uniformidad del movimiento nacionalista, cabalgando al dictado de una evocación romántica y estereotipada de lo vasco; mas esta perturbación no caminaba en el sentido de una superación del nacionalismo sino de una reflexión más modulada y plural de éste. Como consecuencia de ello se caminaba hacia una visión más rigurosa y menos exclusivista de la historia del País, lo que, a su vez, incitaba a una mayor comprensión del mismo, por lo que desde la opuesta perspectiva progresista y empujados por una abstracta contemplación universalista, se obstinaban en no asumir las peculiaridades del hecho vasco.

Por otro lado, una parte, pequeña pero relevante, del nacionalismo, integrada por la burguesía liberal de Bilbao y Baracaldo, trató de modernizarlo con criterios democráticos fundando, pocos meses antes de la instauración de la República, Acción Nacionalista Vasca, la cual colaboró con la izquierda, incluso formando parte del Frente Popular, partiendo de que aquella abogaba por «una estructuración del estado menos unitarista», lo que contribuiría a alcanzar para Euskadi «un régimen jurídico-político más en armonía con los imperativos democráticos bajo los que ha vivido y quiere vivir nuestro país».

Estas actitudes, dictadas por una reflexión intelectual

abierta y por un sentido de solidaridad, de las que normalmente el nacionalismo había-se automarginado, marchaban paralelamente a la compenetración prietista con la exigencia de la autonomía vasca, compenetración que le llevó a adoptar algunas importantes iniciativas.

— Como Ministro de Hacienda restableció la audiencia previa a las Diputaciones vascas para la renovación del concierto económico, de forma que éste como fundamental instrumento fiscal vasco recobrase su jerarquía al ser consecuencia de un pacto entre el Gobierno del Estado y las administraciones euskaldunas, jerarquía que había sido eliminada por la Dictadura primoriverista al negar el imperativo de la negociación entre dichos entes.

— Prieto redactó el decreto del 8 de diciembre de 1931 sobre las normas para la concesión de autonomía a las provincias vascas y Navarra. Hay que tener en cuenta que al ser rechazado por inconstitucional el Estatuto de Estella, elaborado por un bloque de jeltkides y carlistas, se había llegado a un callejón sin salida en el trámite autonómico, y que fue precisamente Prieto, con su dedicación, quien lo desbloqueó.

— Fue el dirigente socialista, con el apoyo conjunto de las izquierdas y de los nacionalistas, el que presidió en Zumárraga el 4 de septiembre

de 1934, la asamblea de ayuntamientos vascos, en la que los diputados a Cortes sostuvieron la rebelión municipalista contra las pretensiones del poder central de vulnerar los conciertos económicos.

— Como Presidente de la Comisión de Estatutos del Congreso, tomó en sus manos el Estatuto Vasco, lo empujó con firmeza, lo defendió con ilusión, y con la determinación debida consiguió su aprobación.

Posteriormente, cuando tras la caída de la República las fuerzas vencidas comenzaron a soslayar el desencanto engendrado por la humillación de la derrota, iniciando un nuevo despegue con la mirada puesta en el rescate de la libertad perdida, se hicieron más pródigas las relaciones entre Prieto y los nacionalistas.

La evocación emocionada de Bilbao, para aquél; de Bilbao como ciudad vasca en el apasionado contexto de la Euskadi sometida, para éstos; y la certeza intelectual de que su recuperación no podía lograrse sin el entendimiento entre ambos, implementó, durante varios lustros, relaciones afectuosas, cordiales cooperaciones y fecundas y coordinadas actitudes, que culminaron quince años después de su muerte en el Frente Autonómico para el Senado, en las Elecciones Generales de 1977.

La compenetración de Prieto con la exigencia de la autonomía vasca le llevó a adoptar algunas importantes iniciativas.

Posteriormente se torcieron las convergencias crispándose los ánimos en recriminaciones en las que la razón no ocultaba, a veces, el empuje de lo visceral.

En estos momentos de confrontación, y para evitar que

ésta grave con exceso el destino de una Euskalerría más necesitada de responsable serenidad que de impresionable espontaneidad, es bueno recordar a Prieto y tener presente su periplo desde la opacidad centralista al entendimiento autonómico.

silencio, confirmando el cruel pronóstico de un fallecido crítico, «les quitas a Franco y se quedan en nada», por más que nos conste el duro esfuerzo que sus miembros más válidos están haciendo, evolucionando hacia la poesía pura.

LO QUE MENOS IMPORTA, LA CULTURA

Raúl Guerra Garrido

Uno es tremendamente escéptico con relación al término cultura, algo que en este país (y en el otro) sólo preocupa a los políticos en víspera de elecciones, después ya se sabe, «el que vale, vale, y el que no a Cultura»; pero como a pesar de todo existe, por más que a los electores les deje tan indiferentes como a los elegidos, trataré de analizar el tema con la mayor objetividad posible. En el País Vasco, en los últimos tiempos, podemos distinguir dos etapas bien diferenciadas, las de antes y después del Estatuto de Guernica/Gernika y así vamos a hacerlo.

*Antes del Estatuto:
del desencanto a la esperanza*

Parece que las expectativas culturales surgidas al término

del franquismo, que preveían un resurgimiento posibilitado por las nuevas libertades, la abolición de la censura y el desarrollo de la diversidad española, se están frustrando en gran parte y el estado de ánimo general es el de desencanto, que en el País Vasco bien pudiera ser el de desconcierto.

Si en España sigue siendo una triste realidad lo de escribir es llorar, en Euskadi cualquier cometido cultural no es sólo llorar, sino también discutir, básicamente discutir de política, pues la política lo inunda todo y sin unas mínimas referencias a ella la situación resulta ininteligible. Un ejemplo claro de este clima desconcertante es lo sucedido con el euskalkanta, uno de los movimientos más fuertes de los últimos tiempos, los cantautores se han replegado al

La situación cultural no es buena, pero, ¿cuándo lo ha sido? Una circunstancia pretérita y castradora que hay que tener siempre en cuenta en este tema es la ausencia de una universidad del País Vasco, unida a otras razones históricas que casi nunca se hacen constar y que pueden concretarse en un asentamiento tardío de la burguesía —y la cultura en la que nos movemos es esencialmente burguesa—, una falta de tradición en la industria de la cultura, ya que la costumbre tiende hacia las actividades pesadas y así tiene una paradójica gran importancia la fabricación de papel, y la falta de una macrociudad, por otro lado no deseable, en donde se pudieran concitar una serie de intereses e interesados hoy sumamente dispersos. El deterioro que hayan podido producir estas circunstancias esta aún por evaluar, y hoy se encuentra enmascarado por un mercado positivo de bienes más bien de uso y consumo como son discos, periódicos y revistas.

La querencia más acentuada se vuelve hacia lo propio o autóctono en una búsqueda incesante de las raíces, a veces hasta el detalle de miniador, en donde la recuperación del idioma, del euskera, ocupa los mayores esfuerzos. Y esta vuelta toma sus formas más válidas y dinámicas de la revolución juvenil, adoptando sus formas más libertarias y colectivas como son el movimiento asambleario y la movilización de masas; la marcha, la sentada y el *happening* son

La búsqueda de las raíces, cuando se concreta en el idioma, se hace a veces demasiado áspera...

sus herramientas favoritas, las paredes su medio de comunicación social, las pintadas pueden convertirse en auténticos murales, como ocurre con los firmados por Kolectibo Barro, y los ecologistas antinucleares llegan a plasmar en poemas sus alegatos, como éste de solidaridad con Valdecaballeros:

NUKLEARRIZ EZ

Pueblo extremeño explotado desde el origen del tiempo, expulsado de tu seno por gentes de mal agüero.

Esos mismos que hoy prometen justicia, pan y trabajo fueron culpables un día de los campos expoliados.

Quieren quitarnos el agua, el trigo de nuestro pan, para poder apagar la sed por siempre siniestra de la central nuclear.

No dejes, pueblo extremeño, que decidan en Madrid los derechos de tu pueblo, tu deseo de vivir.

(Comité Antinuclear de Alza.)

Esta actitud, tomada como pauta de comportamiento cultural, es lo más original, y podría marcar un camino siempre que se liberara de las múltiples manipulaciones demagógicas que la acechan y fuera consecuente consigo misma: el césped, tras una acampada de los ecologistas, no ofrece demasiado buen aspecto.

La búsqueda de lo propio llega a todos los ámbitos, has-

ta a una de las facetas más entrañables del país, la gastronomía, y así ha tomado carta de naturaleza la nueva cocina vasca, cuyo sumo sacerdote, Juan Mari Arzac, pontifica desde sus pucheros; uno se manifiesta acólito convencido y la definiría como sabia conjunción del buen saber hacer francés sobre las buenas materias primas locales.

La búsqueda de las raíces, cuando se concreta en el idioma, se hace a veces demasiado áspera, pues es precisamente en este terreno donde la lista de agravios es más larga y profunda, no están tan lejos los tiempos del «habla la lengua del imperio» y ya en los sesenta, tan próximos, el intento de abortar las ikastolas cuando la Guardia Civil clausuró, a punta de metralleta, la de Lazcano, en donde unos pocos niños intentaban aprender a leer y escribir en su propia lengua, el vasco. Hasta hace muy poco el expresarse en euskara tenía carácter de resistencia al fascismo. De esta situación política tan distorsionada se derivan comportamientos crispados que, según parece, aún pueden prolongarse por mucho tiempo. Algunos llegan a un auténtico provincianismo, precisamente cuando la provincia se abandona a favor del territorio autónomo, como es el caso del Ayuntamiento de Galdácano al suprimir de su callejero los nombres de Lope de Vega, Cervantes, Menéndez Pelayo, Velázquez, Severo Ochoa, Marañón, Miguel de Unamuno y Ramón y Ca-

jal. Karlos Garaikoetxea, presidente del Consejo General Vasco, comentó: «nos ponen difícil lo de Navarra en Euskadi, pues Cajal, como yo mismo, es navarro». Se olvidó de Unamuno, pero no importa, porque la motivación no es geográfica sino lingüística.

Con relación a este punto, idioma/cultura, el crucial de nuestra hora presente, escribí en *Egin*: «En demasiados cursos sobre la cultura vasca, al llegar el turno a la nómina de escritores, se produce la ausencia de los escritores vascos que se expresan en castellano. Es obvio que, apurando el término, la única identidad de una literatura es la identidad lingüística y, en consecuencia, los escritores vascos en lengua castellana están vinculados a la literatura de los veinte países que se expresan en español/castellano, pero no es menos obvio que una cultura no es exclusivamente lingüística y que los escritores cuya ausencia estamos comentando están de hecho inmersos en otros aspectos de la cultura vasca. El no pertenecer a una literatura sirve de coartada excluyente de toda una cultura... Por escritor vasco entiendo, y esto es fundamental, a todo vasco que escribe con intención literaria o culta en temas varios, sin que sea admisible en la libertad el que tenga que ajustarse a unas coordenadas previas para ser así calificado. Por vasco está claro que se entiende a todo aquel ciudadano que suda su plusvalía en Euskadi, definición que parece les cuesta digerir a ciertos partidos, a pesar de lo alegremente que lo sueltan en sus mítines. Me parece mezquina la maniobra tendenciosa, por insinuación u omisión, demostrativa de que el hecho de persistir en el castellano, tras la dic-

tadura, es identificarse con las fuerzas políticas que en su día prohibieron el uso del euskera... El verdadero perjuicio se sigue para una cultura vasca en formación, en un momento crucial, que desgaja sin darse cuenta una de sus ramas más importantes. Los ejemplos de Ignacio Aldecoa (autóctono: Vitoria) y Luis Martín Santos (foráneo: Larrache), por hablar sólo de los fallecidos, son altamente significativos. Si no son escritores vascos y si no se quiere que formen parte del patrimonio cultural vasco, es que algo grave está ocurriendo aquí. La postura no me parece necia sino suicida».

La polémica sobre el escritor vasco enmascara otra mucho más radical, pues en el fondo incide en saber si se acepta o no una cultura bilingüe. La polémica se prolonga tan estéril como contradictoria, y así Luciano Rincón, bilbaíno de toda la vida, manifiesta en *El viejo topo* su condición de extranjero en Vizcaya por escribir en castellano. La polémica, que se reproduce de forma idéntica entre los cineastas por utilizar la palabra hablada, fue recogida en el tomo *Narrativa vasca actual*¹, que consideramos básico para quien quiera profundizar en el tema.

El acontecimiento socio-político más importante, por el cambio de filosofías que supuso, fue el paso de la cartera de Cultura, del Consejo General Vasco de manos socialistas, con un equipo de intelectuales, a nacionalistas, con

un equipo de tecnócratas. Mientras para los primeros «el objetivo que nos marcamos no fue dirigir nada, sino estimular, apoyar y coordinar las iniciativas surgidas espontáneamente a todos los niveles», para los segundos su labor es «ser el cerebro de una cadena que pase por las diputaciones, ayuntamientos y desemboque en las entidades culturales». Causó una cierta perplejidad el hecho de que el PNV, tras haber luchado denodadamente para quedarse con la Consejería de Cultura, suprimiese de su Diario *Deia* las páginas culturales porque, según el informe de sus consultores, son páginas que no venden. En dicho periódico declaró L. A. Aramberri: «podemos pasar diez años sin canto, música o teatros vascos, pero si pasamos diez años sin hablar euskera y sin dar una solución real al problema de nuestra lengua, ésta se perderá... la consecución de una televisión vasca, que emita casi exclusivamente en euskera, es nuestro objetivo cumbre». A lo que el poeta Gregorio San Juan, del anterior gabinete, respondió: «alternativas tan ultimistas y unilaterales como las de Aramberri pueden conducir al abandono en la práctica de toda actividad cultural que no esté directamente relacionada con el euskera, olvidando la demanda cultura del 74 por 100 de vascos que no conocen dicha lengua». El riesgo es la escisión de Euskadi en dos comunidades de distinta categoría.

La situación podría resumirse así: para el PNV la cul-

tura se reduce a un único objetivo: euskera. El idioma lo es todo. Las dislocaciones vienen de que esta política es más educativa que cultural y si le cuadra bien, con la debida prudencia, a la Consejería de Educación para llegar a un bilingüismo real en un tiempo razonable y sin traumas.

La plena recuperación del euskera pasa por la consolidación de un idioma literario unificado, esto es evidente y en esto trabaja la Real Academia de la Lengua Vasca o Euskaltzaindia, y, sin embargo, en este año, intelectuales afines a las ideas de Sabino Arana han fundado una contra-academia, la Euskera-zaintza, en defensa del idioma popular, básicamente el guipuzcoano, al considerarlo el más puro, puesto que Guipúzcoa es la única provincia rodeada de territorio vasco. La primera denomina al idioma euskara y al país Euskadi; la segunda, euskera y Euzkadi respectivamente. La complejidad del país nos sitúa en una aparente paradoja, de la que los intelectuales más jóvenes colaboran con la academia oficial y los más conservadores se independizan a favor de lo popular.

En estas circunstancias, los escritores euskéricos dedican la mayor parte de sus esfuerzos a la consolidación del idioma. Los estudios lingüísticos, las gramáticas, los vocabularios, se imponen a la literatura de creación, que además presenta el inconveniente de un reducido mercado con sus lógicas cortas tiradas; no obstante se puede observar la aparición de nuevos valores, muy jóvenes, que rompiendo con el costumbrismo tradicional incorporan nuevos modos de hacer a sus obras vinculándose al mundo moderno de la literatura². Su objetivo, se-

La polémica sobre el escritor vasco enmascara otra mucho más radical: si se acepta o no una cultura bilingüe.

La plena recuperación del euskera pasa por la consolidación de un idioma literario unificado...

gún definición propia, es conseguir: «un idioma urbano».

El conjunto de saberes en las artes, ciencias y letras, que forman el patrimonio cultural de un pueblo, se intentan agrupar de nuevo en torno a una institución cargada de historia como es la Eusko Ikaskuntza o Sociedad de Estudios Vascos, suprimida tras la guerra civil y puesta en marcha otra vez en la asamblea de Oñate a finales del 78, bajo la presidencia de J. M. Barandiarán, quien propuso en dicha ocasión ser el centro de convergencia de todos los vascólogos de aquí y de todo el mundo. Sus secciones científicas, de las matemáticas a la medicina, son las más problemáticas, pues el tiempo histórico que nos toca vivir no parece muy propicio a que esfuerzos similares a los realizados por los legendarios Caballeros de Azcoitia tengan éxito, pero la voluntad por conseguirlo está en pie.

El ciclo terminó con un acontecimiento fundamental, la aprobación del Estatuto de Guernica. En un régimen autonómico parece que las posibilidades de nuestra cultura son mayores, siempre que las fuerzas progresivas se impongan a las arcaizantes, y así el futuro, aunque difícil, muy difícil, deja abierto un resquicio a la esperanza.

Después del Estatuto: el fuego purificador

Con las primeras elecciones para constituir un Gobierno y

no un Consejo General Vasco, las esperanzas del cambio cultural se esfumaron, ganó el PNV y su arcaizante idea de lo que debe ser la recuperación de la identidad nacional vasca se hizo, se está haciendo, legislación. Un gobierno monocolor y un parlamento con mayoría absoluta, gracias a la inestimable colaboración por ausencia de Herri Batasuna, le permiten enunciar un rotundo: Euskadi somos nosotros, los que no piensan como nosotros son antivascos.

En la cultura oficial, para que todo quede atado y bien atado, sus normas se siguen al pie de la letra mediante un nepotismo que a veces sonroja hasta al mismo beneficiario. Se pueden hacer cosas y se hacen las más espectaculares en rentabilidad política inmediata como la creación de la Orquesta Nacional de Euskadi, el Antzerti (Teatro), etc. Al mismo tiempo se desarrollan conceptos estatutarios que deben proporcionar un juego fundamental si se les deja evolucionar en libertad, básicamente la Universidad del País Vasco y la televisión, Euskal Telebista (según J. Arregui, «el único medio de comunicación social que se expresa enteramente en euskera porque su presupuesto corre a cargo del erario público y no del partido»).

Lo que pudiéramos llamar infraestructura cultural (*Deia* recupera sus páginas culturales y ahora con profusión), se supervisa con minuciosidad y lo que no se puede controlar

se corta expeditivamente. Dos actuaciones me parecen claras para definir esta atmósfera de invernadero:

Una, la quema de libros. El concurso de cuentos del Excmo. Ayuntamiento de Bilbao, nada más instituirse, dio como ganador al joven Juan Jesús Fernández de Retana con el titulado *Epitafio del desalmado Alcestes Pelayo*. Un alcalde, de cuyo nombre no quiero olvidarme, Jon Castañares, ordenó la quema puesto que «contiene palabras soeces, útero, por ejemplo» y así alcanzó el honor de ser el primer Torquemada español surgido tras la muerte de Franco. El acontecimiento fue lo suficientemente comentado en su día como para no insistir más que a título de recordatorio. Lo malo del hecho no es que un individuo aislado se envilezca o enajene, sino que el grupo en cuyo nombre ejerce el poder no lo desautorice.

Dos, la supresión del maligno. El Villa de Bilbao de novela sufrió la defenestración de dos miembros de su jurado por motivos ideológicos, al solidarizarse el resto del jurado con sus compañeros, el remedio fue instantáneo, se suprimió el premio.

A veces el maligno es recurrente, uno de los dimitidos del Villa de Bilbao fue Javier de Bengoechea —que al mismo tiempo fue dimitido como director de la pinacoteca bilbaína—, cuyo gran pecado puede ser el entender de literatura y pintura; hay vicios imperdonables. Buen poeta, premio Adonais, reflejó lúcida y lúcidamente la situación en este soneto de resonancias unamunianas, de título «La Paz en la Guerra»:

Mala es la guerra con uno mismo, ¿de alguna fe en pos? Tan sólo creía en Dios el incrédulo Unamuno.

Gran Vasco. Español. Reúno en mí sus contras y pros. Me están convirtiendo en dos a riesgo de ser ninguno.

Vivo en una recatada Bilbao interior sitiada por el vasco neanderthal.

Mi sitio es el del artista... Con un abuelo carlista y otro abuelo liberal.

La cultura oficiosa, la que va por libre, sigue siendo la más rica y compleja, por más que sus creadores se sientan desperdigados y sin posibilidad de influir en la superestructura oficial. Como mínimos pero interesantes núcleos de aglutinación pueden citarse El Sitio (presidente: G. San Juan), la Asociación de Escritores Vascos o Euskal Idazleen Elkarte (presidente: A. Letxundi), Ateneo Guipuzcoano (presidente: J. Caro Baroja), el movimiento de la Facultad de Filosofía de Zorroaga (F. Savater, Oscar Pin, etcétera) y supongo otros todavía más mínimos que desconozco.

Los planteamientos simplistas quieren reducir el problema cultural a un enfrentamiento idiomático vasco-castellano sin atreverse a asumir el enfrentamiento universal entre las fuerzas progresivas y las arcaizantes, que aspiran a modelos de sociedad muy diferentes con independencia del idioma en que se expresen. Excepcionalmente hay palabras de hombres públicos que uno suscribiría (bilingüismo, convivencia, igualdad, respeto mutuo, futuro), como las pronunciadas por el lendakari Karlos Garaicoetxea en la entrega de los últimos Premios

Nacionales de Euskadi; mas, por desgracia, no se reflejan en la práctica cotidiana. El panorama no es muy optimista; la marcha hacia el propio ombligo como ente sublime y unívoco parece inexorable. Así es que uno se refugia en lo suyo, en la novela, en un trabajo (sólo trabaja el que no sirve para otra cosa), de tipo cultural que, para la inmensa mayoría, es lo que menos importa. Peor para la inmensa mayoría.

¹ *Narrativa vasca actual. Antología y polémica.* Pablo Antónana, Jorge G. Aranguren, Carlos Aurteneche, Rapha Bilbao, Angel García Ronda, Raúl Guerra Garrido, José Luis Merino, Ramiro Pinilla y Martín de Ugalde (Zero-Zyx, 1979).

² *Zergatik Panpox*, de Arantza Urretavizcaya (Hordago); *Etiopia*, de Bernardo Atxaga (Pott); *Ehun metro*, de Ramón Saizarbitoria (Kriselu); *Gauzetan*, de Koldo Izaguirre (Ustela saila), entre otros títulos y autores como Angel Lertxundi, etc.

REPRESENTACIONES COLECTIVAS Y CONVIVENCIA

Julio Caro Baroja

Hay que reconocer que la convivencia en ciertas partes del País Vasco, sobre todo de Guipúzcoa, no es un hecho que se observe que se desarrolle de modo satisfactorio. Las razones de esta falta de armonía, hoy, son de tipo político casi exclusivamente y se expresan también por vías políticas, en asambleas, manifestaciones, mítines, sesiones municipales, tumultos y algaradas violentas. Existe, en primer lugar, una masa de la población que en términos absolutos, no está de acuerdo con aquel famoso «consenso» que se aceptó hace años con alegría, y esta moda hace todo lo posible para anular sus efec-

tos. Pero a comienzos de 1984 se nota, también, que los partidos mayores (el PNV y el PSOE) andan muy desavenidos entre sí y que se repiten situaciones de hostilidad que se dieron durante la República, antes de la guerra del 36: hace ya casi la friolera de cincuenta años.

La repetición —se nos dirá— es de fondo y corresponde a los «ideales» de los partidos en cuestión. Esto de los «ideales» y de la «ideología» es cosa grave y nadie puede dudar de que en ella está la base de la división por partidos en todo estado democrático: también la causa de divi-

...otro proceso pernicioso, que es el de formar una imagen o representación colectiva del *otro* o de los *otros GRUPOS*, cargada de rasgos negativos y desagradables.

siones internas y escisiones de los mismos partidos. Otro elemento con el que hay que contar en la vida pública.

Pero, de una forma u otra, por esta o aquella razón, lo cierto es que hay zonas del País Vasco que viven en un estado de tensión constante, de hostilidad hacia enemigos internos y externos, de agresiones y violencias físicas unidas, eso sí, a envidiables ganas de comer y beber. Estamos en guerra —se oye decir a algún joven—. Sí; en guerra con horarios que parecen reglamentados por el chiquiteo y otras actividades que deben ser superiores a la guerra y a la ideología.

Guerra intermitente, guerra peregrina. No como la que buscaban los cosacos del Dnieper después de una hermosa borrachera, para defender la ortodoxia y humillar a los polacos católicos y a los judíos, enemigos de su Fe, según cuenta Gogol en «Taras Bulba». Nuestro país no es un país de grandes estepas y de grandes ríos; pero la juventud puede ser un poco «tarasbulbiana» por otras razones, utilizando también el alcohol para apoyarlas e invocando principios ideológicos sacrosantos, para armar sus tumultos más o menos alarmantes y a hora fija.

Desde la más ínfima taberna de suburbio o «barrio dormitorio», al caserío más idílico (en apariencia, sólo en apariencia) pasando por la confitería y la Universidad (otros

dos extremos en la vida social del país, uno en refinamiento, otro en destartalo), las pegatinas se repiten, el *slogan* se reproduce, el «concepto» corre, siempre igual a sí mismo. No busquemos algo individual en la expresión. Todos sabemos que el simbolismo político tiene que ajustarse a un principio de «socialización». En la propaganda comercial pasa lo mismo y ésta da la pauta.

Pero parémonos a reflexionar. Una cosa es que la juventud, guiada por la propaganda, adopte una moda, consuma una bebida o baile de éste u otro modo y otra cosa es que, por obra de propaganda también, se dedique a alterar la vida cotidiana... y aún a más. Existen varios pueblos de Guipúzcoa, no hay por qué nombrarlos, en los que se ha roto la convivencia y las gentes se odian entre sí de modo chocante... Lo mismo hombres que mujeres. ¿Por ideología? ¿No será más bien por simbología? Una idea en su acepción etimológica, es lo mismo que imagen. Pero hay imágenes e imágenes y parece que no es de la misma clase la que podemos tener de un objeto que vemos con nuestros propios ojos, que la que nos formamos por otra vía distinta a la visual. En relación con la imagen visual ya suele haber discrepancias. Un hombre puede enamorarse de una mujer que a otro hombre no le guste nada. Pero cuando se trata de imágenes o representaciones colectivas de otra índole, la discrepancia puede ser total y los acuerdos o desa-

cuertos traen consecuencias terroríficas cuando se trata de representaciones colectivas religiosas o políticas.

Los políticos adoptaron del vocabulario religioso la palabra «correligionario»: del que profesa la misma religión se pasó a pensar en el que profesa la misma Fe política. En que tiene el mismo Credo, en suma. La palabra es expresión de algo que en sí es neutro; pero que puede resultar siempre peligroso: cuando la Fe de los correligionarios les lleva a no aceptar la existencia normal de otros. Esto ocurre ahora en ciertas partes del País Vasco y, a mi juicio, ocurre más cuanto más elementales, sencillas y poco matizadas son las imágenes o representaciones colectivas que se tienen del propio grupo y de los grupos enemigos. El grupo político siempre se funda sobre la idea de su mayor bondad. Lo mismo el de izquierda que el de derecha. En ello ya puede haber algo de «idealización», de elevación de la realidad a un plano fantástico: el del «perfecto...» lo que sea. Pero esto en sí, aunque no sea malo, va unido a otro proceso de efectos perniciosos, que es el de formar una imagen o representación colectiva del *otro* o de los *otros* grupos, cargada de rasgos negativos y desagradables. Y esto es lo que trae al punto el deseo de violencia. Siempre igual a sí mismo: lo mismo cuando los cristianos atacaban a los moros al grito de Santiago y cierra España, que cuando el beodo cosaco del Dnieper después de su magna borrachera atacaba a los turcos o los tártaros o incendiaba los monasterios católicos de los polacos. Yo soy el representante de lo Bello, lo Justo y lo Verdadero. Tú representas lo Feo, lo Injusto y lo Falso.

¿A qué pedir más? En «nuestra Democracia» el pensamiento, trágico pensamiento, se repite, no oponiendo a cristianos, moros, judíos, paganos, etc., sino a modestos vecinos de barriadas, porque discrepan o no «comulgan» en el mismo Credo político. Otra palabra de origen religioso. Otra palabra rebajada en su acepción, la de «comulgar». Parece que el hombre actual podría tener más datos e informaciones que los hombres del pasado para no creer en bondades y maldades absolutas: para no «comulgar con ruedas de molino». Pero no. En un pueblo con escuelas, institutos, fábricas, medios de comunicación de todas clases (televisores, radios y mil artefactos más) puede haber gen-

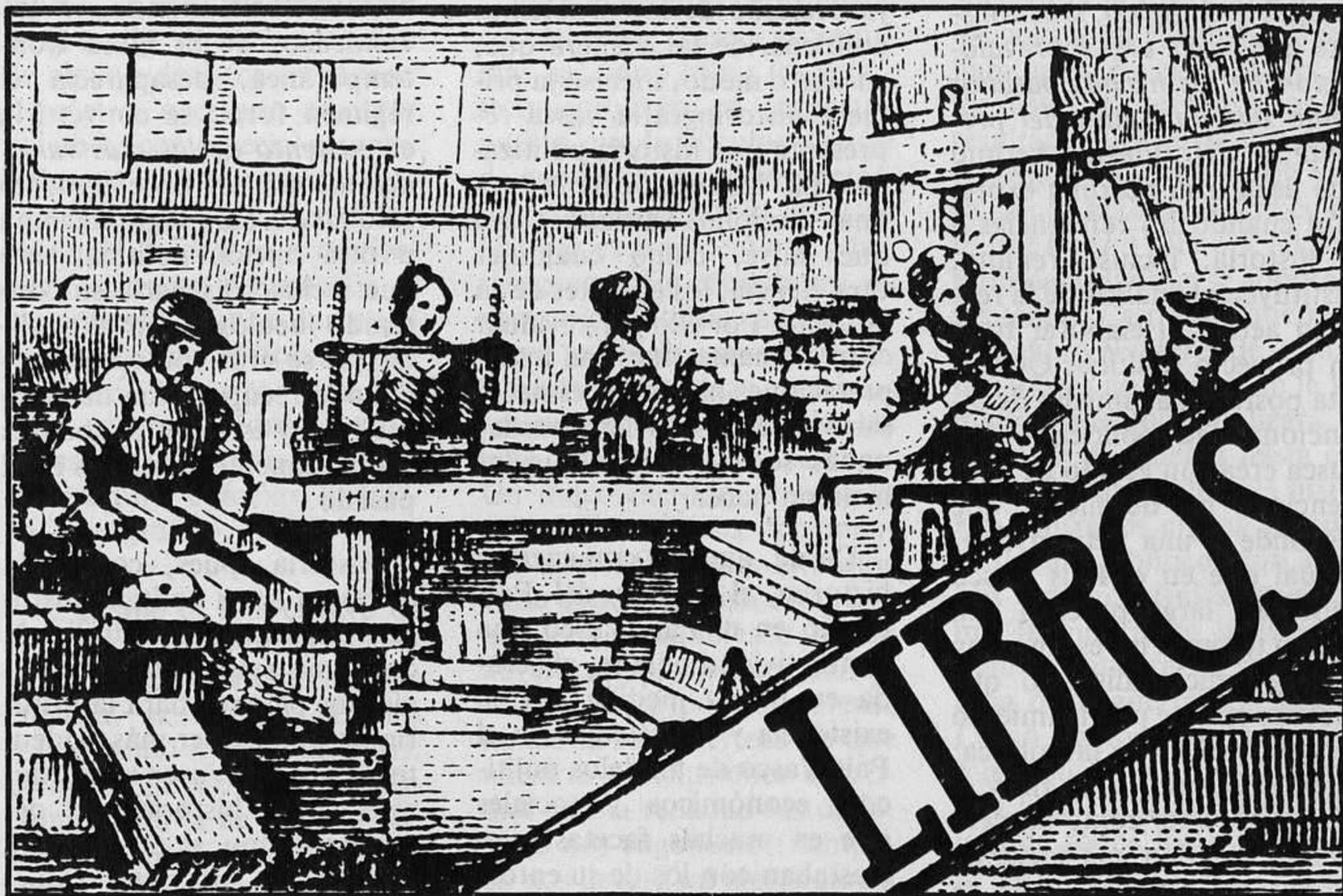
tes que tengan una imagen, una representación colectiva de algo cercano que sea comparable a la que tenía un cristiano del siglo XII de un musulmán, o viceversa. No olvidemos que aún a fines del siglo XIX había por aquí gente que creía que los protestantes tenían rabo... ¡Pero qué imágenes de España y de lo español andan por calles y plazuelas! ¡Qué idea de Madrid! ¡Qué visiones de *los otros* en general! Nos reíamos de los campesinos antiguos por algunas opiniones que tenían respecto a los hombres de ciudad, la técnica, etc. Pero ahora resulta que «representaciones colectivas» tan toscas, elementales y polarizadas se propagan, como he indicado, hasta en las universidades y

tienen como consecuencia esta forma salvaje que ha adoptado la vida social.

¿Qué hacer? Se dice desde antiguo que el problema fundamental de España es un problema de Educación. Muy bien: ¿Pero quién va a educar a los educadores, cuando parte de estos es la primera en estar dominada por las representaciones colectivas más burdas, por las imágenes del exterior más falsas, por la propaganda más tosca e ininteligible?

Pagamos ahora años de estolidez y cerrazón. Pero la factura es demasiado fuerte y la amenaza de quiebra ahí está.

Leviatán, Extraordinario, FEBRERO 1984



HISTORIA VASCA, HISTORIA EN REVISIÓN

Fernando García de Cortázar, Manuel Montero

Que el pueblo vasco es un pueblo amante de sus tradiciones y respetuoso con su historia es uno de los tópicos más generalizados de la imagen que desde el exterior se tiene del País Vasco. Una imagen que en este caso coincide a buen seguro con la que de sí mismos tienen algunos vascos. La generalización del tópico no puede ser más sorprendente ni corresponder menos a la realidad, a juzgar por cómo han tratado tradicionalmente los vascos a su historia y por cómo, a pesar de la renovación historiográfica de los últimos años, siguen tratándola algunos sec-

tores de la sociedad vasca. Ha sido así la historia vasca una historia destrozada, retorcida por muchos de los que sobre ella han escrito, haciendo gala, ante todo, de una absoluta falta de respeto a la verdad histórica. En buena medida podemos afirmar que ciertos vascos, más que investigar y escribirla, han inventado su propia historia. Y no se interprete esto como una renuncia a lo que de original tiene la historia vasca, por absolutización del término «inventar», que no hay tal. Pero, claro está, difícilmente se podrá hablar de una «originalidad histórica» cuando ésta no se con-

trasta con la realidad histórica, solamente «se le supone». No es, pues, el respeto a su historia algo propio de los vascos, nos atreveríamos a afirmar. Todo parece indicar que, lejos de ser un pueblo volcado en su pasado, los vascos han vivido intensamente cada presente, para cambiar el cual ha llegado a «retocar» su pasado, a falsearlo, a renegar de él, por tanto, y todo para acomodarlo a su presente o, mejor, al futuro que proyecta.

Ahora bien, aunque no se percibe, en los vascos el inusitado respeto a la historia de

que habla el tópico, sí se constata que *existe una sobrevaloración de los hechos pasados como determinantes del presente y del futuro*. Actitud que llega a su máxima expresión cuando las referencias a la historia, incluso remota, sustituyen al análisis de la realidad actual al elaborar todo un proyecto político. Que en esta postura hay mucho de intencionalidad política —que busca crear un estado de conciencia— no desmiente que responde a una actitud intelectual que en el País Vasco tiene una larga práctica. En último término no es sino una visión tradicionalista lo que subyace en este planteamiento de la historia y de la política: tradicionalismo es, al fin y al cabo, proponer como modelo social y político una sociedad del pasado. No es por ello de extrañar que tal fuera la concepción de la historia vigente en el País Vasco del Antiguo Régimen, cuando el tradicionalismo era habitual en todas las interpretaciones históricas; ni llama la atención que la misma permaneciera entre los escritores tradicionalistas aún en el siglo XIX. Sí sorprende, sin embargo, que, aparentemente superadas estas concepciones políticas, permanezcan aún los mismos planteamientos tradicionalistas. Que la vuelta al pasado justifique además los más insólitos planteamientos revolucionarios, como sucede en ocasiones, convierte en incompreensión el estupor inicial. En cualquier caso, lleva a pensar en la fuerte penetración que en el País Vasco han tenido los conceptos tradicionalistas, justificables quizá por la hegemonía ideológica que en los dos últimos siglos ha mantenido la Iglesia.

Así, pues, desde que se comienza a escribir historia en el País Vasco adoleció del influ-

jo decidido de los problemas políticos, de tal manera que, en cierto modo, incluso la primera historiografía vasca representa una historia politizada. La historiografía no es una disciplina aislada, sino que sufre, como cualquier otra ciencia, los embates de su entorno. Por ello para evaluar correctamente nuestras interpretaciones históricas es necesario situarlas en las coordenadas socio-políticas que las hicieron nacer.

Desde que se comenzó a historiar el pasado del País existió en el País Vasco una conflictividad latente, generada en buena medida por la existencia y persistencia en el País Vasco de modelos políticos, económicos y sociales que en muchas facetas contrastaban con los de su entorno. Se generará así necesariamente una *historiografía conflictiva*: la historia iba a participar en el conflicto, colaborando en el planteamiento de los problemas y en la búsqueda de las soluciones. No se quedará por ello nunca la historiografía vasca en la mera recopilación y desapasionado análisis de los acontecimientos pasados, en una disciplina más o menos erudita volcada en el pasado que, encerrada en él, por él se justifica. En el País Vasco se ha escrito la historia para justificar, lamentar, ensalzar o denigrar el presente: pocas veces para comprenderlo. ¿Qué otro camino quedaría a la historia que el de asumir plenamente una función política cuando la referencia a los hechos pasados se convertía inevitablemente en un argumento político!

Es así la historia vasca un *arma política* que sirvió durante el Antiguo Régimen para atacar o defender las peculiaridades políticas, económicas o sociales vascas. Otra habría de ser la función política

de la historia cuando, en los comienzos de la Edad Contemporánea, desaparecía el régimen foral: se convertiría en *sustento de las más variadas ideologías*. En efecto, no sólo sirvió para legitimar una u otra opción política, sino que incluso diseñaría su contenido ideológico en la medida que se sitúa como ideal político la recuperación de instituciones y estructuras sociales supuestamente existentes en el pasado.

Historia, pues, concebida como un arma política: historia, por otra parte, utilizada como sustrato de una ideología: los peligros para la historia no pueden ser más evidente. En el País Vasco se escribirá siempre historia «ad demonstrandum», se escribe para demostrar... un criterio que, desde luego, no es el idóneo para esperar una mínima crítica y objetividad histórica. La selección de los datos, su utilización, su interpretación, está en todo caso dirigido por una clara y muchas veces expresa intencionalidad política.

Como consecuencia de lo anterior, no podía faltar otro grave problema en la historiografía vasca: es, en gran parte, una *historia escrita por aficionados*, por no profesionales, que, sin una formación científica adecuada, se lanzan al terreno de la historia en virtud de unas determinadas convicciones políticas. En este sentido los ejemplos se multiplican y llegan hasta la actualidad: abogados, médicos, ingenieros, periodistas, sacerdotes..., componen una gran parte de la nómina de autores que forman la historiografía vasca, a la que han llegado al desarrollar una vocación política. Por supuesto, este «intrusismo» intelectual no invalida de entrada su labor. Por el contrario, investigaciones muy valiosas se deben a su

pluma, e incluso magníficas labores de síntesis proceden de alguno de estos escritores. Pero sí es necesario afrontar sus obras con especial cautela, toda vez que frecuentemente presentan un grave defecto original: la *descontextualización*, cuando fenómenos y movimientos que se dan en el País Vasco no se sitúan en su contexto histórico: muchas veces parece conforme a estas obras que se producen fuera de cualquier contexto histórico o geográfico.

Y es que es éste el otro de los grandes problemas de la historiografía vasca: con frecuencia, se analiza al País Vasco como si fuese un oasis, como si su historia no se relacionase con la de su entorno, a no ser para enfrentarse a él, como si no se produjese en un momento determinado. De alguna manera es una historia que se mira exclusivamente a sí misma, que se encierra en sí misma. Claro está que no es posible valorar adecuadamente el pasado del País Vasco si no se le sitúa en sus coordenadas de tiempo y espacio. Ante todo, es necesario contrastar la situación del País Vasco existente en cada momento con la de su entorno. Sólo así podremos evaluar de una manera precisa la similitud o la diferencia —la originalidad, por así decirlo— del País Vasco. En este sentido los ejemplos se multiplican. Traigamos aquí lo que sucede con la mitificación de los Fueros vascos. Tradicionalmente se ha estudiado en exclusiva a los Fueros vascos, lo que ha llevado a sobrevalorar muchos de sus caracteres. Pero, evidentemente, estos caracteres sólo son plenamente comprensibles y valorables en un análisis que tenga en cuenta el contexto español y europeo en el que nacieron y existieron estas formas políticas.

Para el estudio de la historia del País Vasco es tanto más necesario situar los acontecimientos en su contexto, puesto que la documentación de que disponemos referente a un gran período de nuestra historia es fragmentaria y heterogénea. En ocasiones, es necesario analizar algún hecho a partir de muy pocos documentos. En estas condiciones es fácil deducir de ellos las más variadas conclusiones. Un único método permite la utilización de esos documentos por la historia: situarlos en su contexto. Bien es verdad que el procedimiento nunca llevará a conclusiones definitivas, ni será posible obtener nunca la total certeza de que nuestras conclusiones coincidan con la realidad histórica. Y no nos engañemos: tampoco nos llevará tal metodología a las sugestivas interpretaciones de que es capaz nuestra imaginación si no ha de sujetarse a unos parámetros dados... Claro está que al menos obtendremos una historia verosímil e incluso probable del pasado vasco: no una extravagante epopeya de un paraíso colgado en el vacío.

Ha sido durante los últimos veinte años cuando la incorporación a la investigación del pasado de un plantel relativamente numeroso de historiadores ha cambiado la situación de la historiografía vasca: podemos hablar así de una *historiografía moderna*, cuyo momento de arranque podría situarse en torno a 1965. Desde entonces comienzan a desarrollarse en el País Vasco las modernas corrientes metodológicas en la investigación de la historia. Quizá el factor que mejor caracteriza la nueva situación es que se emprende un *acercamiento sistemático* a la historia del País Vasco, llevado a cabo por historiadores profesionales, que

adecúan a la historia del País los conceptos historiográficos habituales en el quehacer de los historiadores europeos. El resultado supondría una total renovación de la historia vasca, tanto más profunda cuanto que no son sólo nuevas metodologías las que se adoptan: los temas y aspectos que reciben ahora el interés de los historiadores no acaban en la temática que monopolizara la atención de quienes hasta entonces habían escrito la historia, centrados en los grandes problemas políticos con algunos temas centrales, tales como la guerra de bandos, la política antiforal de la monarquía o las guerras carlistas... Como no podía ser menos, la nueva historia ha optado por una historia global, que comprende todos los aspectos de la vida, sin olvidar facetas hasta entonces sólo marginalmente estudiadas, tales como la evolución económica o la situación social en un momento determinado. Claro está que la renovación metodológica ha permitido al mismo tiempo enfocar desde otras perspectivas los mismos grandes temas de la historiografía tradicional, que serán ahora reinterpretados y sobre todo incluidos, con una visión global, dentro de una amplia panorámica, que, por supuesto, no excluye las interrelaciones de lo político o religioso con lo social o lo económico.

Otro factor señala la nueva situación de la historiografía vasca: a finales de los años sesenta comenzaba a explicarse la historia del País Vasco en las Universidades, se emprendería asimismo la elaboración de tesis doctorales en la especialidad. Así, si bien el empuje de la nueva historiografía no ha eliminado por sí la presencia, en algunos sectores, de un enfoque mítico de la historia vasca, lo cierto es que está

limitado su influjo. De hecho sólo una utilización política, consciente o inconsciente, justifica hoy que siga difundiendo la «historia mítica». En cualquier caso la historia ha dejado de ser una disciplina en la que el profesional era la excepción, dominada como estaba por quienes hacían de ella su campo de batalla. Que su presencia entre los historiadores respondía con frecuencia a la equivocada concepción de la historia como un saber «fácil», en el que sentar «dogmas» estaba al alcance de quien conociera tres o cuatro anécdotas familiares, completada por una escasa información, no es cuestión en la que debamos entrar aquí. Pero sí es necesario insistir, una vez más, en que la historia, como una ciencia humana más, requiere por supuesto una especialización, esto es, una profesionalización. Sólo con ella será posible llevar a la historia las complejas técnicas que, procedentes de otros campos del saber (sociología, estadística, economía...), pueden contribuir a explicarnos las sociedades del pasado.

Por supuesto, no quiere lo anterior invalidar de entrada todo lo que sobre historia se ha escrito en el País Vasco antes de 1965, que de la «historiografía tradicional» provienen muy sólidas interpretaciones del pasado vasco, y en casos una muy notable aportación documental, además de planteamientos de problemas historiográficos vigentes aún hoy día. La labor de algunos valiosos autores que componen parte de esta historiografía es tanto más meritoria por cuanto que, lejos de responder su trabajo a un ambiente cultural, corresponden a individualidades que aisladamente afirmarían una moderna concepción de la historia.

Claro está que también antes de 1965 comenzaron a implantarse en la historiografía vasca concepciones modernas de la historia. Podríamos incluso hablar de una fase de transición que comenzaría en torno a 1917, en la cual, partiendo de la historia tradicional, se pondrían las bases de la actual historiografía. Durante ella cada vez más historiadores comenzarían a aplicar métodos modernos. En cualquier caso, son sólo esfuerzos individuales que, sin despegarse plenamente de una metodología tradicional, analizan determinados aspectos de la historia vasca, dejándonos en ocasiones muy valiosas obras.

No dejaría de ser una simplificación tipificar de «historia tradicional» a toda la historia escrita en el País Vasco antes de 1917 si no se matizara el empleo del término. Hay que anticipar que no toda la historia que se escribe desde la Edad Media hasta comienzos del siglo XX presenta similares características, ni los datos que nos suministran tienen el mismo valor. Pues ante todo la historia es hija de su tiempo. «La historia —dice Lefebvre— no está escrita de una vez por todas, no está hecha de una especie muerta, petrificada, sino que ha estado gestándose permanentemente, que lo está todavía hoy, que lo estará mañana igual que ayer, que evoluciona con la especie humana...», intentando responder a unas preocupaciones concretas, añadiríamos nosotros, generadas por unos problemas determinados.

1965-1982:

La renovación historiográfica

Que en sentido estricto no es la de 1965 una fecha que en

sí misma signifique una ruptura dentro de la historiografía vasca es visible precisamente por la continuidad temática y metodológica de la historia que se escribe antes y después de esta fecha. Pero sí en torno a 1965 cuando se vislumbra una *nueva actitud* hacia la historia vasca, que se concretará en una mayor atención y un acercamiento sistemático a los principales acontecimientos históricos. Que esta nueva actitud tenga su mayor expresión a partir de 1975 no invalida el que, ya en los últimos diez años del franquismo, se perciba el desarrollo de la investigación histórica, que a la postre supondría la incorporación de nuevas metodologías, definiéndose lo que podríamos considerar una *nueva historia*, de la mano de varios grupos de historiadores profesionales. La presencia de los estudios de historia del País Vasco en los programas de la enseñanza universitaria en varias Facultades no es sino un síntoma más, pero quizá el más significativo, de esta renovación historiográfica. 1965 no es, pues, sino una fecha significativa en este cambio de actitud. Como tampoco el fenómeno es estrictamente una ruptura, toda vez que se percibe una continuidad con el esfuerzo de los historiadores que iniciaron su labor investigadora en los años 40 y 50. Baste señalar individualidades que enlazan ambas situaciones del desarrollo historiográfico: Caro Baroja, Basas, Mañaricúa o Arocena son algunos de los autores que marcan la continuidad en el interés por la historia entre ambos ciclos historiográficos, como también lo indican numerosas revistas que, comenzadas a publicar en los años 40, han recogido hasta la actualidad un buen número de aportaciones a la historia vasca. Recordemos

aquí algunas de ellas que intentaron cubrir el vacío dejado tras su desaparición por la *Revista Internacional de Estudios Vascos: Príncipe de Viana*, que, publicada en Navarra, resultaría ser, sin lugar a dudas, la de mayor calidad; *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, vinculada a la investigación guipuzcoana, y el *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*. En todos los casos no es la historia el único objeto de estas publicaciones, que reúnen además artículos sobre temas artísticos, geográficos, literarios, etc. Lo mismo habría de suceder con los *Estudios Vizcaínos*, que comenzaron a publicarse en Bilbao en 1972. La revista *Saioak*, que comenzaba a publicarse en 1977, abarcaría, junto a artículos de historia, otros de temas filológicos.

Varios son los fenómenos que confluyen en la formación de la historiografía vasca reciente. Un hecho se puede considerar como novedoso, al menos en lo que se refiere a su carácter masivo: el estudio de la historia por historiadores profesionales que, con una sólida base científica, incorporan a la historia del País Vasco los conceptos actuales de la historiografía. Predominan entre ellos los intentos de analizar científicamente la historia económica y social con primacía sobre la historia política. En conjunto, prima la visión de que los soportes económico-sociales son el medio de interpretación de las superestructuras políticas. En todo caso, el análisis ha partido de estudios monográficos, sin que sea posible llegar a visiones globales.

Una segunda nota caracteriza la actual situación de la historiografía: la eclosión de publicaciones sobre la historia del País Vasco, especialmente

a partir de 1975. En ellas, junto a la presencia de la historia elaborada por historiadores profesionales, permanece la escrita por aficionados a la historia, llegados a ella por móviles políticos.

Una última característica hemos de apuntar en la historiografía reciente: los sucesivos intentos de escribir historias generales del País Vasco. Intentos válidos cuando se ha buscado describir el estado de la cuestión o una finalidad pedagógica, han fracasado en la mayoría de los casos por cuanto la empresa es, con toda seguridad, hoy por hoy imposible. De esta forma han consistido en el desarrollo preferente de algunos temas o en la dispersa colección de artículos independientes.

a) *Los estudios de historia medieval*.—Sería la obra de José Angel García de Cortázar «Vizcaya en el siglo XV. Aspectos económicos y sociales» la que introducía la perspectiva socio-económica en la historiografía sobre el Medievo vasco. Poco, sin embargo, se ha avanzado en este sentido, a no ser esporádicas alusiones de autores cuyo tema de trabajo es el Antiguo Régimen, tales como Emiliano Fernández de Pinedo o Alfonso de Otazu, cuya polémica obra «El igualitarismo vasco: Mito y realidad» marcara un hito en nuestra historiografía.

Los temas sobre los que clásicamente se había insistido al estudiar nuestra Edad Media son los que continúan acaparando la mayor parte de las investigaciones: la aparición en la historia de las diferentes provincias vascas, sucesivamente abordada por Lacarra, Marcelo Vigil y Abilio Barbero, Ortega Galindo, Mañari-cúa, etc.; la guerra de bandos, entre cuyos análisis hay que

destacar sin lugar a dudas a Ignacio Arocena, que ha abordado el tema hasta la actualidad en tres artículos: «Oñacinos y gamboínos. Introducción al estudio de la guerra de bandos» (1959), «Los banderizos vascos» (1965) y «La guerra de bandos» (1979). El conflicto banderizo comenzaría con él a abandonar el carácter de historia minuciosa que, perdida entre la multitud de conflictos señoriales, no era susceptible de una visión de conjunto. La obra de Valdeón «Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV» y la de José Angel García de Cortázar «Historia de España. Alfaguara. II. La época medieval» inscribirían el conflicto en la problemática bajomedieval europea. En cuanto a la fundación de las villas, cuenta con numerosos estudios, que se circunscriben a una o más localidades, pero que no elaboran aún una interpretación global. Recordemos aquí los estudios de Banús «San Sebastián y la hermandad de Guipúzcoa», y de Gonzalo Martínez «Alava medieval».

Más conocida que la de las provincias vascongadas es la historia medieval de Navarra, cuyos comienzos eran ya estudiados por J. Arbeloa en «Los orígenes del Reino de Navarra». Un importante trabajo sobre la demografía medieval lo constituye la obra de Carrasco Pérez «La población de Navarra en el siglo XIV», un período del que conocemos la organización política merced al estudio de Zabalo Zabalegui «La administración del reino de Navarra en el siglo XIV». Pero es Lacarra el autor que ha emprendido un sistemático acercamiento a la Navarra medieval. Sus obras «Historia del Reino de Navarra desde sus

orígenes hasta su incorporación a Castilla» (1972-73) e «Historia del Reino de Navarra en la Edad Media» (1975) son los más elaborados intentos de comprender todo el período medieval en Navarra.

No existe, por el contrario, ningún intento de sintetizar toda la historia de la Edad Media en las vascongadas, a no ser la publicada por José Angel García de Cortázar y su equipo con el título «Introducción a la historia medieval de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya en sus textos», en la que, además de textos básicos para el estudio de la historia medieval, se expone una síntesis de ésta. Aunque, por supuesto, no cumplen —ni intentaban cumplir— la función de historia conjunta de la Edad Media, es imprescindible citar las publicaciones nacidas de los tres simposiums de historia medieval celebrados en Bilbao los años 1973, 1974 y 1975, publicados con los siguientes títulos: «Edad Media y señoríos: el Señorío de Vizcaya», «La sociedad vasca rural y urbana en el marco de la crisis de los siglos XIV y XV» y «Formas de poblamiento en el País Vasco», que reúne artículos y ponencias de los principales especialistas en la temática medieval.

b) *Los estudios de historia moderna.*—A pesar de la proliferación de artículos que se han escrito sobre el período foral, esto es, sobre el comprendido entre el siglo XVI y comienzos del XIX, es quizá el Antiguo Régimen la fase de la historia del País Vasco en la que más lejos estamos de obtener visiones sintéticas. La falta de estudios monográficos y, por qué no decirlo, la carencia de hipótesis de trabajo globalizadoras a partir de las cuales analizar sistemáticamente los diversos e interesan-

tes temas comprendidos en el período dificultan al estudio—so reducir la modernidad vasca a un esquema interpretativo.

Notables son, sin embargo, algunas de las obras que en los últimos años se ha escrito sobre el período. Señalemos en primer lugar la de Fernández de Pinedo «Crecimiento económico y transformaciones sociales en el País Vasco (1100-1850)», que, centrado en el siglo XVIII, analiza la historia de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava a partir de los datos económicos y sociales, incluyendo asimismo interesantes datos y apreciaciones sobre los siglos XVI y XVII y el planteamiento de la crisis del Antiguo Régimen. Es ésta el principal objeto del análisis de Fernández Albadalejo en su estudio «La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833», en una obra cuyo contenido supera al prometido por el título, toda vez que esboza la historia de la Provincia de Guipúzcoa a partir de la Edad Media. Son también los aspectos socio-económicos la columna vertebral de su análisis. Como lo son también en la tesis doctoral de Luis María Bilbao «Vascongadas, 1450-1720. Un crecimiento económico desigual», aún inédita, algunas de cuyas conclusiones podemos estudiar, entre otros, en su artículo «Crisis y reconstrucción de la economía vascongada en el siglo XVII».

La obra de Gregorio Monreal «Las instituciones públicas del señorío de Vizcaya (hasta el siglo XVIII)» constituye, sin lugar a dudas, el principal estudio del que actualmente disponemos referente a la organización política foral. Se echa en falta de una manera inmediata estudios que completen cronológi-

camente lo iniciado por Gregorio Monreal, y sobre todo análisis similares para la organización política de Guipúzcoa y Alava, e incluso de Navarra: para las dos primeras provincias aún nos hemos de contentar con exposiciones del siglo XIX: no contamos, pues, con un análisis del significado socio-económico de hecho foral.

Las obras anteriores constituyen el cuerpo de nuestro conocimiento actual del Antiguo Régimen que, sin duda, se complementa con numerosos artículos y más escasos libros dispersos. Citemos entre los primeros el de Laborda Martín «El arranque de un largo protagonismo: Bilbao a comienzos del siglo XVII» (*Saioak*, núm. 2), y entre los segundos, el libro de Caro Baroja «La hora navarra del XVIII».

c) *Los estudios de historia contemporánea.*—Es la historia de nuestros siglos XIX y XX la que ha centrado el interés de nuestros historiadores, el período en el que más numerosas son las obras y más sistemático es el análisis de los diversos acontecimientos y fenómenos históricos. Pese a ello, algunos temas han centrado el interés de la investigación histórica, lo que ha contribuido al abandono de otras áreas o movimientos de imprescindible estudio: las guerras carlistas, el nacionalismo vasco y la guerra civil, sin duda, ha constituido los polos de atracción de una numerosa historiografía, que los ha analizado exhaustivamente, si bien pocas veces obteniendo visiones de conjunto que pudieran encuadrar estos temas dentro de una evolución histórica global. Pocas son las visiones sintéticas de la historia de estos dos siglos. Los autores de este diccionario,

Fernando García de Cortázar y Manuel Montero, son autores de la obra «Historia contemporánea del País Vasco», concebida como síntesis, y al mismo tiempo como interpretación de los siglos XIX y XX. A ella remitimos al lector para el conocimiento de la abundante bibliografía de la historia contemporánea vasca. Pero aun a riesgo de ser reiterativos, incluiremos a continuación las obras más importantes.

El tránsito del Antiguo Régimen a la Edad Contemporánea ha sido objeto de un brillante análisis por parte de María Cruz Mina en «Fueros y revolución liberal en Navarra». Junto al organigrama institucional de Navarra durante el Antiguo Régimen estudia la autora los comienzos del siglo XIX y la primera guerra carlista, hasta llegar a la llamada Ley Paccionada: un período que hasta la fecha no contaba con ninguna obra significativa que lo analizase.

No ha recibido aún la desamortización el análisis exhaustivo y sistemático que el tema merece por su importancia. No obstante, la obra de Donézar sobre la desamortización de Navarra y los dispersos artículos de Mutiloa Poza permiten reconstruir en sus rasgos generales qué incidencia tuvo el fenómeno en las provincias vascas.

Si bien las guerras carlistas son uno de los grandes temas de la historiografía tradicional, no ha sido hasta los últimos años cuando hemos tenido una versión global del conflicto, que lo inscribiera dentro de la evolución económica y social del País Vasco del siglo XIX. Abandonada la concepción de que fue una guerra nacional, al desechar el simplista esquema que identifica-

ra carlismo con fuerismo y liberalismo con centrismo, el análisis científico del enfrentamiento lo ha mostrado en el País Vasco como una auténtica guerra civil, en la que se enfrentaran grupos sociales netamente vascos, y en la que estuvieron en conflicto diferentes concepciones vascas de un modelo de Estado. La obra de Aróstegui, centrada en la primera guerra carlista; la de Garmendia, en la segunda, y por último, la de Extramiana, que analiza ambos conflictos a través del estudio de la sociedad y economía vasca que los generó, constituyen el núcleo de los recientes conocimientos sobre el tema.

No es, sin embargo, la evolución social y política de la última etapa foral la parcela más estudiada de nuestro siglo XIX. Tan sólo la obra de Rodríguez del Coro la cubre parcialmente, al estudiar el sexenio democrático en el País Vasco. Sin embargo, todo lleva a pensar que un análisis en profundidad del funcionamiento político del período 1839-1876 ayudaría a comprender muchos de los aspectos que condicionarían el desarrollo de la guerra.

Sí es, por el contrario, más conocida la evolución económica: la decisiva influencia de la industrialización de Vizcaya es el posterior desarrollo del País Vasco atraería de una manera inmediata la atención de los historiadores. Resaltamos aquí la obra de González Portilla, expuesta en diversos artículos, y sobre todo en su libro «La formación de la sociedad capitalista en el País Vasco (1898-1913)», en la que, a partir de la acumulación de capital generado por la exportación de mineral de hierro, analiza la inversión de dicho capital en otros sectores económicos: financiero, side-

rúrgico, naviero, además de la exportación del capital vasco hacia el mercado español, explotando las minas del sur español e invirtiendo en los monopolios. Carecemos, por el contrario, de un análisis en profundidad de la evolución económica guipuzcoana: la obra de Montserrat Gárate Ojanguren «El proceso de desarrollo económico de Guipúzcoa», no es sino una primera aproximación al tema, que necesita todavía de un sólido análisis de las principales variables económicas.

Los movimientos políticos que nacieron en el País Vasco de finales del siglo XIX han recibido una atención diferente por parte de nuestros historiadores. Exhaustiva ha sido la bibliografía dedicada al nacionalismo, por más que peque en gran parte de hagiografía. Destaquemos aquí algunas de las obras recientes, que, analizándolo científicamente con una perspectiva de historiadores, han dado luz sobre el tema: «El primer nacionalismo vasco», de Solozábal; «Ideologías del nacionalismo vasco (1876-1937)», de Elorza; «El nacionalismo vasco: su origen y su ideología en la obra de Sabino Arana y Goiri», de Larronde, y en especial la tesis doctoral de Corcuera, publicada con el título «Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco».

Aunque mucho más escasa, la bibliografía de la historia del movimiento obrero en el País Vasco cuenta ya con obras importantes, que permiten una primera aproximación en profundidad al tema: la de Fusi, «Política obrera en el País Vasco», y desde una diferente perspectiva, la de Olábarri, «Relaciones laborales en Vizcaya, 1890-1936».

El análisis de la evolución de la ideología liberal es quizá uno de los mayores huecos de nuestra historiografía contemporánea. Sólo los estudios de Fernando García de Cortázar, «La oligarquía vasca», y los de Ignacio Arana, «El Monarquismo en Vizcaya», cubren parcialmente la evolución de este sector político, clave en la historia de la Restauración. No han sido hasta la actualidad abordados en profundidad otros movimientos que en buena medida caracterizan la vida política del País Vasco durante el período, tales como el integrismo, el carlismo durante la Restauración, el tradicionalismo, el republicanismo..., la importancia cuantitativa o cualitativa que tuvieron localmente invita a abordarlos urgentemente por medio de memorias de licenciatura y tesis doctorales. Poco más afortunada ha sido la vida electoral vasca, para cuyo conocimiento sólo contamos con la obra de Cillán Apalategui «Sociología electoral en Guipúzcoa (1900-1936)». Las elecciones en Alava, Vizcaya y Navarra no han sido aún objeto de un acercamiento científico y sistemático. Otros aspectos tangenciales, pero claves en nuestra historia contemporánea, han sido también olvidados por la investigación histórica. Recordemos en primer lugar la carencia de estudios sobre el régimen económico y administrativo representado por los conciertos económicos, de los que sólo conocemos las líneas generales de los principios en que se basaba, pero no su alcance socio-económico. Una introducción al tema es posible consultar en la obra de Carmen Postigo «Los conciertos económicos», y un primer esbozo de la significación histórica del sistema en el estudio de Manuel Montero «Régimen liberal y autonomía

vasca (teoría y práctica del uniformismo liberal)». Concluamos este apartado con la obra de Luis Castells «Fueros y conciertos económicos», que aborda la formación de la Liga Foral Autonomista y la renovación del Concierto Económico en 1906.

Una institución clave en nuestra historia contemporánea como es la Iglesia no podía menos que merecer la atención de nuestros historiadores. El estudio «La Iglesia vasca del carlismo al nacionalismo», de Fernando García de Cortázar, aborda un período tan importante como es el que va de la abolición de los fueros al estallido de la guerra civil. Con «La Iglesia vasca durante el régimen de Franco» el mismo autor completa el análisis de las vicisitudes, problemas y posicionamientos del clero vasco e institución clerical en los dos últimos siglos de nuestra historia.

Pasemos por alto la Dictadura de Primo de Rivera, ya que hasta la fecha su influencia en el País Vasco sólo ha sido objeto de escasas y muy superficiales menciones, para centrarnos en la II República y la guerra civil. Una temática frecuentemente abordada no ha recibido hasta los últimos años ningún estudio científico. La bibliografía centrada en el período adolece, pues, de un notable partidismo, en el que subyace, en cualquier caso, el deseo de exculpar a la tendencia política que representa el escritor de sus eventuales responsabilidades en el desencadenamiento del conflicto. Por otra parte, la historiografía nacionalista, la que con más frecuencia ha abordado el período, le ha otorgado un carácter épico, de la lucha del País Vasco por su autonomía, en primer lugar, y, estallada la guerra, en la

heroica defensa de un pueblo vasco unido tras el nacionalismo frente a la invasión fascista y española. Que tal planteamiento no podría establecer conclusiones mucho más válidas que la historiografía que se elaboraba desde el lado franquista, se evidencia cuando observamos que temas claves son despachados con la aplicación de un esquema simplista: la posición socialista ante la autonomía vasca, la salida de Navarra del proceso estatutario, la ambigua posición nacionalista ante las noticias del levantamiento franquista, la posición del Gobierno vasco ante la República y, sobre todo, el Pacto de Santoña, un controvertido tema sobre el que ignoramos las razones, ha procurado echar tierra los dirigentes e historiadores nacionalistas. Pocas son por ello las obras que podemos incluir en esta referencia historiográfica. Destaquemos, en primer lugar, la de Fusi «El problema vasco durante la II República», un notable estudio que intenta abordar globalmente —sin acentuar las posiciones de determinados movimientos— la situación vasca en los años anteriores a la guerra. La cuestión estatutaria ha sido abordada monográficamente por Castells en «El estado regional y el proceso estatutario vasco», y sobre todo por Escudero y Villanueva en «La autonomía del País Vasco desde el pasado al futuro».

No ha recibido aún la guerra civil en el País Vasco el tratamiento que el tema merece, que hasta la fecha se ha quedado en una superficial visión hagiográfica. No parece que la comercial obra «Historia general de la guerra civil en Euzkadi» cubra definitivamente este vacío historiográfico. Con profusión de materiales gráficos se limita a recoger,

sin una unidad, diversos artículos, entre los que cabe destacar el de J. M. Garmendia. No tan pretenciosa, la obra de L. M. y J. C. Jiménez de Aberásturi, «La guerra en Euzkadi», constituye una sugestiva visión de la guerra, basándose en entrevistas personales con algunos de los protagonistas: utiliza así la información oral, una indispensable fuente para la investigación histórica, a menudo menospreciada por los historiadores.

No ha recibido hasta los dos últimos años una atención detenida el final de la guerra. Gregorio Morán abordaba en «Los españoles que dejaron de serlo» el controvertido tema del Pacto de Santoña. Claro está que su periodística visión, plagada de anécdotas, no podía sustituir, por más que aporte significativas noticias, a un sistemático estudio, tarea abordada con notable éxito por J. M. Garmendia «La postguerra en el País Vasco», en la que, además de los acontecimientos que rodearon al rendimiento del ejército vasco, analiza los finales del conflicto.

Tampoco el franquismo en el País Vasco ha sido hasta la fecha abordado por los historiadores, pese a que la perspectiva histórica y la influencia de los años de la dictadura en nuestra evolución posterior permitiría suponer una inusual proliferación de estudios sobre el período. Sí existe tal sobre los temas punta de la oposición al franquismo: el nacionalismo vasco en el exilio ha sido sucesivas veces abordado, si bien comúnmente desde la misma perspectiva de los exiliados. Mayor interés tiene la obra de López Adán «Beltza». «El nacionalismo vasco en el exilio», una sintética visión de la evolución política nacionalista a

partir de 1937. Pero ha sido la aparición de ETA la que, sin duda, ha atraído con mayor fuerza la atención de los historiadores. Pasemos por alto las obras generadas por la misma organización a las que, como la de Ortzi, muestran un apasionado posicionamiento sobre la problemática que, en un momento dado, caracterizaba al movimiento, obras que adolecen de una falta de rigor crítico y perspectiva histórica. Dos obras resumen el actual estado de la cuestión del tema: la de Garmendia «Historia de ETA», que pese a lo ambicioso del título, se queda en un análisis ideológico de ETA a través de sus documentos; desde esta perspectiva supone un notable acercamiento al tema. Y la de Gurutz Jáuregui, «Ideología y estrategia política de ETA», que intenta situar el nacimiento de ETA en su contexto histórico, además de analizar su evolución entre 1959 y 1968.

No existe hasta la actualidad ningún estudio en profundidad sobre la implantación del franquismo en el País Vasco, sobre su penetración ideológica y sobre la adscripción de grupos sociales a sus planteamientos políticos. Sólo la temática económica ha sido en ocasiones abordada, si bien no con una perspectiva globalizadora: únicamente la obra de Milagros García, Roberto Velasco y Arantza Mendizábal, «La economía vasca durante el franquismo» ha intentado de momento sintetizarla. Por lo demás nos hemos de contentar con las valiosas aportaciones, pero parciales, de las publicaciones de las diversas Cámaras de Comercio y entidades financieras, además de las investigaciones llevadas a cabo por algunos sociólogos y geógrafos. Destaquemos, entre estas últi-

mas, la obra de Iñigo Aguirre «Euskalduna».

Por último, es preciso nos detengamos en dos obras de diverso contenido, difícilmente encasillables en un solo período histórico, pero que constituyen sugestivas interpretaciones de la actual sociedad vasca, cuyo análisis parte del estudio de nuestro pasado. Manu Escudero, en «Euzkadi, dos comunidades», aborda la génesis de la actual bipolarización vasca, entendida como el antagonismo entre una «comunidad nacionalista vasca» y «la otra comunidad», definida por exclusión de la primera. Ha de remontarse para ello a la crisis foral del siglo XIX, a la industrialización y a la Dictadura de Primo de Rivera, deteniéndose en los nuevos elementos que en el País Vasco introdujo el franquismo. Obra polémica, no cae en la tentación del «neutralismo», tan del gusto de muchos historiadores, sino que constituye una decidida toma de postura, que incluye un posicionamiento ante los antagonismos actualmente existentes en el País Vasco.

¡Cómo no citar, por último, la obra de Juan Aranzadi, y en especial su libro «Milenarismo vasco»! Reflexión sobre el pasado vasco y su influencia en el presente, abarca aspectos cronológicamente tan distantes como la herejía de Durango, la «mitología foral» de la Edad Moderna o el nacimiento de ETA, en una muy coherente visión de la historia vasca, que destaca por lo desmitificadora y por lo que contiene de aportación de una hipótesis de trabajo, sin duda válida, en un esfuerzo de abstracción que tantas veces se echa en falta en los análisis históricos.

c) *Las historias generales.*—Un fenómeno caracte-

rístico de la nueva situación historiográfica es la proliferación de obras que se presentan como historias generales del País Vasco, en ocasiones en lujosas y muy comerciales ediciones. Sin duda, la extraordinaria demanda de un público cuyo interés por el pasado es en parte la búsqueda de una identidad ha generado la aparición de muchas de estas obras, que en ocasiones no responden a una sólida concepción de la historia, convirtiéndose en un conglomerado de artículos de muy diverso origen, entremezclando teorías de la historia que, con frecuencia, poco o nada tienen que ver. No está de más preguntarnos aquí por las razones del éxito de tales publicaciones, cuyo éxito editorial no acostumbra a estar en relación con la calidad científica de las investigaciones, la novedad de los libros en cuestión o precios que los hagan particularmente asequibles. Sin desdeñar lo que al fenómeno aporta un creciente interés por nuestro pasado, o una adecuada publicidad, habría que plantearse si no obedece tal cuestión a una curiosa circunstancia. La historia vasca —o, mejor, los libros de historia vasca o de «temas del País»— comienza a cumplir una función emblemática, de tal manera que la adquisición de tales obras se convierte en el símbolo de la afirmación política, personal o ideológica del comprador.

Diversa es la concepción de tales historias generales, como lo es su utilidad y aportación. Citemos en primer lugar la obra de tres autores nacionalistas. Encabeza la lista Estornés Lasa, cuya ambiciosa «Historia General de los Vascos», comenzaba a publicar por fascículos en 1967, no ha llegado aún a la Edad Media. En cuanto a la «Historia del

pueblo vasco» de Federico Zabala no es tal, puesto que no supera la Edad Media, desarrollando en particular la génesis y organización foral. De indispensable cita es la «Síntesis de la historia del País Vasco», de Martín Ugalde, siquiera porque, con su enorme difusión, ha contribuido como ninguna a popularizar la historia del País Vasco. Centrada en la prehistoria, la cuestión foral y la abolición de los fueros es un primer paso de su autor, que recientemente ha publicado una «Historia de Euskadi» (cinco volúmenes), en la que, con un estilo accesible, expone magistralmente la visión nacionalista de la historia vasca.

Más comunes que las personales son las obras colectivas, en las que varios autores intentan comprender toda la historia vasca.

La «Historia del Pueblo Vasco», publicada en tres volúmenes por la editorial Erein, recoge un buen número de conferencias pronunciadas en los E.U.T.G. de San Sebastián. Aunque no vale, por supuesto, como una historia general del pueblo vasco, puesto que ni los artículos tienen una unidad ni están seleccionados con un criterio semántico, es una obra de imprescindible consulta, por la alta calidad de algunos de los estudios en ella comprendidos.

«La Historia de Euskal Erria» (siete volúmenes), publicada por Ediciones Vascas, constituye un ambicioso proyecto que a todas luces no cumple su objetivo. Escrita por una diversidad de autores, es una historia muy desigual, tanto en su concepción como en las concepciones de la historia que en ella se entre-

mezclan. Baste señalar como síntoma de este desequilibrio que mientras los dos primeros tomos comprenden hasta los comienzos del siglo XIX, los cinco siguientes desarrollan la Edad Contemporánea. No obstante, pese a que no consigue ser una historia general del País Vasco, son importantes algunas de las aportaciones individuales, como lo es también el abundante material gráfico aportado por sus autores, que convierten el libro en el primer intento de elaboración de un atlas histórico del País Vasco.

Con el título «Historia General del País Vasco», la editorial Haranburu ha lanzado al mercado nacional, bajo el reclamo de la dirección de Caro Baroja, diez volúmenes que intentarían resumir la historia del País Vasco. Claro está que poco tiene que ver el contenido con el título de la obra, que se compone de una pluralidad de artículos y de libros, la mayoría de ellos recientemente publicados y de fácil acceso, seleccionados sin que se perciba ningún criterio lógico, a no ser la «yuxtaposición cronológica». Una vez más, hay que insistir en que se salva algunos de los volúmenes por la calidad científica de los autores que en él intervienen. Pero el que la mayoría de las veces incluso estas obras están recientemente publicadas, a un precio mucho más barato, convierte en un lujo la publicación de la «Historia General del País Vasco».

La editorial Txertoa ha iniciado, con la publicación de sendas obras sobre la historia de Vizcaya y de Navarra, la de una «Historia del País Vasco». Concebida como obra de síntesis y de divulgación de la historia vasca, se expone en ellas el actual estado de la cuestión de la historia de cada

provincia. La «Historia de Vizcaya» está publicada en dos volúmenes, de los que son autores Fernando García de Cortázar y Manuel Montero. En la elaboración de la «Historia de Navarra» han intervenido Alfonso Estévez, Vicente Huici, Jimeno Jurío y Javier Monzón.

e) *La publicación de enciclopedias informativas.*—No quedaría completa la exposición del estado actual de la historiografía vasca sin una referencia a los empeños informativos enciclopédicos, otro de los fenómenos que se han producido en los últimos años. Intenta la publicación de enciclopedias cubrir la demanda de información sobre el pasado y el presente vasco mediante una exposición sistemática y coherente.

En 1968 la editorial Auñamendi iniciaba la publicación de una «Enciclopedia General Ilustrada», en la que se conjugan las exposiciones alfabéticas, sistemáticas y mixtas. Han aparecido hasta la actualidad diversos volúmenes. Señalemos en esta colección en primer lugar el «Diccionario». Muy completo, pese a que la calidad de las voces es variada, sólo se han publicado hasta la actualidad los primeros nueve volúmenes, que comprenden los términos anteriores a la letra F. La «Historia de la Literatura», en siete volúmenes, es otra de las publicaciones comprendidas en la citada Enciclopedia. Pero quizá lo que actualmente tiene un mayor interés para los historiadores es la «Euskobibliografía», de Jon Bilbao, donde se recogen en cinco vo-

lúmenes las referencias de libros, folletos, hojas y artículos de revistas referentes al País Vasco, clasificadas por autores, materias y nombres geográficos. Toda vez que contiene información sobre los trabajos impresos hasta 1960, es un importante apoyo a la investigación.

(*) Una versión más ampliada de este artículo constituye la voz «historiografía» en el *Diccionario de Historia del País Vasco* (Ed. Txertoa, San Sebastián, 1983), recientemente publicado por los autores. Allí se estudia con detalle la evolución de la historiografía vasca desde la Edad Media a 1965, es decir, hasta el comienzo del proceso de revisión crítica de la historia vasca —objeto de estas líneas— cuyas consecuencias pueden ser decisivas. Lo están siendo ya.



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 300 PTAS.